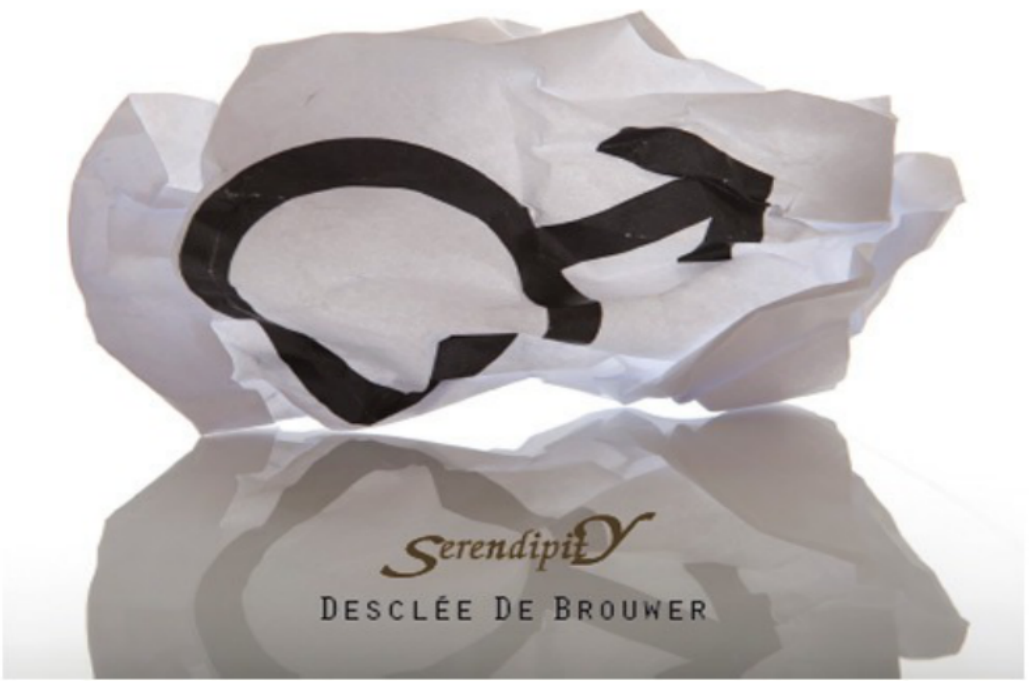
RAFA EUBA

# ESTE LIBRO ES COSA DE HOMBRES

UNA GUÍA PSICOLÓGICA PARA EL HOMBRE DE HOY



Serendipity
DESCLÉE DE BROUWER

# ESTE LIBRO ES COSA DE HOMBRES

## Una guía psicológica para el hombre de hoy

**Rafa Euba**
*Consultant and Senior Lecturer in Psychiatry*
Londres

146

# ESTE LIBRO ES COSA DE HOMBRES

## Una guía psicológica para el hombre de hoy

Crecimiento personal
COLECCIÓN
Serendipity

Desclée De Brouwer

© Rafa Euba, 2010

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2010
Henao, 6 -48009 Bilbao
www.edesclee.com
info@edesclee.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www. cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La presente obra ha sido editada con subvención del
Instituto de la Mujer (Ministerio de Igualdad)

*Printed in Spain -Impreso en España*
ISNB: 978-84-330-2444-2
Depósito Legal: BI-2508/2010
Impresión: RGM, S.A. - Urduliz
E-pub x Publidisa

*A Mercedes y a Pedro.*

# I

# EL ORIGEN DE NUESTROS PROBLEMAS

# 1

# NO ES FÁCIL SER HOMBRE

Gustavo, la rana de Barrio Sésamo, decía en su canción más famosa que no es fácil ser verde. No me cabe duda de que es verdad. No es fácil *"ser"* nada, ni siquiera rico, o guapo, y menos verde, claro. No estoy seguro de que ser hombre sea más difícil, o más fácil, que ser otras cosas, como por ejemplo mujer. Pero en este libro nos vamos a centrar en las ansiedades específicas que tiene que soportar el hombre de hoy en día, que son muchas y muy complicadas, y en cómo encararlas con éxito. Los problemas que afectan a la mujer de hoy en día también son numerosos; de hecho son tantos y tan dignos de reseña que bien merecen otro libro, o varios. Pero aquí vamos a hablar sólo del hombre y de sus sufrimientos.

Ser hombre no tiene, en principio, un mérito especial. La mera presencia en nuestras células del cromosoma "Y", que es muy pequeñito y enclenque, y parece como que le debe de faltar un trozo, determina que uno sea hombre. Es fácil comprobar si un individuo dado es varón o hembra: basta con observar si la persona en cuestión tiene "testigos" de su masculinidad o no, que es lo que la palabra "testículo" quiere decir literalmente. Si los tiene, es varón; si no, no. De todas las cosas horribles que se podrían decir de Adolf Hitler, no deja de ser curioso que alguien sintiera la necesidad de inventar la leyenda de que Hitler tenía sólo un testículo. Tenía dos, pero en la cultura popular, calificarle de genocida y asesino, o de haber provocado la mayor carnicería en la historia de la humanidad, no era suficientemente trascendente. Para destruir su imagen completamente, para derrotarle de verdad, había que negarle su masculinidad. Había que restarle un testículo [1].

Hemos comenzado diciendo que ser hombre no tiene mucho

mérito, y sin embargo usamos la expresión “hacerse hombre” para denotar un logro, aquél de llegar a ser una persona independiente, o decimos que alguien se ha “comportado como un hombre”, para describir una acción valiente y decidida, propia de “un hombre”. Lo que nos lleva a concluir que lo que es fácil es ser varón en el sentido biológico, o macho (aunque esta palabra también tenga connotaciones complicadas), mientras que lo de “ser hombre” es algo que uno debe ganarse con esfuerzo y gallardía, una cualidad que debe adquirirse, una meta.

Dice le socióloga americana Camille Paglia que la mujer sencillamente *es*, pero el hombre *se hace*. También dice que la masculinidad se adquiere cuando el hombre se rebela contra la mujer, y que sólo la pueden confirmar otros hombres.

Un anuncio de televisión nos muestra un hombre conduciendo un coche corriente. Es de noche, pero vemos que el conductor es muy guapo, de unos cuarenta años, y no parece español, que es lo normal en los anuncios españoles. En el asiento del pasajero viaja una rubia también muy guapa, que le mira al conductor con deseo lujurioso. El coche va muy rápido, porque es éste un hombre agresivo y con prisa de llegar a algún sitio, un hombre de éxito, que sabe cómo conseguir lo que quiere. En la siguiente toma, la pareja se besa con pasión en una playa y sobre el capó del coche, que a pesar de todo sigue siendo bastante corriente (un polivalente anodino). Poco después, las sonrisas serenas de él y de ella nos dan a entender que sus impulsos eróticos han sido satisfechos. Llegan por fin a casa, la de los dos, y les reciben un niño, una niña, y un perro grande. El mensaje del anuncio es que uno puede tener un coche familiar práctico, que también se pueda comportar como un deportivo, y que además no cueste un pico. Es decir, que uno puede ser un hombre de familia, inofensivo y de mediana edad, y a la vez ser atractivo, impulsivo, sexualmente poderoso, y atrevido. El hombre ideal: autónomo, en control, agresivo, pero a la vez fiable y buen proveedor para la familia. La mujer de este anuncio es puramente accesoria, claro.

Si se tratara de un anuncio de un coche urbano pequeñito, de diseño *chic*, la conductora sería joven y sofisticada, pero sobre todo independiente. El coche la llevaría a una cita en una oficina en el

centro de la ciudad, y después a almorzar con su amiga en la terraza de una cafetería. Algún que otro hombre guapísimo la miraría sonriendo y con admiración, pero en este anuncio los hombres serían puramente accesorios.

Vivimos en una sociedad sexualizada (siempre lo ha sido, pero ahora quizá lo sea incluso un poco más), en la que se espera que cumplamos el papel que se atribuye a nuestro género. Como pasa con otras expectativas sociales, nosotros somos sólo parcialmente conscientes del papel sexual que debemos desempeñar, pero nos lo creemos muy profundamente. El hombre del coche polivalente con ambiciones deportivas y la chica del cochecito francés no tienen problemas de identidad sexual. Los dos saben a dónde van y lo que se espera de ellos. Tienen confianza no sólo en las prestaciones y características de sus automóviles, sino sobre todo en su capacidad de alcanzar un éxito abstracto y coherente con su género, así como en su habilidad de generar deseo sexual en otros.

**Cuando los hombres eran hombres…**

Los papeles sexuales ya no nos vienen dados de una manera obvia; nos los tenemos que diseñar nosotros, por lo menos en cierta medida. Por una parte, miramos con nostalgia el mundo pasado de las películas en blanco y negro, en las que los hombres eran hombres, y las mujeres, mujeres. Ingrid Bergman y Humpfrey Boggart no tuvieron que luchar con la confusión de valores del mundo actual. En Casablanca, Bergman debía ser apasionada y leal a su hombre, mientras que Boggart debía ser valiente, heroico e independiente. Y decir cosas ingeniosas y un poco amargas en frases cortas (*"We'll always have Paris"*). Y beber y fumar un poco demasiado.

El feminismo se inventó un poco más tarde, cuando el cine ya se veía en color, aunque las películas de James Bond de los años setenta, por ejemplo, no fueran exactamente estandartes de corrección política en su tratamiento del papel femenino. Bond era, entonces más que ahora, una caricatura del hombre ideal, una abstracción extrema de la virilidad, un héroe de tebeo. Tan valiente

que no parecía ser fisiológicamente capaz de sentir ansiedad, tan seguro de sí mismo que no podía albergar dudas, tan atractivo para las mujeres que éstas (en general también un poco ligeras de cascos, la verdad) insistían en metérsele en la cama incluso cuando Bond tenía cosas mejores que hacer. Su mera presencia, su manera de salir del Aston Martin, de pedir un cóctel en el bar, de hacer un chistecillo, eran provocaciones eróticas irresistibles incluso para la mujer más casta, virtud ésta que de cualquier manera no abundaba en aquellas películas.

Hoy en día, la definición del hombre ideal es bastante difusa, lo que en cierta manera es una cosa buena, porque ofrece un grado de flexibilidad para los que de otra manera no podrían satisfacer un canon rígido de virilidad. Así que el hombre ideal de hoy no tiene que ser necesariamente como James Bond, o como un héroe de la antigüedad; quizá la figura de Indiana Jones sea más cercana a lo que se espera del hombre ideal, o por lo menos del soltero ideal: un hombre guapo sin edad definida, intelectual y atlético, con pocas ataduras, pero con valores morales y coraje.

Pero nosotros, los hombres, tenemos tres problemas: el primero (y más obvio) es que no es fácil parecerse a Indiana Jones; el segundo es que incluso siendo Indiana Jones uno no tendría la garantía de haber alcanzado el nirvana de la masculinidad (¿cuánto ganaba trabajando de profesor?, ¿sería buen padre? –el suyo no lo fue, después de todo–) y el tercero es que ni siquiera estamos seguros de que debamos intentar parecernos a Indiana Jones; después de todo, hay muchos otros modelos de hombre que uno podría tratar de emular. Quizá el médico de *Médecins Sans Frontières*, el futbolista, el cura de pueblo, o el vecino de enfrente, en su heroísmo familiar y cotidiano, ofrezcan una imagen más atractiva del hombre que queremos ser.

## El Hombre Tradicional *versus* el Hombre Moderno

Los desafíos a los que se enfrenta el hombre actual se suelen resumir en una dicotomía un poco simplista: la de tener que elegir entre ser un hombre tradicional, masculino, fuerte, y parco en

palabras, para así obtener el respeto de los hombres, o como alternativa, ser un hombre "moderno", a quien no le asusta mostrar sus emociones y compartir las tareas del hogar, para así obtener el respeto de las mujeres.

No podemos evitar que la vida nos imponga limitaciones, pero no debemos permitir que nuestro género nos imponga además restricciones innecesarias y adicionales. Así que está bien que nos interesen las cortinas, hacer encaje, o el cómo cocinar *crème brûlée*. Pero que conste que también es perfectamente legítimo que nos interesen la Liga, las carreras de camiones, o el querer saber cómo funciona un carburador. No tenemos que elegir entre el hombre tradicional y el moderno, simplemente porque no existe una necesidad real de que el hombre que lleguemos a ser, la persona con nuestro nombre y apellidos, sea sobre todo, y antes que nada, hombre. Si nos quitamos el asunto del género de en medio, la tarea de ser una persona nos resultará un poquito menos ardua. En esto, no hay, o por lo menos no debería haber, preceptos establecidos.

**El tema del sexo**

El sexo es, como siempre, un poco más delicado. Tradicionalmente, las conquistas sexuales contribuían a aumentar el caché del hombre que las infligía, y a disminuir el de su "víctima". O sea, el mismo comportamiento mejoraba el valor de él como pareja potencial, y disminuía el de ella. Las cosas han cambiado con los años, pero este fenómeno todavía persiste en cierta medida. Se espera del hombre que sea expansivo en sus horizontes sexuales, que se comporte como un macho en el reino animal, esforzándose en esparcir su semilla en el mayor número de recipientes posible. Este macho tiene colores en sus plumas (o sea, es guapo y tiene un coche bonito), tiene confianza en sí mismo y muestra su fortaleza y valentía en alardes innecesarios enfrente de otros machos, y no parece tener mucho instinto paternal. Si es de verdad muy macho, ni siquiera se enamora, y consigue disociar el sexo de la ternura. Y si es de verdad muy, muy macho, no usa los intermitentes en el coche, pero esa es otra historia.

Lo malo de todo esto es que la vida en la selva es muy difícil y muy desagradable. Imagínese el lector a un hombre que *sí* se enamora, pero que no tiene muchos colores en sus plumas. Va a sufrir mucho. Otra posible víctima es la chica que sucumbe a los avances sexuales del macho "alfa", pero después descubre que no es más que una conquista más, otro nombre en la lista. Incluso el mismo macho alfa, en su existencia peligrosa y esforzada, será víctima también de la cultura de la selva; este semental también perseguirá a la mujer que le huye, y en su afán de conquistar a todas, no sabrá cómo establecer una relación duradera con sólo una.

**El autismo del hombre**

Hay un factor común, un tema recurrente en el carácter y comportamientos típicamente masculinos, que a veces resulta ventajoso, pero que otras muchas veces nos crea problemas muy significativos. Este factor común es el "autismo", en su acepción más ancha. El varón es más "autista" que la mujer, en el sentido de que tiene menos necesidad inmediata de relacionarse y de compartir sus sentimientos. Al hombre no le gusta mucho hablar por teléfono con sus amigos, y no parece importarle tanto lo que esté pasando en las relaciones sentimentales de otros, a diferencia de su compañera, a quien definitivamente sí le gusta mucho hablar por teléfono con sus amigas, muchas veces acerca precisamente de relaciones, tanto la suya como las de otros. La ventaja del varón "autista" es que este rasgo de su carácter le permite ser independiente. Quizá él mismo se vea un poco como Clint Eastwood en una de sus películas del Oeste, acaso como un caza-recompensas cabalgando solitario por el desierto de Arizona, un hombre cuyo pasado nunca llegaremos a conocer, de palabras monosilábicas y afecto seco, pero largo en decisión y valentía.

La desventaja del "autismo" masculino –o como quizá se diría en el lenguaje de la psicología popular actual, su falta de "inteligencia emocional"– es que ésta es una característica que merma la capacidad del individuo de trascenderse y de comunicar sus emociones, que no es una cosa buena. Al hombre le cuesta más

la intimidad. Como dice John Gray en su excelente *best seller* “Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus”, los hombres necesitan resolver problemas, y no encuentran un gran consuelo en hablar de ellos, a diferencia de las mujeres. También dice John Gray que los hombres sienten el imperativo de distanciarse intermitentemente para poder recobrar la intimidad con su pareja después. Así que este hombre se encuentra imbuido en sus problemas y alejado de otros, o sea, sólo y luchando con el mundo, como el viejo peleando con el mar en la novela de Ernest Hemingway. No es la mejor receta para la felicidad.

Si un embrión humanotuviera la posibilidad de poder elegir su sexo, habría otras características masculinas que no le animarían mucho a decantarse por este género. Los hombres tienen una esperanza de vida menor en prácticamente todos los países, en parte debido a que tienen una constitución más débil, pero también al hecho de que suelen adoptar estilos de vida más peligrosos y menos saludables que las mujeres. Son carne de cañón en las guerras, un sacrificio de chicos jóvenes que a muchas sociedades les parece perfectamente razonable, incluso cuando se lleva a cabo en gran escala, si se trata de defender a la patria o los intereses de la patria, que pueden ser muchos y muy vagos. Los hombres se suicidan mucho más, y van a la cárcel muchísimo más que las mujeres. Estas estadísticas parecen sugerir que los hombres viven con frecuencia en situaciones de conflicto, en un mundo de agresión y violencia en el que uno debe conseguir y alcanzar, en el que el sexo se define en términos de conquista militar en vez de intimidad, y en el que hay que mantener la virilidad a cualquier precio, una virilidad que ahora no entendemos muy bien porque nos viene mal enunciada, formulada a través de conceptos contradictorios y polarizados, en este mundo confuso del post-feminismo. El hombre de hoy no es feliz.

Este libro no le ayudará al lector a encontrar una receta para mejorar su virilidad o la de su compañero, ni le explicará cómo llegar a ser un hombre moderno. Este libro sí intentará sin embargo asistirle en su empeño diario de intentar ser una persona feliz, con gónadas masculinas, pero feliz.

En esta sociedad en la que todo parece tener un significado sexual, nuestro género nos ha secuestrado, nuestros genitales nos han sometido y subyugado. En nuestro torpe empeño de ser hombre, se nos ha olvidado ser persona, así que no es de extrañar que el siguiente paso, el de ser una persona feliz, no nos salga muy bien. Dijo el escritor americano John Neal que la adversidad es lo que nos hace hombres. Quizá. Pero la adversidad no nos hace felices, que es lo que importa. Alcibiades, un político importante en la Grecia clásica, soñó una vez que era mujer, lo que al parecer fue una premonición de su muerte ya cercana. Para Alcibiades, como seguramente para el señor del anuncio del coche polivalente, perder su virilidad habría sido como perderse a sí mismo. No es para tanto. Más se perdió en Cuba y volvieron cantando.

1. Según esta leyenda, que parece tener poco rigor histórico, Hitler perdió un testículo en la batalla del Somme en la Primera Guerra Mundial.

# 2

# UN POCO DE HISTORIA

La historia de la humanidad es la historia de los hombres, o al menos eso parece cuando uno la lee. Las heroínas son escasas porque la Historia con hache mayúscula se refiere sólo a guerras y luchas por el poder político, en las que las mujeres no tienden a figurar mucho. Juana de Arco, Isabel I de Inglaterra, o Santa Teresa son las excepciones, entre muchas otras, claro.

A lo largo de la historia, los hombres han tendido a monopolizar el poder político y económico, tanto en el ámbito macroeconómico como en el familiar. Bien es verdad que han existido sociedades matriarcales en las que la madre tenía mucho poder en ciertas esferas, pero en general el hombre siempre ha tendido a dirigir el asunto, en casa y fuera de casa. Nos referimos aquí al poder formal y legal, y no al poder sobre cuestiones domésticas cotidianas, o al que se ejerce en las relaciones, donde las mujeres tienen mucho que decir, y en general no se frenan nada.

## Las figuras históricas no se quedan en casa

Los libros de historia nos hablan de grandes movimientos y conspiraciones, dinastías y batallas, y en general luchas y conflictos entre individuos y grupos que quieren más poder y más influencia. El factor común es el expansionismo. Hitler (cuyo carácter desagradable no se debía a un déficit testicular, como sabemos) quería *Lebensraum* para Alemania, es decir, "sitio para vivir", y decidió robárselo a Polonia. Esto no quiere decir que no hubiera sitio suficiente en Alemania para la población (ahora son más, y

todavía caben), sino que Hitler era expansivo y quería extender sus horizontes. Salvando distancias morales, la mayor parte de los grandes personajes históricos, desde Alejandro Magno a Carlomagno, desde Julio César a Napoleón, eran individuos expansivos a quienes la esfera de la intimidad y la domesticidad no les decía mucho. Necesitaban el campo de batalla, conflicto, sangre y poder. Este es el carácter del héroe histórico.

Las figuras históricas, típicamente masculinas, no se quedaron en casa. Subieron a bordo de un barco y se fueron lejos, a descubrir América, a conquistar Persia, a colonizar las Indias, a convertir el Gujerat. francisco de Javier, un joven aristócrata que vivía en el esplendor renacentista de su castillo navarro, no se contentó con disfrutar de sus privilegios, y no dedicó su vida a cazar ciervos en las montañas de los Pirineos. No, francisco decidió que mientras hubiera infieles en la China y el Japón, él no podría quedarse en Navarra. Así que se cogió un barco y se fue al Oriente. Lope de Aguirre dejó su pueblo en Guipúzcoa y se fue a conquistar Eldorado. Una vez en América, decidió rebelarse contra su rey, el hombre más poderoso del planeta. El doctor Livingstone no se limitó a especular en la comodidad de su sillón de cuero acerca del posible origen del Nilo, sino que decidió irse a África a buscarlo. Napoleón podría haber sido un cacique en Córcega, donde nació, pero prefirió conquistar Europa. Toulouse-Lautrec podría haberse quedado en su *chateau* pintando retratos bonitos de sus parientes aristócratas, pero se fue a París a pintar prostitutas. El montañero llamado George Mallory quería subir al Everest cuando nadie lo había conseguido todavía, "porque estaba ahí". Scott fue al Polo Sur por razones parecidas, y nunca volvió, porque lo que hacen los héroes masculinos no es tanto volver sino ir, salvo en el caso de Ulises, el héroe de Homero en la Odisea, que se pasa todo el relato queriendo volver a casa y metiéndose en líos en el proceso.

**Pero el hombre medio no es tan expansivo**

Llegados a este punto, nos encontramos con un problema: el héroe inquieto, agresivo, que no acepta lo establecido y la autoridad, y se va lejos a buscar nuevos horizontes y a enfrentarse

a quien haga falta, no representa necesariamente el temperamento masculino. Se trata de lo que en la ciencia estadística se llama un sesgo de selección, que quiere decir que hemos elegido un cierto artificio –el grupo de hombres que aparecen en los libros de historia y mitos tradicionales– para representar un conjunto que en realidad quizá tenga características diferentes. Después de todo, son sólo los héroes expansivos los que se registran en la historia, mientras que el agente de seguros que colecciona sellos, el médico del ambulatorio que ahorra para su ford Mondeo, el hincha del *Atleti* que sabe mucho de pájaros y en agosto se va a Lloret de Mar, el dentista que sigue enamorado de su mujer después de treinta años de matrimonio (y a pesar de que ella ya no lo esté de él), no se encuentran en ningún libro épico. Están en éste, que no es épico.

El hombre medio –la mayor parte de nosotros– se encuentra a mitad de camino entre Lope de Aguirre y su polo opuesto: le gusta leer el periódico en casa, y seguramente no quiere complicarse la vida demasiado, si puede evitarlo; sale muy de vez en cuando con sus amigos de toda la vida, y le gusta jugar con sus críos, pero sólo cuando está de humor para ello. Este hombre "medio" siente un cierto placer reconfortante y doméstico cuando oye su programa favorito de fútbol en la radio y cuando huele las croquetas que está friendo su mujer en la sartén (siempre comen croquetas los jueves). Pero este hombre seguramente también tiene ideas políticas acerca de todo lo divino y lo humano, desde Palestina al crecimiento económico de China, incluyendo con frecuencia temas sobre los que en realidad no tiene ni idea, pero que debatirá de cualquier manera con pasión en el bar con sus amigos (que tampoco tienen ni idea del tema, así que no importa mucho). Y el mismo hombre, que como hemos dicho es "medio", y por lo tanto no acaba de ser como Lope de Aguirre en su desafiante arrogancia, tiene un interés innato en cuestiones de fuerza, de poder, y de jerarquía. Así que no es de extrañar que haya tantos hombres en los gobiernos, en los ejércitos, y en los consejos de administración. Que es algo que a las mujeres no les gusta, y con razón.

**La preponderancia histórica masculina**

Cuando uno recita los nombres de las personas que han influido la humanidad de manera significativa a lo largo de la historia, resulta evidente que la mayor parte han sido, y siguen siendo aún hoy en día, hombres. Y no me refiero sólo a los militares, conquistadores, dictadores, y políticos. También los artistas, inventores, y científicos han sido predominantemente hombres. Esto no se debe interpretar como prueba de la superioridad del hombre respecto a la mujer; todo el mundo sabe que combinar el papel de madre con uno vocacional o creativo es muy difícil, y que es quizá incluso más difícil el superar los prejuicios de la cultura masculina en el escalafón laboral, o en el mundo de la política. Una mujer que aspire a alcanzar una posición de poder tiene que tener una valía especial. A mucha gente le cuesta recordar el nombre del Primer Ministro que precedió a Tony Blair en el Reino Unido (la verdad es que ha llovido mucho...), pero todo el mundo se acuerda de Margaret Thatcher, a quien por cierto se le solía acusar de ser demasiado masculina.

Pero también es verdad que esas características típicamente masculinas que ya hemos comentado: la autosuficiencia emocional (pero no para plancharse las camisas), un interés por el poder y lo político, y el no querer quedarse en casa (y poder irse, por supuesto), hacen que el hombre quiera emprender, quiera crear, y quiera conquistar.

A través de los siglos, la creencia en la superioridad masculina se ha ido cristalizando y expresando de maneras variadas. Por ejemplo, durante mucho tiempo se creyó que la mujer era la transmisora del “pecado original”, y que los impulsos sexuales masculinos, sin los cuales los hombres serían unos santos, eran producidos por la mujer, de tal suerte que la mujer no sólo generaba, sino que también mantenía el pecado y la maldad.

La misma Biblia sugiere que el hombre es más importante que la mujer en el Génesis, cuando Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, y más tarde crea a la mujer a partir de una costilla del hombre, a modo de complemento adicional. El hecho de que la mujer fuera creada a partir del hombre da a entender que ésta no es más que una mera variante del hombre, lo que nos trae a la memoria a Averroes, el filósofo árabe, para quien la mujer no era

sino un “hombre imperfecto”.

## Resentimiento masculino

Hubo un periodo de la historia durante el cual los hombres que sólo veían maldad en las mujeres decidieron que lo mejor sería quemarlas, si no todas, por lo menos algunas. Esto es lo que pasó en Zugarramurdi, un pueblo en el Norte de Navarra en el que al comienzo del siglo XVII se llevó a seis mujeres a la hoguera, porque se creía que eran brujas. Miles de mujeres en otros pueblos europeos también acabaron en la hoguera en aquellos tiempos, en los que parece ser que a nadie se le ocurrió que al Maligno se le pudiera antojar de vez en cuando usar un vehículo masculino para sus horrorosos hechizos.

El origen del resentimiento de los hombres en contra de las mujeres se debe a que éstos creen que ellas tienen el poder de excitarles sexualmente cuando a ellas les da el capricho. Si no fuera por ellas, nosotros estaríamos perfectamente tranquilos y no nos molestarían las tentaciones carnales. Tampoco tendríamos que competir los unos con los otros para obtener su favor sexual. De ahí que a lo largo de la historia se haya considerado a las mujeres como portadoras y fomentadoras del pecado y la corrupción. De ahí que transmitieran el pecado original. De ahí que hiciera falta quemarlas.

Las mujeres dicen, con razón, que el desprecio y la discriminación que ha sufrido su género a través de los siglos es una cosa muy injusta. Lo que tendemos a olvidar sin embargo es que el hombre también es una víctima en este juego patético de los sexos, como iremos viendo a lo largo del libro, y que su puesto a veces privilegiado en la sociedad, nominalmente encima del de la mujer, no ha sido sino una trampa colmada de vicisitudes y peligros. Una trampa que les hará, al final, infelices.

## *Suffragettes* y feministas

La Reina Victoria de Inglaterra describió en el siglo XIX el movimiento en favor de los derechos de la mujer como una "tontería loca y malvada". En aquellos tiempos, tanto la mujer como el hombre de clase trabajadora eran entes sin valor intrínseco. Sin embargo, el hombre profesional, militar, o de Iglesia, tenía un valor mucho más sustancial que el de sus esposas (o que el de una monja, en el caso del hombre de Iglesia). La mujer de clase acomodada era esencialmente un ser débil y frágil. De hecho, tenía que ser débil y frágil para expresar su feminidad, y así ser atractiva para el hombre con quien estaba destinada a casarse. Porque debía casarse, o si no, meterse monja. Vestir santos no era una opción deseable.

Maudsley fue sin duda el psiquiatra británico más eminente del siglo XIX, y hoy en día el hospital psiquiátrico más famoso del país todavía lleva su nombre. Maudsley escribió al final de ese siglo que "lo que la naturaleza gasta en una cierta dirección, debe economizar en la otra", refiriéndose a la menstruación y a las labores reproductivas, sugiriendo con esta sentencia que una mujer no puede esperar ser capaz de gastar tanta sangre y esfuerzo en esas cosas y tener a la vez las características que le hacen al hombre superior, como una inteligencia incisiva, etc. Beard, otro médico del siglo XIX, describió la Neurastenia, o cansancio de los nervios, que él atribuyó a los estreses de la "vida moderna", entre los que se contaban factores como las prisas, la máquina de vapor, y la emancipación de la mujer, que ahora debía empezar a pensar y le costaba mucho, por la falta de costumbre.

Al comienzo del siglo pasado encontramos el movimiento de las "*suffragettes*", así llamadas por ser las primeras mujeres que demandaron el sufragio universal para hombres y mujeres en el Reino Unido. Ahora parece una cosa obvia que las mujeres deban tener el derecho a votar, pero hace cien años sólo votaba el cabeza de familia (en los países en donde se votaba, obviamente), y su mujer debía acatar las opiniones políticas de su esposo, quien por definición era intelectualmente superior y sabía más de estas cosas. Las *suffragettes* fueron a la cárcel y emprendieron huelgas de hambre para concienciar a la sociedad e influir al gobierno de la época. El lector quizá recuerde el personaje de la madre en la película *Mary Poppins*, que nunca tiene tiempo para estar con los

niños (de ahí que le haga falta una niñera), porque es una *suffragette* y debe atender muchas manifestaciones.

Las mujeres consiguieron el voto (en Suiza tuvieron que esperar hasta los años setenta) y demostraron ser en general tan políticamente conservadoras como los hombres. Pero la mujer se quedó dentro de casa, su área de poder e influencia desde el comienzo de la revolución industrial, que sacó al hombre del caserío y lo llevó a la fábrica, y dictó que la mujer se dedicara al cuidado de los niños y a las tareas del hogar.

Hace un siglo o dos el mundo tenía imperios, como el Británico, que necesitaban una élite de hombres bien educados para su administración, así como gran cantidad de hombres sin educación para llevar a cabo conquistas y mantener el control militar de lo ya conquistado. Lo que todos ellos necesitaban era valentía, una gran capacidad de autonomía y de auto-sacrificio, y como se dice en Inglés, *stiff upper lip*, es decir, no mover el labio superior, que es algo que tiende a moverse mucho cuando expresamos emociones. De esta manera, un hombre Británico de hace un siglo, que fuera educado en una de las escuelas exclusivas del país, se habría visto a sí mismo como un ser eminentemente superior, por ser Británico, por haber estado interno en la escuela de Eaton, y finalmente por ser hombre. Estupendo. Pero también se habría esperado de él que abandonara a su familia y se fuera al Sudán si hiciera falta, que luchara como oficial contra indígenas que no estaban dispuestos a aceptar su aparente superioridad sin intentar pegarle un tiro primero, y que nunca, nunca, se quejara o diera a entender que tenía miedo, o morriña, o ganas de estar con una mujer por razones que no tuvieran nada que ver con pillar sífilis.

El feminismo como tal nos llegó en los años sesenta, la época en la que nacieron la mayor parte de los movimientos de liberación. Encontró muchísima oposición, como cabía esperar, pero acabó obteniendo un cierto nivel de éxito, ahora ya sedimentado, que muchas feministas ven como insuficiente, mientras que otros (y otras) perciben como excesivo y todavía amenazante. Algo así como lo que ha pasado con el Socialismo. Los detractores del feminismo pintaban a la típica seguidora de este

movimiento como hombruna, agresiva, desagradable, y quizá lesbiana. Claramente injusto, aunque bien es verdad que el lesbianismo sí se llegó a propugnar como una vía para la liberación sexual de la mujer, en una época en la que, la verdad, era tentador el mezclar todas las injusticias sociales con el Che Guevara, Mao, Confucio, y el Kama Sutra si hacía falta, todo de manera un poco folclórica, y a veces no se sabía dónde frenar el entusiasmo. Y yo diría que el lesbianismo como vía de liberación política habría sido un buen punto donde frenar el entusiasmo.

Ahora pensamos que somos más maduros. En nuestra era post-industrial, post-socialista y post-feminista creemos que las turbulencias sociales que preocuparon tanto a nuestros antepasados ya no tienen nada que ver con nosotros. Ahora tenemos el asunto del extremismo musulmán, eso es todo.

Pero no es así. Para empezar, las mujeres todavía reclaman, con razón, igualdad con el hombre en las altas esferas del mundo laboral, donde todavía no tienen la representación que merecen. Por otra parte, el desafío del feminismo a la posición tradicional del hombre en la sociedad ha dejado a éste en un lugar mal definido e incómodo, inseguro de sí mismo, pero sintiéndose a la vez culpable.

## La jaula matrimonial

En este contexto de los años sesenta[1], hubo quien vio al matrimonio y la familia como jaulas en la que se encarcelaba a las mujeres, un mundo pequeño y restringido, donde estaban sujetas a los abusos de sus maridos y a las exigencias de los hijos, sin oportunidades para "realizarse a sí mismas", como se decía entonces. En la novela de Ira Levin titulada *Las poseídas de Stepford*, los hombres de una pequeña ciudad de Connecticut sustituyen a sus mujeres con robots de aspecto idéntico, salvo que los robots son perfectas amas de casa, siempre sonrientes, dóciles, obedientes y sumisas, y siempre receptivas a los avances sexuales de sus maridos. La protagonista es una fotógrafa profesional, inteligente e independiente, que se da cuenta de que está pasando algo raro en el pueblo, pero también sucumbe a la conspiración de los maridos y

se convierte en una autómata y ama de casa ideal al final del relato. Esta novela, que se llevó al cine con bastante éxito al comienzo de los setenta, ilustra muy bien la idea del matrimonio como un instrumento de opresión masculino, en el que ellos obtienen de ellas servicios domésticos y sexo, así como un cierto prestigio social si ella es de buen ver, mientras que ellas sólo obtienen de ellos abuso y dominación.

La liberación de la prisión conyugal y familiar (para ambos sexos) llegó a través del divorcio. En aquellos tiempos, la oposición al divorcio se veía como una postura anti-liberal y anti-feminista. Resulta irónico una vez más que algo que nos debería haber "liberado" también nos haya hecho infelices. El divorcio nos da una segunda[2] oportunidad cuando las cosas se ponen muy feas, pero la ruptura de la familia le deja al hombre "fuera de la foto" familiar con demasiada frecuencia. Y se siente uno muy solo fuera de la foto.

En definitiva, y volviendo al punto principal de este capítulo, tanto ellos como ellas han percibido al hombre como superior a la mujer durante la mayor parte de la historia. En muchos sitios esta percepción sigue vigente incluso hoy en día. Afortunadamente, la sociedad occidental se dio cuenta hace cierto tiempo de que la discriminación de la mujer era una cosa mala, tanto para ellas como para ellos. Sin embargo, el proceso de ecualización de los sexos ha sido no sólo incompleto y todavía insatisfactorio para las mujeres, sino también amenazante y contradictorio para los hombres.

El resultado de esta incertidumbre es que el hombre, en los momentos en los que es consciente de su género, se ve a veces presa de sentimientos contradictorios, como el miedo y la culpa. Miedo de que ver su "hombría" amenazada, y a la vez culpa de tener tal "hombría".

Así se tienen todas las de perder. No es de extrañar que el hombre actual esté en crisis.

1. No en España específicamente. Me refiero a "los sesenta" en el sentido más

universal.

2. No hablo aquí de los divorcios múltiples. Una paciente me dijo en cierta ocasión de muy buen humor que estaba “adicta al divorcio”, y que esperaba tener tantos como Liz Taylor. A esta paciente los divorcios le habían hecho muy feliz. Oscar Wilde dijo que perder un padre era mala suerte, pero que sólo un descuidado perdería los dos. De la misma manera, un divorcio es mala suerte, pero si se tienen muchos más, quizá se trate de otra cosa...

# 3

# LO QUE HAN DICHO OTROS

Sigmund freud, el célebre inventor del Psicoanálisis, pensaba que el pene era una cosa estupenda. Bueno, también pensaba que la cocaína era una cosa estupenda, así que su opinión sobre los méritos del pene no se debe tomar a rajatabla necesariamente.

Hay que recordar que el psicoanálisis se desarrolló hace muchísimo tiempo, en lo que entonces era el Imperio Austro-Húngaro entre los siglos XIX y XX, en un mundo muy rancio y antiguo, aunque también es verdad que ésta fue una época de muchísimo color y sensualidad en el arte y en la esfera de lo creativo en la capital austríaca, donde vivía freud. De cualquier manera, la visión hípersexualizada que tenía freud de la psique quizá no se pueda traducir muy bien a nuestro lenguaje actual, con los valores que tenemos hoy en día.

freud acuñó la expresión "envidia de pene", que se refiere a lo que, según él, siente una niña en el momento de su desarrollo cuando se da cuenta de que su hermano tiene algo que ella no tiene. Esto es algo que freud pensó que le ocurre a la niña de manera natural durante su desarrollo sexual, cuando es todavía muy pequeñita. A freud le parecía que el pene es una cosa claramente envidiable para quien no lo tiene, y que su ausencia no es algo que la niña pueda simplemente ignorar y olvidar. También dijo que el niño sufre durante su etapa narcisista (la que precipita el "complejo de Edipo"[1], durante el cual el niño desarrolla sentimientos libidinosos hacia su madre[2], e impulsos asesinos hacia su padre) un miedo horroroso a ser castrado...

Más tarde, la niña en cuestión se da cuenta de que la falta de pene parece verse acompañada de la habilidad de procrearse, lo

que ella piensa que compensa con creces el no haberse visto agraciada con aquel apéndice, que de entrada le parecía tan vistoso, pero ahora ya ve que no es para tanto.

Todo esto es típico freud: sexual, mágico, y barroco, pero se menciona aquí para ilustrar el hecho de que los atributos masculinos, y no hay ninguno tan masculino como el pene, siempre han tenido un valor positivo absoluto, incluso para pensadores tan profundos como freud, para quien la identidad femenina parece definirse sobre todo en términos de ausencia de masculinidad. Dijo Germaine Greer, famosa escritora feminista, que freud fue el padre del psicoanálisis, pero que esta teoría nunca tuvo madre.

A freud seguramente le interesó más la sexualidad masculina, quizá simplemente porque él era un hombre, o quizá porque ni siquiera freud se pudiera escapar de los imperativos de nuestra cultura, en la que la hembra es poco más que una mera estimuladora y receptora de sexualidad, mientras que el macho es quien la *produce*. En otras palabras, sin él, no hay sexo. Sin embargo, sin ella, sí puede haber sexo.

Me refiero con esto a que la homosexualidad masculina siempre ha sido reconocida (normalmente como pecado y como crimen, pero reconocida), mientras que la femenina pertenece al mundo de las sombras, algo así como un *hobby* excéntrico de feministas militantes, o quizá una fantasía erótica masculina, pero no una cosa seria. Para que el sexo sea serio, debe haber penetración, y para eso hace falta un hombre. Ya sabemos que esto es un mito, pero es un mito que sigue vigente. El problema es que esta manera de ver la cosas no sólo disminuye a la mujer, sino que también le abruma al hombre con una responsabilidad que no le pertenece, la de ser aquél que *da* el sexo para que la mujer lo reciba. Una vez más, el hombre tiene un papel más importante, pero también una vez más, este papel le va a dar problemas.

Alguien llamado Adler, en los tiempos de Freud, esbozó un esquema psicológico con dos polos opuestos, el masculino y el femenino, en el que lo femenino se asocia con la debilidad y lo masculino con el poder. En este contexto, el hombre necesita fomentar en su vida atributos masculinos como la agresión, para así poder alcanzar la virilidad que anhela y escapar la feminidad

que le acecha.

7Carl Jung fue otro de los fundadores del psicoanálisis. A Jung le interesaba mucho lo esotérico y lo misterioso. Tenía más carisma que freud, con el que acabó enfadándose. Jung pensaba que cada hombre lleva consigo la imagen (lo que él llamaba el "arquetipo") de "la mujer" dentro de su inconsciente, y que el hombre proyecta esta imagen en su amada. Así, este arquetipo, que Jung llamó *anima* (alma en femenino), forma parte del mecanismo que genera la atracción entre los sexos. Hay que enfatizar que "la mujer" en este contexto no es una mujer específica, ni un grupo de mujeres, ni siquiera "el concepto de la mujer", sino algo un poco más difícil: se trata de lo que Jung llamó un "depósito" primordial y hereditario de todo lo femenino... bueno, ya he advertido que a Jung le gustaba lo misterioso. La mujer, todavía según Jung, lleva un arquetipo similar en su inconsciente, en este caso masculino, que él llamó *animus*.

Decía Jung que las características femeninas del *anima* a veces se reprimen en la psique masculina. Esto es más probable que ocurra en un ambiente conservador, en el que sólo esté permitido que el hombre exhiba atributos puramente viriles.

De esta manera el psicoanálisis no sólo nos explica por qué nuestros penes despiertan envidia, sino también nos dice que llevamos una mujer dentro; en realidad, más que eso: llevamos a *la mujer* dentro, nada menos, pero a veces reprimida.

Karen Horney, en los años treinta, pensaba que el niño no le teme en realidad tanto al padre castrante –aquél que compite con él para obtener el favor de su madre en el Complejo de Edipo– como nos aseguraba freud. La persona a la que de verdad teme mucho es en realidad su madre, y por eso concentra este crío sus preocupaciones libidinosas en su propio pitilín; de ahí, decía Horney, emana en realidad el temor del niño a la castración. Evidente.

Nancy Chodorow, mucho más recientemente, desarrolló su propia teoría sobre el desarrollo sexual del niño. Chodorow pensó que el niño sólo es capaz de hacerse hombre a partir de la separación de su madre, a diferencia de la niña, quien mantiene

una relación estrecha con su madre de manera ininterrumpida. El hombre se define como tal a partir de lo que le diferencia de su madre, de quien por lo tanto debe distanciarse para ganar su propia identidad sexual. A través de la intimidad con su madre, la niña conserva su capacidad de expresar y sentir emociones, que es algo que ella podrá usar en otras relaciones en el futuro, y que determinará su manera de ver el mundo. En este enfoque, no es la niña la que "no tiene" (pene), que era el énfasis principal de la teoría de freud, sino que es el niño el que "pierde" la capacidad de intimar. Un mensaje más femenino. Es curioso que por profundo que se ponga el pensador en cuestión, él o ella no consiguen escapar su propio sexo en sus enfoque teóricos.

Pero la verdad es que estos conocimientos psicoanalíticos no nos van a servir de gran cosa en nuestros rigores diarios. Y además, le hagamos caso al enfoque masculino de freud o al femenino de Chodorow, nos acabamos encontrando de cualquier manera con versiones de algunos de los mitos que ya hemos comentado, como aquél del protagonismo sexual del hombre, o su incapacdad de mostrar emociones. Con todo esto, se imagina uno a un personaje de anuncio de colonia masculina, muy macho, dispuesto a desatar sus poderes libidinosos a la mínima provocación, pero por otra parte un poco seco.

1. Basado en el drama de Edipo Rey, escrito por Sófocles en la Grecia clásica. En este drama, Edipo mata a su padre, sin saber que es su padre, y se casa con su madre, sin saber que es su madre.
2. La madre de freud era una señora guapa, y bastante joven, mientras que la mujer de freud... bueno, quizá no era tan guapa. Así que uno se pregunta si freud quiso universalizar con su Complejo de Edipo los sentimientos que él tenía hacia su propia madre, que quién sabe, igual no eran del todo sanos.

# II

# PROBLEMAS Y SOLUCIONES

# 1

# TENEMOS QUE PERDER LOS PAPELES

Albert Pierrepoint fue un verdugo muy famoso. Se estima que colgó a unas seiscientas personas a lo largo de su carrera, que se extendió a lo largo de varias décadas. Las ejecuciones de unos doscientos nazis criminales de guerra en Austria, entre 1945 y 1949, fue el zénit de su vida profesional, pero Albert también colgó a muchísimos criminales comunes en su Inglaterra natal. La lista incluyó a Ruth Ellis, la última mujer a la que se aplicó la pena de muerte en ese país. Ruth había matado a su amante, que era un tipo muy desagradable, durante un ataque de celos.

La novia de Albert Pierrepoint, el verdugo, tenía un estanco cerca de la casa de él. Era una chica corriente, con la que llevó una vida corriente. El padre y el tío de Albert habían sido verdugos antes que él. De niño, Albert escribió una vez en un ejercicio del colegio que cuando fuera mayor le gustaría ser verdugo, como su papá.

Todos tenemos un papel (normalmente más agradable que el de Pierrepoint), expectativas que creemos que debemos cumplir. Aunque quizá el verbo "creer" no sea el más acertado, porque nuestra necesidad de desempeñar el papel que nos ha tocado en la vida es una cosa más bien inconsciente. Nuestro papel no emerge de la nada de manera espontánea, sino que viene definido por el grupo social al que pertenecemos. En general, solemos comportarnos de manera parecida a otros en nuestro entorno, de la misma manera que hablamos con el mismo acento que los que nos rodean, y en líneas muy generales, también tendemos a tener ideas y valores bastante similares a las que prevalecen en nuestro ámbito.

Los papeles vienen dados, como decimos, por el entorno

social, el momento histórico, la clase social, la familia, y –cómo no– el que sea uno "varón o hembra". Así, una mujer de la época de la posguerra en España debía ser madre de familia numerosa y cantar coplas mientras lavaba la ropa; el primogénito de una familia acomodada de los años sesenta debía hacerse abogado o ingeniero, tener familia, y aspirar a poder hacerse un chalé en la sierra o en la costa, y a llegar a comprarse un día un *Dodge Dart* de color beige. El mundo de hoy es mucho más impredecible y fluido. Nuestro futuro laboral ya no se encuentra preestablecido, pero sin embargo seguimos ateniéndonos a roles sociales relativamente rígidos.

Y la verdad, si vamos a ser francos, es que ciertos roles sociales son mejores que otros. Por ejemplo, comparemos el rol social de un adolescente que esté creciendo en un ambiente en el que uno deba demostrar su hombría a través de la violencia física, con el de un chico que se encuentre en un entorno en el que no haga falta demostrar la hombría de ninguna manera específica. Lo probable es que el violento acabe en la cárcel, mientras que el otro (cuyo valor como persona no es superior), acabe usando sus propios impulsos agresivos en el mercado de valores, con resultados mucho más lucrativos.

Me doy cuenta de que este ejemplo conlleva fuertes connotaciones de clase social, lo que de hecho no hace sino acentuar la noción de que somos unos pobres esclavos de las expectativas de nuestro entorno, y que nuestra conducta con demasiada frecuencia es un mero papel dictado por nuestra subcultura, clase social, y género. Que es por lo que viene a cuento aquí este asunto: muchos de los problemas asociados con "ser hombre" no tienen necesariamente una raíz hormonal o biológica, sino social. En otras palabras, muchas de las cosas masculinas que hacemos, o por lo menos creemos que debemos hacer, no son inevitables e inamovibles. No tenemos que ser violentos, no tenemos que ser competitivos, no tenemos que conquistar muchas mujeres, no tenemos que ser fuertes ante la adversidad. Pero tampoco tenemos que ser un hombre "moderno": nadie nos dicta que debamos echarnos a llorar en las películas románticas si no nos da la gana, o que nos vayamos al bosque con otros hombres para tocar tambores y así conectar con nuestros impulsos masculinos atávicos. Si queremos, podemos ser un hombre diferente, podemos

ser un hombre sin ninguna obligación de “realizarse a sí mismo” como hombre, podemos ser sencillamente una persona, que es algo que nos quitará un peso de encima.

Así que empecemos ya a tratar de identificar los problemas y desafíos específicos a los que muestro género nos enfrenta, para así después poder diseñar las soluciones más acertadas para cada uno de ellos.

# 2

# LA GUERRA (Y LA AGRESIÓN)

*... ¡Que la muerte nos*
*encuentre yendo*
*siempre hacia*
*adelante o dentro de*
*las trincheras firmes*
*lo mismo que árboles;*
*a cada herida más*
*fieros, más duros a*
*cada ataque, más*
*grandes a cada asalto*
*y a cada muerte más*
*grandes!...*

*Miguel Hernández, "Digno de Ser Comandante".*

Este fragmento de un poema bélico de Hernández es un ejemplo clásico de la guerra lírica y heroica, elevada moralmente por la justificación de encontrarse uno en el bando de los buenos (los malos son siempre los otros), y embellecida por su violencia desgarrada y trágica. La guerra también es eminentemente viril. En otro poema, Hernández describe a los soldados republicanos como: *"... hombres... que han hecho temblar al roble y desmayarse a la espada"*. Tanto el matar como el morir en una guerra justa representa el clímax de lo masculino, el *non plus ultra* de la reciedumbre viril.

Pero la guerra como empresa moral resulta poco convincente. Para empezar, es obvio que siempre hay por lo menos dos bandos, y que por lo tanto no es lógicamente posible que los dos tengan razón a la vez. Además, estos bandos no han sido siempre naciones que estuvieran luchando por su existencia y por defender su

integridad. Durante gran parte de la historia los soldados han sido (y siguen siendo en muchos sitios) meros mercenarios de señores feudales, que iban a la guerra para acaudalar poder e influencia, sin ni siquiera pretender que tuvieran motivos más elevados para encarar al enemigo que la pura codicia.

El siguiente problema es quizá incluso más obvio: la guerra es una cosa muy desagradable, en la que sufre y muere mucha gente, particularmente desde la invención de la guerra «total» en el siglo XX. La guerra total se caracteriza por la inclusión en ella de la población civil, que las guerras no totales habían ignorado hasta entonces, con la excepción de algún que otro saqueo, o quizá alguna violación en masa o linchamiento, si venían al caso en el curso de la batalla. Si lo exigía el guión, por así decirlo.

El saqueo de Constantinopla en 1204 por las tropas de la cuarta Cruzada es un caso interesante de una guerra que comienza con motivos aparentemente nobles (para le época) y muy celestiales, pero degenera muy pronto en una orgía muy poco noble y nada celestial en el momento en el que los Cruzados se dan cuenta de que saquear la capital cristiana del imperio Bizantino les va a dar más beneficios terrenales que el conquistar Jerusalén y librar a la ciudad santa de las manos del infiel.

Los humanos nos hemos pasado la historia a sopapos. La guerra parece algo inevitable, un aspecto intrínseco de la naturaleza humana. Así que nos parece natural el tener enemigos, a quienes naturalmente queremos matar, pero eso sí, a poder ser de manera civilizada y acogiéndonos a ciertas normas y decretos, como por ejemplo la Convención de Ginebra. Y no queremos ser los agresores. Todos los países tienen ministerios de defensa, pero ninguno tiene un ministerio de agresión.

## La guerra justa

La historia nos dice que ha habido guerras más o menos buenas, en las que de cualquier manera casi siempre han ganado los buenos. La razón es muy clara: son los vencedores los que escriben la historia. Los bombardeos de Dresden y otras ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, en los que

perecieron incontables mujeres y niños, así como las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki, fueron males necesarios para subyugar al agresor. En Whitehall, en el centro de Londres, hay una estatua dedicada a *Bomber Harris* (Sir Arthur Travers Harris, también conocido como *Carnicero Harris*), el artífice de los bombardeos aliados sobre la población civil alemana. Celebramos a Harris, el "bombardero", como un héroe, a pesar de que incluso entonces hubo muchos que pensaban que el bombardeo de precisión (en vez del bombardeo indiscriminado que promulgó Harris) habría sido más eficaz estratégicamente. Aunque la verdad es que la puntería de los bombarderos de la época era horrorosa[1], así que seguramente no habrían sido capaces de llevar a cabo bombardeos de precisión incluso si lo hubieran intentado.

Los jóvenes que tripulaban los Lancaster británicos, los moscones de cuatro motores que llevaban la tripa llena de bombas incendiarias, sí fueron héroes de verdad, aunque hoy en día uno se pregunte si quizá se les pidió que emplearan su enorme valentía, y en muchísimos casos sacrificaran su vida, en un empeño que era moralmente malo: el de matar civiles.

La esperanza de vida de un miembro de la tripulación de un Lancaster durante la Segunda Guerra Mundial era ridículamente corta. Más de tres mil Lancasters nunca volvieron a casa tras sus misiones. Los miembros de la tripulación sabían lo que se estaban jugando, y aun así se subían a las frías y ruidosas cabinas de sus aviones cuando debían hacerlo. Su misión era el adentrarse de noche en territorio enemigo, donde sabían que se les esperaba. Y una vez en su destino, debían someterse al fuego de los cazas de la Luftwaffe, así como el de los cañones que les disparaban insistentemente desde la tierra. Soltaban entonces su carga letal encima de lo que tuvieran debajo –que podría ser cualquier cosa–, y después intentaban volver a casa. Muchas veces no volvían.

Tenemos en el caso de los héroes británicos que poblaron estos bombarderos de cuatro motores un típico ejemplo de las contradicciones de la guerra: un grupo de jóvenes titanes sacrificándose por el bien de su país en un empeño valiente y trágico, y sin embargo también moralmente repugnante.

Lo curioso es que los humanos no somos muy agresivos,

aunque me doy cuenta de que si se para uno a pensar en las burradas que nuestra especie llevó a cabo durante el siglo XX resulta difícil creer que no lo seamos. Pero un domingo de agosto en la playa, o un lunes a la mañana en el metro, nos cuentan una historia diferente. Somos capaces de compartir nuestro espacio físico con cientos de personas de ambos sexos sin pegarnos con ellos. No sólo somos capaces de no pegarnos, sino que pedimos perdón cuando le pisamos el pie a otro, y no protestamos si nos lo pisan a nosotros. Un observador externo, recién llegado de otro planeta, pensaría que somos tan pacíficos como corderos.

Pero si las reglas de no-agresión se anulan, quizá porque es sábado a la noche en un sitio donde se estila pegarse en los bares en ese momento de la semana, o porque hay un estado de emergencia, o porque estamos en una guerra civil, o porque una tribu ha decidido que debe exterminar a otra tribu, o porque toca linchar[2] a alguien, entonces los extremos de violencia a los que la especie humana, y más concretamente el varón humano, puede llegar son sorprendentes, y extremadamente desagradables.

Y puede ser particularmente brutal (y esto es lo sorprendente) cuando esta violencia está institucionalizada y estructurada y aceptada por nuestros dirigentes como necesaria, como ocurre en un estado de guerra. De tal manera que un individuo aparentemente pacífico y considerado, un buen vecino que ayuda a las viejecitas a cruzar la calle, se puede convertir en un monstruo genocida cuando la ocasión y la patria lo exigen. No todas las guerras son genocidas, por supuesto, pero la guerra establece y facilita las condiciones necesarias para llevar a cabo este tipo de salvajada en gran escala.

Los anales de la guerra civil española, o de la segunda guerra mundial, relatan y celebran el heroísmo de muchos que lucharon por sus ideales, y todas esas cosas, pero también nos recuerdan los horrores del “paseíllo” en el caso de la primera, o de paseos nocturnos igualmente siniestros en bosques de Polonia o Lituania, cuando ser un civil con la orientación política indebida, o peor aún, la etnia indebida, era razón suficiente para que uno tuviera que cavar su propia tumba en las afueras del pueblo una noche muy fría, a punta de rifle. El ejecutor no tenía cuernos ni aliento de

azufre, sino que era el panadero, o el hermano del cura. Quizá esté todavía vivo y le vengan a la memoria de vez en cuando las imágenes amargas de aquella noche, fastidiándole el humor y las ganas de comer en la cena de Nochebuena. Durante muchos años pudo bloquear los recuerdos de la guerra, pero ahora que está viejo le cuesta más, y esta noche hace frío, tanto como aquella otra noche, hace tantos años.

Si uno no tuviera más remedio que ir a la guerra y pudiera elegir ejército y guerra, no cabe duda que el de Liechtenstein, el diminuto país alpino, en la guerra entre Austria y Prusia de 1866, sería la mejor elección. fueron 80 soldados a la guerra, y volvieron 81. Nadie les disparó ni un tiro durante la guerra, y además consiguieron reclutar a un austríaco en el camino de vuelta.

La guerra también puede ser un poco ridícula en su patetismo trágico. El caso de la llamada "Guerra del fútbol" entre El Salvador y Honduras en 1969 es un buen ejemplo. Aparentemente se desencadenó durante un partido de fútbol entre estos dos países, aunque a decir verdad seguramente hubo factores más importantes que el fútbol que también contribuyeron a provocar aquella conflagración. Sin embargo, el tipo de patetismo que se encuentra en las guerras con más frecuencia es el de las muertes en vano, muertes equivocadas o mal administradas, o en pos de un ideal vacío, o mal entendido, o que se escapa.

La película alemana *El Puente*, basada en hechos reales y dirigida por Bernhard Wicki en 1959, cuenta la historia de un grupo de colegiales alemanes al final de la Segunda Guerra Mundial, a quienes se les ordena que defiendan el puente de entrada a su pueblo contra las tropas aliadas, a las que el ejército de Hitler ya está a punto de subyugarse. Los oficiales al mando del grupo de colegiales más tarde cambian de opinión y deciden abandonar la defensa del pueblo, pero la contraorden no les alcanza a los chicos en el puente, que van muriendo uno a uno a lo largo de la película. Defender el puente había sido un mero error administrativo, inútil y patético. La importancia de la vida de los colegiales se subordinó a la importancia de un gesto patriótico. Fue una de esas ocasiones bélicas en las que el uniforme del soldado tuvo más relevancia para los dirigentes de la guerra que lo que el uniforme contenía. Estos oficiales seguramente se llenaron la boca

con ardores patrios, prefiriendo la muerte (de los subordinados) a la derrota, por lo menos un ratito, hasta que incluso ellos se dieron cuenta de que no merecía la pena. Pero entonces ya era demasiado tarde.

Un factor necesario para que podamos estar dispuestos a matar al enemigo es el que éste se deshumanice, y que así le podamos ver como un robot malvado y siniestro. A no ser que seamos por naturaleza un poco psicópatas, porque entonces nos parecerá perfectamente bien matarle al prójimo, por muy humano que sea. De esta manera, los alemanes de las películas de guerra son rígidos y mecánicos, y aún todavía hoy en día muchos creen que en Alemania nadie tiene sentido del humor (lo que es absurdo, claro), mientras que a los japoneses siempre se les retrataba como crueles y suicidas. En las mismas películas, el sargento americano es un chico de Brooklyn, que siempre lleva el casco ladeado, como se llevaban los sombreros entonces, y atado a éste un paquete de *Lucky Strike*. Este sargento es majo y habla con un gracejo neoyorkino fácil y fluido, no como los ladridos de los alemanes. Lleva en su cartera una foto de su novia en Brooklyn, que tiene uno de esos peinados tan aparatosos que se estilaban en los años cuarenta. No nos imaginamos que el alemán que acaba de matar tenga una foto de su novia en la cartera. Pero seguramente sí la tiene. La realidad es que el miedo, la morriña por la familia o la novia, o el sentido del humor son cosas universales, y están repartidos en la misma medida en ambos bandos de cualquier guerra. Nuestro enemigo no es esencialmente diferente a nosotros. Como dice el Mercader de Venecia en la obra de Shakespeare, a todos nos calientan los mismos veranos y nos enfrían los mismos inviernos.

Lo curioso es que, en general, y a la mayor parte de nosotros, ni siquiera en un estado de guerra nos apetece mucho matar, y no lo intentamos, por lo menos conscientemente. La mayor parte de los tiros no van dirigidos a nadie, y se dice que, de cualquier manera, es difícil acertarle a un burro con un Kalashnikov a un par de metros, aún apuntando bien.

Es Nochebuena en el año 1914, en Ypres, Bélgica, frente occidental. Estamos en la Gran Guerra (todavía no se llamaba

*primera* guerra mundial, porque no había habido una segunda). La batalla en las trincheras había cobrado muchísimas vidas ya, víctimas de la artillería y los gases venenosos, entre el barro y el frío del campo invernal, atormentado por la batalla. El entusiasmo que todo el mundo parecía compartir al comienzo de la guerra había desaparecido. Tanto el público como los soldados, y seguramente los generales y políticos también, habían tenido ya tiempo para reflexionar y darse cuenta de que la guerra iba a durar un buen rato, muchos hombres jóvenes iban a morir, y sin embargo nadie parecía acordarse muy bien de por qué estaban luchando. Siendo Nochebuena, los soldados alemanes comenzaron a poner velitas en los árboles y a cantar Noche de Paz. Los británicos también empezaron a cantar sus villancicos, y un poco más tarde los soldados de uno y otro lado se encontraron en "tierra de nadie", donde intercambiaron cigarrillos y chocolate como regalos. No se sabe muy bien cuánto tiempo duró el alto el fuego, pero lo que está claro es que llegó un momento en el que los tiros y los cañonazos arrancaron otra vez, tan mortales como lo habían sido antes. Otra vez tocaba matarse, como había tocado antes. El alto el fuego había sido espontáneo, iniciado por soldados que no conseguían recordar por qué se estaban disparando, pero a los generales no les gustó. Ellos, los generales, así como los políticos, sí sabían por qué habían mandado a sus chicos a aquel infierno. Sabían que hacía falta frenar la influencia del imperio austríaco, o la del británico, o la del Kaiser alemán. Los rusos querían ensanchar su autoridad sobre los Balcanes, mientras que los franceses necesitaban recuperar Alsacia, perdida a los alemanes durante la guerra que los dos países tuvieron el siglo anterior. Territorio e influencia. Eso era todo. No es de extrañar que aquellos soldados decidieran cantar villancicos y regalarse chocolate y dejar de darse tiros aquella Nochebuena.

El día que terminó la guerra civil española los soldados del bando rebelde lo festejaron, como cabría esperar, bebiendo cantidades enormes de vino, y algunos que pensaron que sólo el nadar literalmente en vino haría justicia a su júbilo se metieron en las barricas donde éste todavía se estaba fermentando, y aturdidos por su ebriedad, allí se ahogaron. La muerte absurda del soldado.

Los ideales marciales son el sacrificio, la valentía, la camaradería, y la disciplina. Estos ideales se expresan de manera

grandilocuente y muy dramática, porque no se le puede pedir a un hombre que se juegue la vida, o que se someta a tremendos rigores y quebrantos, sólo porque así lo exige su contrato. No se le podría haber explicado a un soldado en la Primera Guerra Mundial que la razón por la que debía salir de la trinchera y exponerse al fuego de las ametralladoras enemigas era porque ese gesto (seguramente suicida) era necesario para contribuir a preservar, con suerte y en microscópica medida, la influencia e intereses comerciales de su país en el mapa geopolítico de la época. Si se le debe pedir al soldado que sacrifique su vida, o que pierda las piernas en la explosión de una granada, habrá que decirle también que el uniforme que viste es un símbolo de hombría y de dedicación, que su condición de soldado es sinónimo de valentía y de sentido del deber. Hay que decirle que vistiendo ese uniforme y muriendo por la patria se hará hombre. Hombre muerto, pero hombre al fin y al cabo.

Los países totalitarios suelen tener ejércitos con objetivos y funciones más anchos que los de los países democráticos. Por ejemplo, se espera que las fuerzas armadas en una dictadura velen por la unidad de la nación, y que también protejan el régimen gubernamental vigente de posibles amenazas ideológicas. O sea, se espera que luchen contra el enemigo interior, además del exterior. En estos regímenes paranoicos resulta más fácil recurrir a grandilocuencias abstractas a la hora de describir la función del soldado: éste debe defender a la patria, no sólo de las peligros externos físicos y tangibles, sino que también deben batallar noblemente contra los infieles, o los capitalistas, o los judeomasones que se pasan la vida ideando planes para destruir el tejido de la nación.

**La guerra es cosa de hombres**

Los ejércitos eran hasta hace muy poco exclusivamente masculinos, y el lenguaje, modos y costumbres militares son esencialmente viriles. Se dice que el hombre es más agresivo que la mujer, y también se tiende a creer que la guerra es la sublimación, noble y trágica, de esa agresión masculina. El fútbol, a su vez, es

una sublimación de la guerra. Como ya hemos visto, el fútbol fue la guerra misma para El Salvador y Honduras en 1969.

Nuestra visión de la guerra y del uso de la violencia estructurada e institucionalizada para conseguir objetivos nacionales depende en gran medida del entorno cultural y político. La guerra de Vietnam nos dio a entender que las guerras no son siempre asuntos de buenos y malos. Hasta entonces, nuestro sargento de Brooklyn había ganado todas las guerras en las que se había metido, y curiosamente el enemigo siempre había sido hasta entonces también muy malo moralmente, tanto el alemán nazi, como el comunista de la guerra de Corea. Pero en Vietnam la cosa se fastidió. No había manera de acabar con aquellos guerrilleros del Viet Cong tan empedernidos, constantemente acosándoles en la selva. Al mismo tiempo, un nuevo periodismo televisivo, inmediato e indiscreto, le hizo darse cuenta al público americano de que la guerra era un asunto sucio y muy desagradable, donde la gente no siempre muere de manera justa y noble, sino muchas veces de manera grotesca, absurda, y cruel. En Hollywood, nuestro sargento graciosillo y valiente de Brooklyn dio paso a personajes más tristes y reales, más asustados, más embrutecidos, y más pobres. *Nacido en el 4 de Julio, El Cazador, o Full Metal Jacket*, son ejemplos del tipo de película americana de la época que recogió aquel sentimiento de repulsión hacia una guerra que no se podía ganar, no ya desde un punto de vista militar, sino sobre todo moral.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
|---|---|
| Se empeña en ser carne de cañón. | Procura no ser carne de cañón si puede evitarlo |
| Sueña con morir por la patria, o por su fe, o por su líder. | Cuestionará una patria, una fe, o un líder que le manda a él, o a su hijo, o a su país, a la guerra. Quizá decida finalmente que sí hay que ir a la guerra después de todo, pero por lo menos lo cuestionará |
| Deshumaniza al enemigo. | Sabe que en las líneas enemigas también tienen novias, y cuentan chistes, y hacen competiciones de quién se echa el pedo más oloroso. |

Dice el adagio árabe *“yo contra mi hermano; yo y mi hermano*

*contra mi primo; yo, mi hermano, y mi primo, contra el extranjero"*. Es así como parecemos ver el mundo, como una cebolla con capas concéntricas, en la que odiamos de manera incremental y proporcional a una persona o comunidad, dependiendo de la distancia que les separe del centro de la cebolla, que es donde estamos nosotros. Enunciamos nuestro odio con palabras positivas: decimos que somos leales a los nuestros, amamos a nuestra patria, creemos en nuestra religión. Pocos dicen que odian al extranjero y al infiel (aunque algunos sí lo hacen). Pero el amor que profesamos por nuestro terruño y por nuestra virgen local quizá se pueda sublimar, llegado el momento, y convertirse en el odio al otro, al que no es de nuestro terruño, al que tiene pinta rara, habla raro y come cosas incluso más raras.

J.G. Ballard, el autor de la novela *El Imperio del Sol*, que Spielberg llevó a la pantalla con mucho éxito, dijo hace poco en una entrevista con la BBC que:

> *"... la guerra corrompe, la violencia seduce; es fácil entender un mundo rendido a la brutalidad y a la violencia, mientras que la paz es mucho más ambigua, porque siempre acabamos encontrando cosas en nosotros mismos que no cuadran con nuestra opinión de que somos seres civilizados".*[3]

El mundo maniqueo de la violencia y la agresión es más sencillo que el pacífico. En este mundo, hay buenos y malos, indios y vaqueros, moros y cristianos. Eso es todo.

**Siempre es posible justificar la violencia**

El violento encuentra razones poderosísimas para ejecutar su violencia. Y si hace falta dar peso moral a una salvajada, sea ésta el ataque a la torres gemelas en Nueva York, o un ritual de venganza mafiosa, nunca faltan las referencias necesarias a las injurias del infiel en el primer caso, o a la necesidad de fomentar la disciplina y la lealtad en el segundo. El caso de la Mafia es particularmente relevante en este capítulo por ser ésta especialmente masculina y también especialmente bestia en sus cánones de comportamiento. El cine le ha dado a la mafia un glamor que no merece, aunque las

películas dirigidas por Scorsese, por ejemplo, han empezado a mostrar a los mafiosos como de verdad son: grupos de tíos muy desagradables, de muy poca educación y muy violentos, que extorsionan dinero por medio de la intimidación. Se dice que en la Sicilia tradicional la mafia ocupaba el sitio en la estructura política que el Estado no había querido o podido ocupar, y que por eso contaba con el apoyo del pueblo. Pero la mafia nunca ha tenido ni querido el apoyo del pueblo; con el *miedo* del pueblo siempre ha tenido suficiente.

El tipo de capo que se suele encargar de los gánsteres de Nueva York o de Sicilia es en general un señor gordo, feo, y muy hortera, que adora a su madre (una viejilla de cara angulosa, con bigote, y vestida de negro, que quizá haya ordenado la muerte de más de uno a lo largo de los años), pero que no dudará en sentenciar a su colega más allegado en un momento dado, si cree que éste pueda representar una amenaza para su puesto de padrino. Los líderes de grupos paramilitares en los países en estado de guerra civil, o en los que el Estado se ha desintegrado, suelen ser también señores feos, analfabetos, horteras, paranoicos, y muy desagradables.
No hay nada romántico o atractivo en la violencia, la intimidación, y la crueldad ritualizadas, sobre todo si aquellos que la perpetran son –como decimos– feos y horteras, además de crueles.

Los terroristas no son mejores. De hecho, son muy parecidos en sus estructuras y en su *modo operandi*. Y también suelen ser feos y horteras[4]. Argumenta Michael Burleigh en su libro *Blood and Rage* (“sangre y rabia”) que el terrorista típico es un hombre joven con valores muy básicos y muy mal informado, y añade que el terrorista musulmán medio tiene un conocimiento muy básico y escaso del Corán, por ejemplo. Burleigh nos cuenta que los terroristas protestantes de Irlanda del Norte solían decidir ir a matar a algún católico mientras se tomaban unas pintas en el *pub*, como quien decide tomarse un pincho entre cerveza y cerveza, y después de darle un tiro a un *papista*, volvían al *pub* a tomarse otra pinta. Al final del año, el que había matado más católicos ganaba un microondas. Burleigh dice que los videos propagandistas de los terroristas islámicos y los videos porno comparten la misma estructura, que comienza con una escena doméstica (el ama de casa

esperando al fontanero, o el terrorista fabricando tranquilamente una bomba), y termina con una apoteosis (la dicha ama de casa y el fontanero en múltiples y muy íntimos congresos, o la explosión final, con gran estruendo y destrucción), todo acompañado por una musiquilla de fondo electrónica. También comenta este autor en su libro que los valores revolucionarios que fomentaba la banda de los Baader Meinhof, que aterrorizó Alemania Occidental en los años setenta –y que para ser precisos también contenía alguna mujer–, eran muy poco sofisticados y muy alejados de las verdaderas inquietudes que tenía la clase trabajadora del país en aquella época. Pero nada de esto les importa mucho a estos tíos jóvenes; lo que a ellos les fascina más que la ideología, la nación, los trabajadores, o incluso lo que dijo el Profeta, es la violencia. Alguno que otro, después de haber pasado unos años en la cárcel, alcanza un estado de cierta madurez que el resto de nosotros ya gozábamos cuando él estaba dando tiros, y nos informa de que ha llegado a la conclusión de que con la violencia no se llega a ningún sitio. Ya.

Si la guerra y la agresión son cosas tan malas, uno se pregunta por qué somos a veces agresivos, qué beneficio social o biológico derivamos de querer pegarnos con otros. No resulta difícil imaginarse el papel necesario del comportamiento violento cuando la vida de nuestros ancestros se desenvolvía en un ambiente de subsistencia, teniendo que competir y luchar físicamente por la comida y la pareja. Pero ahora no nos hace falta. De hecho nos estorba y tenemos que consumir energía e ingenio (leyendo las páginas de este capítulo, por ejemplo) para idear la manera de suprimir o controlar nuestros impulsos agresivos.Así que se podría decir que en cierta medida el asunto éste de la agresión masculina es un residuo atávico que nos ha quedado del hombre que éramos, del hombre que necesitábamos ser, que es muy distinto del que necesitamos ser ahora.

**La Testosterona**

Se suele decir que la razón de la agresión masculina es la testosterona, esa hormona que no sólo ayuda a definirnos como

hombres biológicos, sino que también influye en nuestro ser social y emocional. Incluso se han hecho experimentos que demostraronque los agentes bursátiles con mucha testosterona ganan más dinero que los que tienen menores cantidades de esta hormona corriendo por su sangre, sugiriendo una especie de eje hormonaagresión-éxito, que resulta muy poco convincente. Echarle toda la culpa de la agresión a la testosterona, aun siendo muy tentador, no le hace mucha justicia a la realidad. El hecho es que, testosterona o no, los hombres somos perfectamente capaces de controlar nuestra agresión cuando creemos que hace falta controlarla, que es la mayor parte del tiempo, por muy fogosos e impulsivos que seamos. Incluyo aquí tanto la agresión física y franca como la velada, la verbal, la de obra, y la de omisión. O sea, todas.

No vamos a negar que haya factores químicos que puedan fomentar y promover el comportamiento violento en el hombre, pero todo el alcohol y la testosterona del mundo no son suficientes para forzar a un hombre pacífico a que se líe a tortas en el bar o a que le pegue a su mujer.

Sin embargo, si nuestra cultura nos dice que hay que matar a nuestra hermana si ella mancha el honor de nuestra familia, o que a la mujer hay que "pegarla" de vez en cuando para que sepa lo que vale un peine, o que hay que salir fuera del bar a cascarse si otro hombre te mira a los ojos durante más de un par de segundos[5], entonces hará falta mucha menos testosterona para que alcancemos una situación violenta.

Lo triste es que este hombre tan violento cree que de verdad necesita comportarse de esta manera para así proteger su estatus respecto a su pareja, y para protegerse de otros hombres, que él cree que le quieren comer la tostada y subírsele a la chepa. Pero es una estrategia muy mala. Recuerda ese hombre a un ciervo en celo, que piensa que un señor que está paseando por el campo es un competidor que le quiere robar sus ciervas, y le persigue en un alarde inútil de pundonor herbívoro.

Se ha demostrado empíricamente (o sea, científicamente) que a las mujeres en general, y desde luego a las mujeres que merecen la pena en particular, no les gustan los hombres agresivos. Les

gustan los hombres dominantes, que es una cosa muy distinta. El poder es erótico, pero la agresión espanta a las mujeres, incluso cuando no se dirige específicamente contra ellas. Me doy cuenta de que existen algunas mujeres con quienes esta norma no valdría, pero la excepción confirma la regla. Además, esas mujeres no nos deberían interesar.

Que conste que la preferencia femenina por los hombres dominantes no quiere decir que la alternativa a ser agresivo deba ser el tratar de ser dominante, sobre todo porque el asunto de dominar a otros (con éxito) es una cosa difícil, estresante, y seguramente desagradable; otra mala estrategia. Dominar a algún pobre infeliz sería fácil, pero no tendría mucho sentido. De cualquier manera, vernos en términos de dominancia y sumisión sería bastante triste. Mucho mejor vernos como individuos, cada uno de nosotros tratando de desarrollarnos como personas enteras y felices, no como miembros de una jerarquía en un grupo de lobos o de chimpancés.

Hablando de chimpancés, un grupo de científicos se preguntó cómo se comportaría un macho de esta especie al que se le dieran dosis adicionales de testosterona. ¿Sería más agresivo que antes? Si la testosterona le hacía más agresivo, esto sugeriría que esta hormona tiene un papel fundamental en la gestación de este tipo de impulsos en los primates (recuérdese que nosotros también somos primates). Lo que vieron fue que el macho en cuestión sí se comportaba de manera más violenta tras recibir las dosis extra de testosterona, pero sólo hacia sus subordinados. La testosterona no le daba más arrojo o valentía; no le hacía más *macho*; por ponerlo de manera muy bestia, no le daba más huevos, vaya, a pesar de que la testosterona y "*los huevos"* estén íntimamente relacionados. El mono aquel, cargado de hormonas masculinas, se metía más con los monos que tenía debajo, pero permanecía tan respetuoso y medroso respecto a sus superiores como lo había sido antes de las inyecciones[6]. Y siguiendo con los chimpancés, también se cree que las chimpancés hembras instigan "golpes de estado" contra los líderes machos que muestran modales demasiado agresivos.

Hoy en día existe una marcada tendencia a atribuir las características de nuestro comportamiento a imperativos

biológicos, sean éstos los efectos de una hormona cono la testosterona, o quizá con más frecuencia, la información genética que llevamos en nuestros cromosomas. Vivimos en una época muy determinista. Pero en líneas generales nos comportamos como queremos comportarnos, y no en pequeña medida lo hacemos de acuerdo con los parámetros establecidos en nuestra cultura. Por ejemplo, el estudio de las diferencias entre las reacciones de los estudiantes varones en el Norte y en el Sur de los Estados Unidos a estímulos desafiantes, tales como el someterse a un insulto, reveló que los estudiantes del Sur reaccionaban de manera más agresiva[7]. La cultura del Sur en América es más parecida a la que uno encontraría en Méjico. En Alabama o en Tejas "los hombres son hombres y las mujeres, mujeres". Es una sociedad que ha heredado sus valores culturales de la época de *Lo que el viento se llevó*, en la que la hombría y el honor eran consideraciones fundamentales. El Norte sin embargo ha sido tradicionalmente más liberal y cosmopolita, y la hombría en Nueva York o Chicago tiene un significado diferente, más vago y más disociado del honor y de las vehemencias y fervores físicos. En este experimento, un grupo de investigadores de la Universidad de Michigan invitó a estudiantes del campus a tomar parte en un estudio, sobre el que les dieron pocos detalles específicos. Les pidieron que rellenaran un formulario, y que después lo llevaran a la oficina al final del pasillo. Uno de los investigadores se tropezaba a propósito en el pasillo con el estudiante, y entonces le insultaba, llamándole gilipollas *("arsehole")*. Los estudiantes del Sur, con un sentido del honor y de su hombría más desarrollado, se lo tomaban peor. Comentan los autores de este estudio en su artículo que los estados del Sur tienen leyes de control de armas menos estrictas, y que sus políticos (G.W. Bush, por ejemplo) tienden a estar más dispuestos a intervenir militarmente en el extranjero. O sea, que se relacionan con sus vecinos y con el mundo de manera más belicosa[8]. Lo que este tipo de experimento nos hace concluir es que la cultura predominante del entorno en el que vivimos es seguramente mucho más importante que nuestras hormonas a la hora de generar agresión. Y sin embargo, ni siquiera el ambiente nos puede forzar a ser agresivos. Después de todo, la mayor parte de los hombres que viven en un entorno relativamente agresivo (una cárcel, por ejemplo) son totalmente pacíficos la mayor parte del tiempo.

**La violencia en grupo**

A veces parece que la masculinidad tiene tanto peso que un solo pobre individuo, por muy macho que sea, no la puede acarrear en sus hombros sin el apoyo de otros. Le hace falta el grupo. La pandilla de adolescentes, los *hooligans* del fútbol, o los *Hell Angels*, cumplen esta función. Transferir nuestra hombría al grupo es una manera de protegerla de los avatares que la podrían dañar si estuviera asociada con un sola persona. Uno puede perder una pelea, o puede ser humillado por su jefe, o a uno le pueden quitar la chica, pero nada de eso tiene una importancia crucial si su orgullo varonil no le pertenece a él, sino al grupo. Y nadie va a dudar de la virilidad de los *Hell Angels*. Es algo así como el nacionalismo xenófobo: se dice uno a sí mismo que puede que yo sea feo y de clase muy baja, y no muy trabajador, y quizá no muy listo, pero mi orgullo reside en mi nacionalidad, en el grupo al que pertenezco, así que esos defectillos que tengo no importan gran cosa; mucho peor sería ser un emigrante.

Estos grupos que ofrecen el confort y la seguridad de una virilidad colectiva suelen tener un uniforme, insignias, lemas, códigos secretos, y complicados rituales de iniciación. Después de todo, uno deber tener en cuenta que el grupo está gestionando una cantidad bruta (nunca mejor dicho) de virilidad muy grande, y que esta gran responsabilidad debe verse reflejada en la complejidad de su liturgia y en lo muy severo y trascendental de sus estatutos.

A decir verdad, se pueden encontrar paralelos entre los *Hell Angels* por una parte y grupos benignos de hombres no violentos por otra, como sería el caso de los txokos vascos, o el club británico tradicional, por ejemplo. La diferencia entre estos grupos es obvia y consiste en el hecho de que en el caso del txoko la virilidad colectiva se ha sublimado en la confección y consumo de las kokotxas de merluza, en vez de en la intimidación de ciudadanos pacíficos con ruidosas Harley-Davidsons y esvásticas.

## La violencia es una cosa mala

Lo que es importante recordar es que la violencia y la agresión masculinas *no* son inevitables, no nos vienen impuestas por imperativos biológicos de los que somos unos meros esclavos, y no debemos rendirnos a la necesidad de darle un sopapo a alguien que nos ha mirado con cara rara. Si hemos crecido en Alabama quizá sintamos esa necesidad de manera más urgente que si somos de Chicago, pero todavía seremos capaces de controlar el impulso agresivo, de la misma manera que el ser español no nos obliga a comer tortilla de patatas si preferimos la pizza.

Y otra idea muy importante de recordar es que la violencia y la agresión son cosas malas, que nos complican la vida y nos hacen infelices. La experiencia subjetiva de la rabia y las ganas de agredir es desagradable. La pelea misma, sea física o verbal, también es desagradable, quizá menos cuando se gana que cuando se pierde, pero uno todavía tiene que encajar tortas o insultos incluso en las peleas que acaban en victoria. Y de cualquier manera, la regla general es que nadie gana en las peleas, que por definición son confusas y embrolladas. Así que no es el modo más placentero de pasar el tiempo.

Y desde luego no el más beneficioso. Recordemos el mono colmado de testosterona, a quien el exceso hormonal no le había proporcionado una mayor confianza en sí mismo, o el hecho de que a las mujeres no les gustan los hombres matones. Las desventajas dela agresión resultan incluso más obvias cuando uno se detiene a examinar sus consecuencias: denuncias legales, relaciones rotas, subordinados resentidos, pocos amigos, y jefes recelosos.

## La misoginia y la violencia de género

En la calle, la víctima de la violencia masculina suele ser otro hombre, pero en casa la víctima es la mujer, o el niño. La *violencia de género* está basada en la misoginia y en el abuso del poder, del poder físico y con frecuencia del poder económico, cuando la mujer no está empleada y por lo tanto no tiene medios de valerse por sí misma sin el sustento del hombre. El abusador muchas veces fue él

mismo abusado de niño, y las condiciones que uno suele encontrar en las casas en las que el hombre le zurra a su compañera o a los niños suelen ser deprimentes. Los habitantes de estos hogares son con frecuencia –pero no siempre– pobres y sin educación, y en general tienen recursos escasos, tanto intelectuales como económicos, para escapar estas situaciones tan horrorosas. Pero, una vez más, el ser pobre o desaventajado no es razón suficiente para comportarse como un salvaje. Y también una vez más, debemos recordar que la violencia genera infelicidad para todo los involucrados en este tipo de dinámica, incluso para aquél que la perpetra.

Como decíamos, uno de los ingredientes fundamentales en la violencia de género es la misoginia y el desprecio/miedo a las mujeres. Es asombrosa la medida en la que la misoginia –medio en serio, medio en broma– está extendida en la cultura popular: las revistas masculinas, cuyo contenido tenemos que asumir que es una expresión fiable de la manera de pensar de sus lectores, son un buen ejemplo. Lo siguiente es un extracto de una revista inglesa para chicos, el tipo de revista que contiene artículos sobre coches, aparatos de música, y un poquillo de porno suave intercalado aquí y allá. Este artículo en concreto se refería a *Dame* Ellen MacArthur, la chica que en 2005, a los veintiocho años, consiguió la asombrosa proeza de romper el record de circunnavegación del globo en solitario en una embarcación de vela. Navegó casi 51.000 kilómetros en 71 días. Ellen filmó su hazaña mientras la estaba completando, incluyendo momentos espantosos y peligrosísimos en medio de horribles tormentas nocturnas. Pues bien, la revista *Nuts*[9] recientemente describió esta heroína tan intrépida y admirable en los siguientes términos:

*"… esa miserable puta llorona […] que no es más que una tía frígida con pinta de tortillera…"*[10] .

No creo que a este "periodista" se le llegue a comparar un día con Byron. Se dice que Ellen a veces cae mal a los chicos porque es un poco seca. Pero no es eso. La verdad es que hay un tipo de hombre a quien no le gustan las mujeres que consiguen cosas que a ellos les parecen que deberían haber sido conseguidas por un hombre, y que dan la impresión de que tampoco necesitan a un

hombre para apoyo emocional o sexual, por lo menos durante el curso de su proeza. Hace poco Ellen apareció en un programa sobre coches en la tele británica, en el que una persona famosa cada semana corre contra reloj con un coche utilitario en un circuito. Es un programa terriblemente popular, así que a los famosos –incluso a algunos famosos de Hollywood– les gusta aparecer en él para anunciar su último disco o película. Y parece que también se suelen tomar en serio la competición en el circuito. Ellen, que se pasa la vida dentro de veleros y por lo tanto no creo que conduzca mucho, ganó la competición con la vuelta al circuito más rápida del año, por encima de todos los hombres, incluidos muchos *rock stars* con colecciones de ferraris, así como otros deportistas. Los "columnistas" del *Nuts* seguramente lloraron amargas lágrimas misóginas aquella noche.

Un ejemplo más inmediato de misoginia en la cultura popular es el uso de palabras que se refieren a los genitales femeninos de manera figurada para expresar valores negativos (*"coñazo")*, y los masculinos para ilustrar valores positivos *("cojonudo")*. No es una cosa muy grave, pero es un reflejo de un rencor masculino que tiene raíces antiguas y profundas.

Esta misoginia, esta curiosa mezcla de rencor, desprecio y miedo a las mujeres, es una de las razones principales por las que algunos hombres pegan a sus compañeras. Estos hombres sienten un particular resentimiento por el hecho de que la mujer tenga el poder de decidir si los deseos sexuales de él en un momento dado vayan a ser satisfechos o no. Dado que este hombre ve el sexo como algo que él produce y da, en definitiva, algo que él inflige, la interferencia de la mujer en el proceso de decidir si esa noche vaya a haber sexo o no, le parece no sólo absurda, sino también una franca provocación a la violencia y a obtener su satisfacción sexual de la manera que haga falta, y además con una paliza para que ella escarmiente.

La misoginia tiene una larga tradición intelectual. Pensadores profundísimos, como Nietzsche o Schopenhauer, depreciaban a las mujeres. La verdad es que se podría decir que Nietzsche en realidad despreciaba a todo el mundo, pero desde luego no tenía un respeto especial por las mujeres. A Schopenhauer le parecía que el sitio de

la mujer estaba en la cocina; no con esas palabras, pero el mensaje venía a decir algo parecido. Mao dijo en cierta ocasión que lo único que le sobraba a China eran las chinas. Y veremos en el capítulo sobre la paternidad que los señores de barbas largas que poblaban los episodios del Antiguo Testamento no eran exactamente feministas fervorosos.

Una manera de pensar asociada con la misoginia y con la agresión del hombre a la mujer es la famosa *tricotomía* "madre, puta, virgen", en la que el papel de una mujer sólo puede ser uno de esos tres, que además son mutuamente exclusivos[11]. Sólo los papeles de madre y virgen se ven como virtuosos y deseables en este modelo. La Virgen María, que era por supuesto la mujer ideal, fue la única que pudo combinar simultáneamente los papeles de madre y virgen, según la religión católica. El resto de las mujeres tienen que elegir un rol, y sólo uno. La mujer moderna y emancipada no cuadra bien dentro de este modelo.

Bibiana Aído, la muy joven Ministra de Igualdad en el momento de escribir estas páginas, declaró en el Congreso de los Diputados que uno de los objetivos de su departamento era "contribuir con políticas preventivas a otro modelo de masculinidad, desde el que establecer las relaciones de pareja sobre nuevas referencias". Es mal asunto cuando se llega a una situación en la que el Gobierno le dice a uno cómo se debe ser hombre y qué modelo de masculinidad debe uno seguir, y qué referencias debe uno tomar para establecer su relación de pareja. Pero a éstas hemos llegado con el asunto de la violencia de género. La culpa la tienen los hombres violentos. Aunque, para ser sinceros, yo hubiera preferido que la Ministra no tuviera ambiciones de poder diseñar en su ministerio modelos de masculinidad y de relaciones de pareja, que son cosas que no le deberían concernir al Gobierno. Recuerda demasiado al "1984" de Orwell.

Si la agresión masculina es mala y es perfectamente evitable, debemos concluir por lo tanto que no meternos en peleas o en discusiones desagradables, y descartar la violencia de nuestras relaciones íntimas, son maneras factibles de mejorar nuestras vidas, y también las vidas de otros, evidentemente.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
|---|---|
| Cree que la violencia es cosa de hombres (o sea, la violencia te hace hombre) | La violencia te hace infeliz |
| Piensa que a las tías les gustan los tíos como él, muy machos y que se saben imponer, por así decirlo | Sabe que las tías, por lo menos las que tienen dos dedos de frente, buscan relaciones de iguales, y les horrorizan los tíos agresivos |
| Piensa que la agresión es la mejor defensa, y que dado que el mundo en muy hostil, uno debe ser agresivo todo el rato para defender así lo que uno ha ganado y el estatus que uno ha conseguido | En realidad, casi ningún otro hombre se quiere meter en líos para robarte tu estatus o acostarse con tu señora |
| Los hombres sólo te respetan cuando te temen | Los hombres te respetan cuando te haces una persona “respetable”, que es un conjunto complejo de cualidades, que desde luego no incluye el comportamiento agresivo |
| Las mujeres sólo te respetan cuando te temen | Lo dicho |
| Si se le va la mano con su señora, le echa la culpa al hecho de que es muy hombre (la testosterona) | Nunca se le va la mano con su señora, por mucha testosterona que tenga |
| Si vive en un sitio donde la cultura dice que hay que pegarse, se pega | No se pega. No hace falta. Y además es feo |

Dijo Mahatma Gandhi que lo que se obtiene con violencia, solamente se puede mantener con violencia. Y no se trata necesariamente de llegar a los extremos de “ofrecer la otra mejilla” cuando alguien se está metiendo con nosotros, sino de tratar de evitar que nuestra relación con el mundo se base en una dinámica de agresión y contra-agresión sistemáticas, en la que debamos estar siempre peleando, para así probar nuestro valor como hombres. Si estamos luchando en una guerra aparentemente necesaria contra una nación “malvada”, nuestra voluntad de agredir al prójimo en esas circunstancias quizá sea justificable, incluso heroica. Hemos visto sin embargo que las “guerras justas” no han abundado en la historia de la humanidad. Si nos exigen que vayamos a la guerra, tendremos que cuestionar esa exigencia con mucho cuidado y no aceptaremos argumentos recargados de fatuidades patrióticas, o demagogias que deshumanicen al enemigo, como razones para ir al frente a confirmar nuestra hombría. Pero si le estamos cascando a nuestra mujer, o poniendo una bomba en un tren de pasajeros (salvando las distancias morales entre los dos ejemplos), entonces necesitaremos argumentos muy rebuscados y patológicos para

justificar nuestra agresión. En el otro extremo del espectro de la agresividad, el sarcasmo habitual, las actitudes ásperas, la ofuscación verbal, la mordacidad sistemática, son ejemplos del tipo de interacción con los que nos rodean que no nos llevará a ningún sitio bueno. No nos conviene ser amargos. Es más grato, y más beneficioso para nosotros mismos, el abandonar la agresión y ser agradables con los demás. Nos llevará más lejos, y llegaremos más relajados.

El que a hierro mata, a hierro muere, que no es la mejor manera de morir. Muramos viejos, en la cama, con la familia alrededor, y diciendo algo que no entiende nadie, porque no tenemos los dientes puestos. Y en este caso es mejor que no se entienda, porque no hemos parado de decir cochinadas desde que entramos en un estado de delirio. Mejor así que en el frente, muriendo y matando a la vez, o solos y amargados porque nuestra agresión espantó a todos nuestros allegados, poco a poco y a lo largo de los años. Muramos como deben morir los hombres: viejos, tranquilos, y bien.

1. Al lado de mi casa en Londres debería haber un hotel, pero desapareció cuando fue alcanzado por las bombas alemanas durante la guerra, a muchas millas de cualquier objetivo estratégico.
2. La palabra “linchar” proviene de un tal Charles Lynch, un juez americano del siglo XVIII. Lynch decretaba ejecuciones y castigos, a la brava y sin atenerse a molestos obstáculos legales o burocráticos, en contra de ciudadanos leales a la corona británica durante los tiempos de la revolución americana.
3. *“Today”*, febrero 2008, Radio 4, BBC. Mi propia traducción.
4. Los miembros de ETA, sin ir más lejos, parecen pensar que el corte de pelo de futbolista de los años ochenta –corto por encima y largo por detrás– está todavía de moda.
5. Esto incluso tiene un nombre en inglés: la “mirada sucia” *(“dirty look”)*.
6. R. Sapolsky. *The trouble with testosterone and other essays*. Simon Schister, Nueva York, 1997.
7. D. Cohen et al:, *Journal of Personality and Social Psychology*, 1996.
8. No quiere decir esto que haya más crimen violento en el Sur que en el Norte de los Estados Unidos. De hecho, la ciudad más peligrosa hoy en día en América es Detroit, que está en el Norte.
9. Quiere decir “nueces”, pero en este contexto se traduciría como “huevos”, o “pelotas”.
10. Mi propia traducción.

11. Los dos primeros se pueden combinar, pero son conceptualmente muy dispares.

# 3

# EL CONQUISTADOR

Se suele decir que a los hombres nos gusta ser, sobre todo, libres. Nos da miedo comprometernos y cuidamos con gran celo nuestra independencia. Queremos sexo ("¡claro, quién no!", diremos entre risas –es curioso cómo la mera mención del deseo sexual siempre produce hilaridad entre los hombres–), pero no queremos esposa. Y se dice que el matrimonio (o sus equivalentes modernos), le procura a uno una esposa omnipresente y una vida sexual ausente.

Las mujeres sin embargo sí quieren relaciones estables, y son mucho más discernientes que los hombres a la hora de acceder a un encuentro sexual. La razón es muy sencilla: son ellas las que se quedan embarazadas, así que tienen la necesidad de asegurarse de que el hombre que solicita su intimidad vaya a ser el mejor donante de genes posible. Ahora tenemos anticonceptivos, pero estos preceptos biológicos los llevamos todavía grabados muy profundamente en nuestra mente inconsciente, nos guste o no. Como decimos, la necesidad femenina de tener una relación estable también tiene su origen en el hecho de que son ellas las que se embarazan; si fuera él (en vez de ella) quien se tuviera que preguntar si se metió en la cama la noche anterior siendo uno y se ha despertado quizá siendo dos, entonces tendría mucho cuidado de no acostarse con la primera señorita que se tercie, que quizá ni siquiera le guste particularmente. Muchos hombres no necesitan razones muy sólidas para procurar "meterse en las bragas" de alguien, como se dice de manera un poco grosera en inglés. Quizá la única razón sea que la chica en cuestión tiene muslos de buen ver, o peor, que la señorita en cuestión le deja, y si a uno le dejan hay que aprovechar, que nunca se sabe cuánto tiempo habrá que esperar hasta que se le presente a uno otra vez la oportunidad de

comerse un rosco. Un amigo de Bill Bryson, el célebre autor americano, dice durante una conversación con el autor en uno de sus libros[1] que él sólo tiene dos requisitos que demanda de una mujer para acceder a acostarse con ella, y estos dos requisitos son "que ella tenga todavía pulso, además de varias extremidades"[2]. Y dice Billy Cristal que las mujeres necesitan una razón para el sexo, pero los hombres sólo necesitan un sitio.

**El mercado reproductivo**

Los hombres no se embarazan. Nunca, por muy descuidados que sean. Y como no llevan al fruto de sus pasiones dentro de sus entrañas, pueden hacer una cosa muy útil cuando las cosas se ponen feas: pueden largarse. Y si te he visto no me acuerdo. Que no es la estrategia más sofisticada del mundo, y es reprochable moralmente, pero funciona. Si él no va a tener nada que ver con lo que vaya a pasar nueve meses más tarde, entonces su preocupación principal no será la de encontrar una compañera sexual con un buen portafolio genético. De ahí que unos muslos apetecibles sean todo lo que necesite para desatarle los apetitos. No le preocupa que la dueña de los muslos tenga la capacidad de ser una buena madre o no, y tampoco le concierne la calidad de sus genes.

Mientras que a ella sí le preocupan estas cosas, aunque quizá ni siquiera se dé cuenta de ello. La supervivencia del bebé va a ser su objetivo fundamental, y para alcanzar ese objetivo necesitará un padre que se quede con ella y procure sustento para el niño y para ella. También necesitará que la herencia genética del bebé sea la mejor a la que ella pueda acceder. Por estas razones, la mujer no se acostará con cualquiera y necesitará algo más que unos muslos musculosos para encenderle los deseos carnales. Bien es verdad que unos muslos musculosos sí contribuirán a ese fin, como cualquier otro signo externo de fortaleza y virilidad que signifique que el que lo ostenta está sano y es fuerte. Porque estar sano y ser fuerte es lo que cuenta en un estado natural, en el que las ambiciones esenciales son la supervivencia y la capacidad de procrearse.

La mujer querrá obtener el mejor "paquete" genético al que pueda acceder a la hora de elegir un socio sexual en su empresa reproductiva. En el mundo animal, la calidad genética se suele exhibir en la forma de plumajes o cornamentas superfluas que indican que al macho en cuestión le sobran las energías y la confianza en sí mismo, y que le sobran estas cosas en tal medida que se puede incluso permitir exuberancias ornamentales en la forma de vistosos cuernos y espectaculares plumas. El equivalente humano sería el hombre que intenta impresionar a una mujer con su colección de arte, o su reloj muy caro. El mensaje subliminal, el que va por debajo del mensaje más obvio *("soy sofisticado y tengo buen gusto")*, es el siguiente: *"si puedo comprarme un Rolex de oro, entonces está claro que podré pagar el coste de la compra diaria, o la ropa del niño"*. Pero hay otro mensaje, incluso más básico y profundo, más primitivo y biológico, que dice: *"si tengo suficiente energía para conseguir bienes superfluos, entonces no cabe duda que mi salud y mi capacidad de reproducirme son incuestionables"*.

Vivimos por lo tanto en un "mercado" reproductivo, en el que hombres y mujeres se ofrecen unos a otros, en el afán de conseguir la mejor pareja posible. En este ambiente mercantil los individuos que se ofrecen con demasiado empeño y frecuencia ven su "divisa" personal devaluada. Si sus genes fueran valiosos, no los brindarían a cualquier fulano o fulana con tanto descuido y abandono.

Para ser precisos, a los hombres también les atraen en las mujeres rasgos físicos que tienen un significado biológico, como las caderas más anchas que la cintura, que significa que la mujer en cuestión es capaz de parir (cadera ancha), pero que no ha parido todavía y es joven (cintura estrecha). De la misma manera, identificamos el pelo rubio con la juventud –los niños son más rubios que los adultos– así que el pelo rubio de una chica es un exponente de su juventud y su fertilidad.

También les gusta a los hombres que la mujer tenga algo de pecho, claro, aunque éste es un ejemplo curioso de la medida en la que ciertos valores culturales pueden influir este tipo de cosa, a pesar de lo que digan los científicos, siempre más preocupados con genes y con hormonas que con lo que viene determinado por grupos sociales, o lo que vemos en el cine. Los artículos y tratados

americanos siempre confieren una importancia singular y atávica al pecho femenino, pero esto se debe sin duda al hecho de que a ellos –los americanos– siempre les ha tirado mucho el asunto de los pechos. Más que dos carretas, como dice el refrán. Y esto es cultural, no biológico.

No debemos darles a estas escuelas de pensamiento *psico-biológicas* y evolutivas más importancia de la que tienen. Existe un cierto tipo de investigador (con frecuencia americano) que siempre tiende a interpretar nuestros impulsos más nobles, como el amor, o los más innobles, como la agresión, en términos puramente deterministas (quizá se deba a su tradición Calvinista…) y biológicos. Estos investigadores usan escáneres para hallar en el cerebro el "sitio" donde se encuentra el amor, nos dicen que podemos "oler" inconscientemente si los tejidos de la mujer que tenemos en frente son compatibles con los nuestros genéticamente, o si está ovulando, y muchas cosas más[3]. Un profesor de la facultad de psicología de UCLA llamado Martie Haselton mantiene que los hombres somos más cariñosos y más celosos cuando nuestras señoras están ovulando, mientras que una antropóloga de Rutgers University llamada Helen fisher ha hecho estudios sistemáticos y rigurosos con "Resonancia Magnética funcional" (un tipo de escáner muy avanzado y con muchas lucecitas) que indican que el enamoramiento no recíproco –o sea, el rechazado y frustrado– y las adicciones comparten áreas geográficas en el cerebro, y que ésta es la razón por la que algunos enamoramientos no se pueden sencillamente olvidar. Así que cuando alguien asegura en la letra de una canción romántica que nunca la olvidará, y que ya no puede sin su amor vivir, es porque el objeto de deseo de este caballero le ha excitado e invadido la misma provincia cerebral que en otras circunstancias le engancharía a jugar a la ruleta, o a beber demasiada ginebra.

Todo esto es muy mecánico, biológico, y determinista y parece negarnos la posibilidad de gobernar nuestro comportamiento en temas de amor o sexo. Si una hormona nos excita aquí o un olor nos provoca allá, no tenemos más remedio que enamorarnos, o ponernos celosos. Estas teorías reducen al sujeto a un papel meramente pasivo, curiosamente similar al que tendría en muchas canciones de amor, en las que el objeto de su amor le habría

“robado el corazón”, como si el enamorado en cuestión no hubiera tenido nada que ver con lo que le había pasado. De hecho, también recuerda al mito de Cupido, con su arco y sus flechas, o a las víctimas de las pócimas de amor de tantas historias tradicionales. En esos casos, el individuo se ve atravesado por la flecha de Cupido, o sujeto a los efectos de la pócima mágica, y así víctima inexorable de un amor que le vence y abarrota, sin esperanza de poder superarlo nunca.

*¡Ah! Me habéis dado a beber*
*un filtro infernal sin duda*
*que a rendiros os ayuda*
*la virtud de la mujer.*

*Inés, ya enamorada de Don Juan, en el Tenorio de José Zorrilla.*

De hecho, hay quien dice que la pócima de amor todavía existe, y que se llama Oxitocina. La oxitocina es una hormona que producimos de manera natural y que, según algunos, nuestro cerebro segrega con singular frenesí cuando nos enamoramos y, una vez segregada, ayuda a “fijar” el enamoramiento en la psique para gozo o congoja del dueño de la dicha psique, según las circunstancias. Y se dice también que en el futuro podremos estimular el cerebro artificialmente con esta hormona, a modo de filtro de amor clásico, lo que sin duda creará un sinfín de situaciones de comedia de enredo muy divertidas en la vida real. Y dicen, finalmente, que habrá también un antídoto químico para aquél que está ya enamorado, pero que bien mirado preferiría no estarlo. Yo permanezco escéptico.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
| --- | --- |
| Piensa que una relación con éxito debe ser excitante. Y cuando deje de excitar, a otra cosa | Piensa que una relación con éxito debe ser interesante |
| No le ve la gracia a las relaciones de largo plazo | En cuestión de relaciones, lo bueno, si largo, dos veces bueno |

| | |
|---|---|
| Cree que las relaciones son un juego de tira y afloja en el que ambas partes sólo dan lo mínimamente necesario para mantener el interés | Piensa que las relaciones no son un juego, ni de tira y afloja, ni de otro tipo |
| Piensa que Demi Moore, acoyuntándose de manera sudorosa y atlética contra la pared en *Ghost*, es la pareja sexual ideal a la que uno debe aspirar | Sabe que Michelle Pfeiffer es evidentemente mucho más atractiva que Demi Moore. Ni comparar. Y además esto del sexo contra la pared es un poco difícil. Y se puede hacer uno daño |

## El pisito de soltero

El mercado reproductivo es una amenaza obvia para la libertad del hombre, y por lo tanto éste piensa que debe mantenerse independiente. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Así que se hará con un pisito de soltero, decorado, él cree, con mucho gusto y a la última, con muchas superficies satinadas, una tele muy grande, un equipo de música de muchos vatios, y un sofá de sucedáneo de cuero negro, que él piensa que es muy sexy. Pondrá sábanas negras en la cama y una foto de Nueva York muy grande en la pared del dormitorio. Irá de copas los fines de semana para intentar ligar, porque en el trabajo la única tía que hay es la recepcionista, que está un poco gorda y está siempre de mal humor. La verdad es que sí que le echó los tejos a la recepcionista una vez, pero será mejor no recordar aquel episodio, que fue un poco patético. Lo malo es que él piensa que los sitios de copas, a donde él va en sus incursiones depredadoras, son un poco tristes, y que no es fácil conectar cuando la música está tan alta y no se puede hablar. Y si se trata de impresionar a primera vista con su magnetismo animal y sin necesidad de hablar, su ya ligeramente ajado físico, con su tripa incipiente y pelo menguante, no le ayuda mucho. Pero qué le va a hacer. A veces, cuando llega a su pisito el sábado a la madrugada, solo, un poco aburrido, y un poco borracho, se pregunta si esta vida merece la pena. Otras veces, cuando se despierta (raramente) con una extraña a su lado en la cama de sábanas negras, también se pregunta si esta vida merece la pena. La extraña suele ser demasiado joven, o demasiado vieja, y siempre demasiado fea, aunque como queda dicho, él tampoco es

un adonis precisamente. Lo que sigue es una conversación entrecortada y tensa. Cuando ella por fin se va, él suspira aliviado. No se acuerda de si usó un condón, pero espera que sí. Desde luego el sexo no fue nada del otro mundo, porque si lo hubiera sido, de eso sí se acordaría. Más que nada porque habría sido la primera vez.

A algunos hombres se les da mejor el ser independientes que a otros, aunque el resultado final no sea muy diferente en cuanto a su incapacidad de alcanzar un estado de auténtica intimidad con una mujer. La película titulada *Alfie*, dirigida por Lewis Gilbert en 1966 está considerada como uno de los exponentes más importantes de la cinematografía británica. Alfie, interpretado por Michael Caine –que en aquellos tiempos era muy guapo– es un tipo más bien desagradable, que abusa de su poder de atracción sobre las mujeres, sean éstas solteras o casadas. Trata a las mujeres con desprecio, y las abandona si se embarazan, o si le empiezan a aburrir un poquito. Existe una versión más reciente[4], que siendo americana recalca la moraleja un poco más que la antigua. Pero ambas tratan los mismos temas: el miedo masculino a comprometerse, así como la superficialidad y el egoísmo del conquistador predatorio, que se acaban volviendo contra él.

Al final de la película una de sus conquistas –en la versión antigua una turista americana entrada en años, (Shelley Winters), y en la versión nueva una mujer madura y sofisticada, interpretada por Susan Sarandon– le abandona porque ha encontrado otro amante más joven que él. El *play-boy*, convertido en humillado *toyboy* sin darse cuenta de ello, cae víctima de su propio juego.

Leí una crítica de esta película que decía que la historia que cuenta ya no tiene mucha relevancia en el mundo de hoy en día, en el que hay mucha más igualdad entre los sexos. Sí es verdad que en la película original, que se desarrolla en un ambiente de clase trabajadora en el Londres de los años sesenta –el auténtico, no el *swinging* Londres de los Beatles, que lo vivieron sólo un puñado de personas– las mujeres tienen más que perder tras sus encuentros con Alfie, cuyo personaje es más brutal y más psicopático que el interpretado por Jude Law en la versión nueva, que se desarrolla en el Manhattan de hoy en día. Pero Alfie, tanto en su modalidad de

conquistador con éxito como en su versión más triste de conquistador de vocación pero sin talento, sigue existiendo. Y tanto el conquistador con éxito como el vocacional pero frustrado se sienten un poco solos, persiguiendo un ideal narcisista que no les lleva a ninguna parte.

**“La edad nos aguapa”**

Una de las razones por las que el estilo de vida del calavera nos resulta tentador es el hecho de que, con un poco de suerte, los hombres podemos continuar siendo atractivos incluso cuando ya hemos entrado en la madurez, mientras que las mujeres necesitan la frescura de su juventud para permanecer atractivas, o por lo menos eso es lo que muchos creen. El hombre maduro todavía es fértil, y su madurez significa que ha tenido tiempo de alcanzar una posición social más alta que la de un chico joven, lo que también le confiere una cierta ventaja en términos de atractivo.

En la novela *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes, una viuda le habla al cadáver de su marido, recién fallecido, reprochándole una y otra vez todas sus frustraciones, la mayor parte relacionadas con sus aspiraciones a un estatus social que su marido nunca alcanzó. También recuerda la viuda algunos hombres que la pretendieron, alguno de ellos no muy guapo, pero dice repetidamente que no importa que un hombre joven sea feo, porque entonces todo lo que tiene que hacer es esperar, porque la edad aguapa a los hombres.

Pero no es verdad. La edad no nos aguapa. La edad nos marchita, y nosotros somos muy conscientes de ello. Quizá nos otorgue un aire de más aplomo y distinguidas canas, pero la pérdida de la juventud es siempre traumática. La edad no sólo nos estropea el físico, sino que también nos acerca a la muerte, y no hay nada que estropee tanto el físico como la muerte. Por eso nos compramos una Harley Davidson a los cincuenta. Por eso algunos les dejan a sus mujeres a los cincuenta. Y por eso otros, a lo cincuenta, tienen una relación agridulce con una novia jovencita, que sólo les dura un rato. Hacemos todas estas cosas para pretender

que lo de la edad no va con nosotros, que podemos seguir siendo el niño eterno, jugando con la vida y sacándole todo el jugo. Pero un día el hombre de cincuenta años se da cuenta de que ni la Harley ni la novia de piel fresca pueden dar marcha atrás al reloj. Casi al mismo tiempo quizá también se dé cuenta de que en realidad no importa, de que hay placeres y satisfacciones que uno debe perseguir en cada etapa de la vida, y que ir detrás de jovencitas no es lo que toca a los cincuenta. Ni siquiera Alfie supo detener el paso del tiempo, que le carcomió sus peligrosos encantos. Antes de que se llegara a dar cuenta de nada, su amante le había dejado por un chico más joven y con carnes más tiesas.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
| --- | --- |
| Piensa que comprometerse en una relación es como morirse un poco Ir de copas el fin de semana, a intentar "pillar" algo, es su manera de preservar su libertad personal | Para él, no transcenderse en una relación es morirse un poco Su compañera no amenaza su libertad personal. Pero si él albergara fantasías de gozar de una libertad que no tiene, desde luego no las emplazaría en un triste local de copas en Móstoles. |
| Cree que si vive sin ataduras no se hará viejo. Y si no se hace viejo, no se morirá. | Sabe que se está haciendo viejo, como todos, y que un día se morirá. Ni siquiera el *"Hombre Bien Adaptado"* sabe cómo pensar en la muerte sin deprimirse un poco, la verdad. |

## Casanova y Don Giovanni

Existen muchísimos hombres sin embargo para quienes el *no* comportarse como Alfie no presenta mayores dificultades. Me doy cuenta de que esta frase es un doble negativo, pero lo que quiere decir es que muchos hombres no conseguirían ser crápulas por mucho que lo intentaran, sencillamente porque no es fácil. Y no es fácil porque para alcanzar el estatus de calavera, o conquistador en serie, hace falta realizar con éxito las siguientes tareas:

1. Encontrar un gran número de mujeres con las que uno querría tener congreso carnal. Pero de verdad y en la vida real. Mucho menos fácil de lo que parece.

2. Poder demostrar un abanico de atractivos tan irresistibles a ese grupo de mujeres que ellas no tengan más remedio que entregarse sin reservas. Tiene que ser rápidamente y sin reservas, porque de otra manera no le daría tiempo a nuestro libertino a acumular el suficiente número de conquistas. No deben comportarse ellas por lo tanto como centinelas inexorables de su virtud, por decirlo de alguna manera. O sea, deben ser atractivas, pero no deben tener remilgos. Se va poniendo difícil.
3. Tener suficiente estómago para querer acostarse con *millares* de señoras, que es lo que se atribuye a casanovas célebres, como Julio Iglesias, o Charlie Sheen, según el tipo de prensa que presta atención a estas cosas. Sheen, por cierto, también tiene sangre española en sus venas, como Julio y como Don Juan Tenorio[5]. Uno se imagina que los números son un poco exagerados, y de hecho parece ser que tanto Iglesias como Sheen los han negado, pero recuerdan al número de mujeres que había "amado" Don Giovanni (Don Juan en italiano) en la ópera de Mozart. Incluían éstas *"… contesse, baronesse, marchesane, principesse…"*, y no le preocupaba mucho a Don Giovanni su forma, edad, o clase social *("… e v ʼhan donne d'ogni grado, d'ogni forma, d'ogni età")*. Así cualquiera. De hecho, le importaban un bledo cualquiera de sus características, que no es de extrañar cuando uno aspira a contar sus conquistas en millares. No se podría alcanzar un volumen satisfactorio si uno se pone quisquilloso: *"… Non si picca se sia rica, se sia brutta, se sia bella…"*. Es decir, que mientras tuviera genitales más bien femeninos y estuviera más bien viva, Don Giovanni no le hacía ascos.

O sea, que no sólo hace falta saber y poder comportarse como un conquistador en serie, sino que también hace falta tener ganas.

Giovanni Giacomo Casanova nació en Venecia a comienzos del Siglo XVIII. Era hijo de actores y parece ser que fue un niño muy

despierto. A los dieciséis años ya tenía un título universitario de la Universidad de Padua, y ya había perdido su virginidad en un *ménage à trois* con dos hermanas. O por lo menos eso contaba él. Tuvo muchas carreras diferentes durante su vida, y una tolerancia muy baja al aburrimiento. fue hombre de Iglesia, diplomático, aventurero, espía, filósofo, alquimista, y funcionario. Pero a pesar de haber tenido tantas ocupaciones, trabajó muy poco. Se consiguió escapar de la famosa cárcel veneciana del palacio del Dogo, que al parecer era el equivalente en su día de Alcatraz. Se codeó con las personas más famosas de su tiempo, desde Benjamin franklin a Mozart, pasando por Voltaire. Se le atribuyen, según diferentes autores, cantidades variables de amantes, pero se cuentan éstas de cualquier manera en centenares, lo que comparado con los millares que se le imputan a Julio Iglesias –erróneamente, como decíamos– no resulta tan impresionante. Todo es relativo.

La imagen tradicional de Casanova es la del depredador sexual, un poco repulsivo para los gustos de hoy, con su cara empolvada y su peluca de bucles. Los retratos le muestran con una frente apaisada, boquita de piñón, y un poquito de papada, que tampoco ayudan mucho. Pero de cualquier manera, y a pesar de sus bucles y tirabuzones, nos imaginamos a Casanova como un psicópata sexual, peligroso y sin escrúpulos. Como el Tenorio, se ligaba a monjas, y como los personajes coetáneos de *Les Liaisons Dangereuses*, se metía en apuestas y desafíos sexuales para así disipar el aburrimiento un poco. Pero resulta inevitable que las biografías modernas sientan la necesidad de adoptar un enfoque revisionista, según el cual el pobre Casanova era una persona muy sensible, que no tenía la culpa de que las mujeres, condesas, monjas, o niñas, se le echaran encima todo el rato[6]. Hay que asumir que era él quien se les echaba encima a ellas, pero la calidad moral de Casanova en realidad es irrelevante. Lo que nos concierne es reflexionar sobre si el estilo de vida de Casanova es una opción que podríamos considerar como un buen modelo para nuestras propias vidas.

Las biografías de personajes que se lo pasaron tremendamente bien durante su vida, como Casanova, siempre acaban diciendo que estos personajes murieron solos y tristes. Uno se pregunta si quizá somos nosotros quienes queremos creer que Casanova murió solo y

triste, por la misma razón que nos gusta saber que las estrellas de cine son infelices en sus relaciones de pareja, o tienen colon irritable. Si no podemos conseguir el éxito y la felicidad que anhelamos en nuestra vida (o por lo menos no tanta felicidad como nos gustaría), nos consuela saber que ni siquiera los más guapos y ricos consiguen ser felices.

Al menos a primera vista, parece que no merece la pena comportarse como Don Giovanni o como Casanova, ya que el primero no triunfa en su empeño de mantenerse soltero, libre y hedonista, y sucumbe de cualquier manera al poder del amor, como el resto de nosotros, mientras que el segundo sí triunfa, pero lo hace con un narcisismo vacío y frívolo, y muere solo. Pero la verdad es que Don Giovanni es un personaje ficticio (y todo el mundo sucumbe al poder del amor en la ficción), mientras que Casanova, como decíamos, al parecer se lo pasó muy bien, que es lo que importa al fin y al cabo. Si uno es capaz de llevar este tipo de vida y hacerlo bien, quizá no sea un mal modelo a seguir después de todo. El problema, una vez más, es que no es nada fácil. Si intentamos ser como Casanova, lo probable es que en vez de trabajar de espías, o como filósofos, o alquimistas, seamos agentes de la propiedad, y en vez de "amar" a condesas y a ofuscadas monjas en peligrosas *liaisons*, liguemos de mala manera en el triste bar de copas de Móstoles al que nos referíamos antes. Y que en vez de conversar con Voltaire o con Benjamin franklin, intercambiemos opiniones sobre el cambio del clima con una señora de piel ajada en ese bar de Móstoles. Y con el camarero, que no calla, el muy pesado.

La alternativa sería el concentrarse en la cantidad y volumen, y no en la calidad, como Don Giovanni (o presumiblemente como Julio Iglesias), pero ya hemos comentado que para esto uno necesita mucho estómago y muchísima dedicación.

Así que lo probable es que no nos tengamos que preocupar demasiado sobre cómo *no* comportarnos como Alfie o como Casanova. Seguramente el *no* ligar demasiado nos saldrá muy bien de manera bastante natural, y sin tener que pensarlo mucho. La preocupación que nos invadirá el pensamiento con mucha más asiduidad será el de cómo *sí* ligar, cómo trascender nuestra soledad

y alcanzar una situación de intimidad con otra persona.

Hemos condenado en estas líneas el bar de Móstoles, el pisito de soltero un poco triste, y la extraña siempre un poco fea comentando el cambio climático en el bar, y después acostada en la cama de sábanas negras el sábado a la mañana, como un cetáceo encallado en la playa. No ha sido fácil atraerla al hueco que está ocupando en la cama. El dueño del pisito de soltero tuvo que invertir varios gin-tonics, y también tuvo que encarar una larga conversación intrascendente, así como superar la bien fundada reticencia de la extraña, antes de poder saborear sus encantos, que no fueron ni muchos ni muy intoxicantes. Tras un corto y tímido intento de imitar los apasionados encuentros físicos que ambos habían presenciado tantas veces en las películas, el suyo acabó muy rápido. Y después ya no tuvieron ganas de hablar del cambio climático, ni de nada más.

Lo que los hombres necesitamos es otra cosa. Necesitamos trascendernos y complementarnos, extendernos y ramificarnos, pero no a lo bestia y para demostrarnos a nosotros mismos que todavía podemos ligar, y no como un gesto o una mera pericia. La chica que nos parece levemente atractiva en un momento dado no va a ser *nuestra*, como dicen en las canciones, cuando (si hay suerte) acceda a un ratito de intimidad física. No se puede coleccionar gente como se coleccionan sellos. Sus ojos verdes y los hoyitos que le salen en la cara cuando sonríe seguirán siendo suyos, y se los llevará con ella cuando se vaya del pisito de soltero, pensando ya en otras cosas y dejando al dueño del piso sintiéndose un poco aburrido y un poco vacío. Como tantas otras veces.

1. *“A walk in the Woods”*.
2. Mi traducción.
3. La edición del 4 de febrero del 2008 de la revista *Time* contiene una serie de artículos muy interesantes sobre este tema, y que merecen la pena leer. Están firmados por Jeffrey Kluger, Lori Oliwenstein, John Cloud, y Steven Pinker. Por ejemplo, el de Jefrey Kluger nos asegura, refiriéndose a otro artículo publicado en la revista *Evolution and Human Behavior* (octubre 2008)–, que las chicas que hacen *strip-tease* mientras están ovulando obtienen significativamente más

propinas que las que trabajan mientras están menstruando, y que alguien ha estudiado este tema de manera muy científica y muy seria.

4. (Charles Shyer, 2004).

5. El mito de Don Juan aparece en numerosas obras de teatro, además de la ópera de Mozart. El *Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina y el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla son las más renombradas.

6. Esto del revisionismo es un poco cansado. Nadie podría publicar un libro sobre lo muy traidor que fue Judas, porque sería un libro muy aburrido, así que ahora hay que describirle como una víctima de las circunstancias, que sólo hizo lo que se esperaba de él. Los revisionistas nos dicen, por otra parte, que La Madre Teresa no fue santa; ni siquiera fue buena en general, según algunos… todo sea por llevar la contraria.

# 4

# EMPEZAR LA RELACIÓN

Habiendo concluido que la mayor parte de nosotros no debemos preocuparnos mucho de cómo hacer para no ligar demasiado (que además en general no parece ser una estrategia particularmente estupenda), pero que al mismo tiempo sí necesitamos trascendernos más allá de los límites de nuestra persona, lo siguiente que tenemos que abordar es la manera de alcanzar ese nirvana de la relación satisfactoria, la que produce felicidad y seguridad para ambas partes.

## La pareja es buena para la salud

Si el lector todavía no está convencido de que el sumergirse en una relación estable sea buena idea, conviene entonces recordar que nuestro cuerpo, el cuerpo del hombre, definitivamente prefiere estar en una relación estable. Sabe que en ella sencillamente durará más. Los hombres casados, o en relaciones seguras, son más saludables, enferman menos, y se mueren más tarde. Este es un fenómeno que se ha encontrado y replicado en diferentes poblaciones y de manera consistente. Se cree que pueda tener algo que ver con el hecho de que la vida del soltero tiende a no ser muy sana, trasnochando tanto, y tomándose todos esos gin-tonics malísimos, y siempre de rodríguez, comiéndose platos combinados precocinados en el microondas (que a pesar de la escena mediterránea idílica ilustrada en el envoltorio del paquete, probablemente no estén hechos con aceite de oliva, sino con grasas industriales hidrogenadas), y en muchos casos sencillamente dándole un poco demasiado a la botella todas las noches. Este último fenómeno se debe a dos razones diferentes: la primera es

que normalmente no hay nadie al lado del soltero que le inhiba, y la segunda es que, psicológicamente, no es fácil estar solo. Así que un día, el cuerpo del soltero decide que ya no aguanta más canelloni diseñados por una persona especializada en química industrial, o gin-tonics que podrían disolver pintura, y se muere, o tiene un achaque muy serio, o desarrolla diabetes, o hipertensión.

Es probable sin embargo que exista otro mecanismo, menos obvio, que también reduzca la esperanza de vida del soltero. La soledad produce estreses de todo tipo, no sólo los relacionados con la posible infelicidad de encontrarse sin compañía, sino también los que resultan de tener que estructurarse la vida en función a la búsqueda de esa compañía, que es intermitente e impredecible. Y los estreses, como todo el mundo sabe, son malos para la salud. No tener una mujer que te atosigue con que tienes que ir a ver al médico cuando llevas unos días con un dolor en el pecho también ayudará a que el dolor en el pecho en cuestión te mate una mala noche.

Resulta curioso que el tener pareja no le ofrezca la misma protección en términos de esperanza de vida a la mujer. La pareja es buena para la salud de la mujer sólo cuando la relación entre él y ella es buena, mientras que a él la pareja le protege de cualquier manera, incluso cuando la relación no es buena (aunque es mejor que lo sea, ni que decir tiene).

**Cómo encontrar pareja**

La mayor parte de nosotros no somos como Alfie, Casanova, o Don Giovanni, así que las mujeres en general no se suelen empeñar espontáneamente en conocernos íntimamente, o por lo menos no lo hacen con mucha frecuencia. Algunos hombres encuentran los estadios iniciales, o incluso preliminares, del encuentro con una mujer particularmente difíciles y desafiantes.

Evidentemente, lo primero que hay que conseguir es alcanzar el contacto inicial, y para esto hay que ponerse en un sitio y en un momento en el que tal contacto pueda ocurrir. Esta es la

preparación preliminar, que en muchos casos resulta indispensable. Si nos pasamos la vida con los amigos del fútbol, y el resto del tiempo en nuestra propia compañía arreglando ordenadores, no será de extrañar que no liguemos mucho. En otros casos, nuestros amigos ya tienen pareja, así que no habrá posibilidad de conocer a una chica nueva cuando salimos con ellos. Quizá no nos pasemos nuestra vida ocupacional solos en frente de un ordenador, pero como todo el mundo sabe, intentar ligar en el trabajo puede ser catastrófico. Meternos en un coro, o en una asociación de fanes de Abba, o en un partido político, para así conocer a mujeres con las que por lo menos compartiremos un interés, será una estrategia mucho mejor que echarle los tejos a la chica de Recursos Humanos, con quien tendremos que encontrarnos todos los días en la oficina después de que nos haya dado calabazas (si tal fuera el caso).

Es conveniente recordar que todos nosotros descendemos de una línea absolutamente ininterrumpida de hombres que consiguieron pareja; por lo menos una, con la que por lo menos se parearon por un rato, aunque la idea del coito único naturalmente no resulte muy atractiva. Nosotros vamos a ser un poco más ambiciosos.

No deberíamos sentir ninguna repugnancia hacia la idea de emplear una agencia profesional para ayudarnos a encontrar pareja. Muchos sostienen un prejuicio absurdo en contra de estas agencias, y asumen que las personas que las usan son feas y tristes por definición, y que se han apuntado a sus listas porque no pueden atraer a nadie por medio de métodos más convencionales. Es muy probable sin embargo que estas personas hayan decidido usar la agencia profesional por razones de índole práctico. Es decir, el hecho de que no hayan podido encontrar todavía a su media naranja seguramente se debe, como en nuestro caso, a que no haya personas “elegibles” del mismo grupo de edad y del sexo opuesto en su vida cotidiana que puedan caer presa de sus encantos. Quizá hayan tenido un reciente divorcio o incluso hayan enviudado. O quizá se hayan pasado tanto tiempo en los últimos quince años investigando las complejidades de las moléculas de la membrana celular que su juventud se les ha pasado como un suspiro, al final del cual se han descubierto solteras y sin pareja, y sin manera de conseguirla en el laboratorio. Y convenir un encuentro con una

mujer que sabemos que quiere lo mismo que nosotros ahorrará tiempo y malentendidos.

La desventaja principal de este tipo de método es el hecho de que requiere el "venderse" a la otra persona de una manera obvia y explícita, que es algo que puede resultar estresante para algunos. En esta clase de encuentros, uno está evaluando la altura del otro, la expresión de sus ojos, si es desenfadado en sus gustos o tal vez un poco hortera, si es un poquitín bizco o simplemente tiene una mirada muy incisiva, y si su voz es agradablemente juvenil o es más bien de pito, mientras el otro considera si ese gesto raro que ella hace con la boca cuando termina de masticar es un problema significativo o no, si el generoso volumen de su trasero es algo que le debería preocupar, o quizá regocijar, si sus deditos chiquitines y regordetes, como de bebé, son monos o más bien parecen parte de un defecto genético, o si por lo contrario todas estas cosas son tonterías sin importancia comparadas con el hecho de que ella tiene un atractivo y encanto etéreos pero poderosos, que ya le han cautivado de manera irremediable. Esperemos que ella haya decidido que la voz de él es juvenil, y no de pito, y que es desenfadado, más que hortera, y que en definitiva ella también se esté enamorando. Porque si no, nos encontraremos pronto en una clásica situación de amor no reciprocado, que produce muy buena literatura y música romántica, pero poca felicidad.

Enamorarse, por supuesto, no es el resultado de una mera adición de cualidades que el otro posee y que encontramos agradables, después de haber sustraído aquellas otras características que quizá nos desagraden. El enamoramiento es algo más incorpóreo y menos aritmético. Como dice el adagio anónimo, uno no quiere a una mujer porque es atractiva, sino que esa mujer es atractiva porque uno la quiere. O algo así. Así que el encuentro arreglado por la agencia puede desembocar en un enamoramiento genuino, aun cuando al comienzo de la cita él y ella se estuvieran evaluando mutuamente de una manera clínica y objetiva.

Hemos gravitado otra vez hacia el concepto del enamoramiento, aunque ya habíamos establecido antes que la locura pasajera de la pasión inicial no es el componente más importante de una buena relación. Hay culturas en las que este

estadio se ignora y evita sistemáticamente, y se opta por un enfoque alternativo a la hora de formar parejas estables: el del matrimonio arreglado por los padres de los futuros novios. Una de estas culturas es la del subcontinente indio, que también produce cantidades indescribiblemente enormes de cine romántico, en el que los flechazos son abundantes y los matrimonios arreglados no tanto. Es innegable que los primeros nos complacen dramáticamente mucho más que los segundos.

Y sin embargo también es verdad que los matrimonio arreglados (y nótese que no estamos hablando aquí de los que son *forzados*, que lógicamente son muy diferentes) muchas veces funcionan bien, simplemente porque los que los constituyen provienen del mismo círculo social y económico y tienen por lo tanto mucho en común y mucho camino andado. No es que quiera recomendar aquí esta manera de formar una relación, que claramente no encajaría bien en nuestra cultura. Además, al lector le pilla seguramente demasiado mayorcito el esperar de sus padres que le encuentren novia. Pero los matrimonios arreglados ilustran bien el hecho de que el enamoramiento es algo muy bonito y muy intenso, pero no estrictamente necesario para establecer una relación con éxito.

Pero la mayoría de nosotros sí queremos enamorarnos. Retornemos por lo tanto al tema del amor, y las exaltaciones y arrebatos que vienen con él.

**El Flechazo**

Quizá no importe mucho cómo nos enamoremos, porque como todo el mundo sabe, la pasión y el amor tienen un área de intersección, pero no son lo mismo. La pasión –el enamoramiento *agudo*, por así decirlo– dura poco por definición, y a pesar de verse tan íntimamente asociada con el concepto del amor, no tiene muchísimo que ver con él. Sin ánimo de ponernos demasiado píos, y sin querer advocar la idea de que el enamorado deba tolerar todo lo que le echen encima, viene bien aquí introducir la definición del amor en una carta de San Pablo, que se suele leer en las bodas:

*"… el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido…*

*… El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta."*

*Primera Carta de San Pablo a los Corintios, 13.*

Es decir, el amor de verdad, el *querer* de verdad a la otra persona, significa desear que esa persona sea feliz y tenga todo lo mejor, y brota de manera inevitable, no diseñada, y con toda la generosidad del mundo. Mientras que la pasión busca la satisfacción de un deseo, que es muy intenso y muy impaciente. El apasionado no da, sino que demanda. El que ama, da.

Y la pasión consume. Literalmente. Como la llama consume la vela. Por eso no debe durar. Porque acaba extinguiendo a quien la padece.

En *Sonrisas y Lágrimas*, esa película musical tan encantadora, en la que Julie Andrews canta con la familia von Trapp en el festival de Salzburgo, para disgusto de los Nazis, hay una escena en la que Julie baila un vals folclórico con el capitán von Trapp en la terraza de su mansión. Están solos. Se oye la orquesta tocando el vals dentro de la casa, en la fiesta que el capitán von Trapp ha organizado para la gente importante del lugar. Al principio bailan de manera un poco juguetona, siguiendo todos los pasos formales de la danza, que inevitablemente incluye un segmento en el que los dos deben juntar sus cuerpos y mirarse a los ojos[1]. Llegado este momento, y tras un segundo o dos intensísimos que la cámara recoge en un primer plano, durante los que los dos permanecen quietos y se miran un poco asustados, ella deja de bailar. Turbada, dice que no se acuerda de cómo sigue el baile. Él también está azorado. Se han enamorado muy de repente y muy agudamente. Un auténtico flechazo.

*Breve encuentro* es una película en blanco y negro del año 1945, dirigida por David Lean. Un hombre y una mujer, los dos muy respetables y los dos ya casados (con otros), se conocen en un restaurante en una ciudad de provincias, que está lleno de gente, por lo que tienen que compartir una mesa. Se ponen a charlar y

acaban pasando la tarde juntos. finalmente van también juntos a la estación, ya de noche, para coger cada uno su tren con el que volver a casa, donde les esperan sus respectivas vidas domésticas. Mientras toman una taza de té en el café de la estación esperando al tren, él le explica a ella los ideales que le movieron a hacerse médico. Sus ideales altruistas animan la conversación y los dos se miran intensamente. En esto, el tren de él llega a la estación y suena su silbato. Repentinamente aturdidos los dos, acuerdan de prisa y excitados encontrarse otra vez la semana siguiente, dándose cuenta a la vez de que se han enamorado y de que su amor va a ser imposible. El romántico tema musical de la película –el adagio del segundo concierto para piano y orquesta de Rachmaninov–, subraya en ese momento el drama de la situación, lo muy súbito que ha sido el enamoramiento, y lo inevitable que deberá ser su separación.

El enamoramiento es una emoción agridulce, en las palabras de Umberto Eco,

*"... una harmonía de deseos opuestos, risa triste, diamante blando"*.

Mientras que el cariño estable y duradero es sereno, y no tiene contradicciones.

El concepto del enamoramiento lo inventaron al final de la edad media los trovadores, que cantaban sus historias de amor en el idioma de Roma o *romance* (es decir, latín vulgar; de ahí viene la palabra en su sentido actual) en el sur de francia. La novedad de los trovadores hizo furor, tanto en las cortes de la época como con los paisanos de a pie. El matrimonio, a secas y sin más, era lo único que había existido antes del advenimiento del amor, que era –según los trovadores– una cosa muy rara y excitante, por ser doloroso y dulce a la vez. Casarse, en la época en la que el concepto de enamorarse no había nacido todavía, consistía simplemente en llevar a cabo un contrato de conveniencia para ambas partes.

De la misma manera que el infierno aparece en los trabajos de ficción con mucha más frecuencia que el paraíso, la pasión frustrada y el enamoramiento violento y furioso también figuran en

novelas, películas y mitologías con mucha más insistencia que el amor estable y satisfecho. El infierno es más dramático, tiene más color. Las harpas y nubes de algodón del paraíso aburren muy rápido. No podríamos escribir una novela sobre el hecho de que el Señor Campillo y su mujer se han querido mucho y llevado muy bien los últimos cincuenta y cinco años, y que van al Retiro a dar de comer a los gorriones todos los sábados a la tarde. Pero leemos con arrebato las páginas de *Ana Karenina* o *La Dama de las Camelias*, relatos ambos que cuentan historias funestas de amores apasionados y estériles, y que acaban en tragedia. La fogosidad, el conflicto, los celos, los engaños, los flechazos a primera vista, producen buenas historias. La serenidad y la satisfacción, no.

Se podría argumentar de hecho que el amor apasionado tiene más en común con el odio que con el amor estable y bien establecido. Tanto la pasión como el odio necesitan dedicación, aplicación, e intensidad. En cualquier caso, no podemos odiar o amar a una persona (cualquier tipo de amor) y al mismo tiempo ignorarla o descuidarla.

En medicina, hablamos de procesos agudos y procesos crónicos. Los agudos son de corta duración, son generalmente más intensos que los crónicos, y tienden a tener una conclusión más definitiva: la mejoría, o la muerte. El enamoramiento *agudo* es algo parecido, aunque no suele terminar en la muerte. Pero el impacto final y absoluto de una condición aguda suele ser mucho menor que el que tiene una enfermedad crónica, con la que el paciente debe vivir y luchar todos los días de su vida. De la misma manera, el impacto del amor *crónico* (que a diferencia de la enfermedad crónica es una cosa positiva) en la vida del individuo es mucho más significativo que el de cualquier pasión pasajera, por muy intensa y ardiente que ésta fuera.

No podemos mantener unos sentimientos terriblemente urgentes y fogosos durante mucho tiempo, así que esperar fuegos artificiales continuos en una relación que vaya a durar muchos años no es realista, o incluso deseable. Dijo Vinicius de Moraes –el célebre poeta brasileño, co-autor de la canción *La chica de Ipanema*– que el amor debe ser eterno mientras dure, sugiriendo quizá que el amor debe ser apremiante y vivo, y que cuando deja

de serlo se convierte en otra cosa, menos grata y menos satisfactoria. Aunque por otra parte quizá se refiriera Vinicius con esta frase a que siempre debamos creer que nuestro amor va a durar una eternidad, incluso si, con mala suerte, un día se nos muere. No sabemos si se nos morirá, pero no debemos ponerle una fecha de caducidad desde el principio. Y en esto estamos de acuerdo. Después de todo, el amor verdadero es espontáneo e imparable, incluso cuando, completada la *fase aguda*, ya no es necesariamente apasionado. Las condiciones y los contratos prenupciales le asfixian. Es difícil entender el que una persona que quiere de verdad a otra pueda ser capaz de estipular con antelación lo que deba pasar si la relación se rompe, sugiriendo así de manera implícita que la relación seguramente se va a romper, a no ser que no sea cariño lo que siente, sino el deseo de establecer una relación de conveniencia, como parece haber sido el caso de algunas parejas famosas de Hollywood. Desde luego no se imagina uno a Romeo y Julieta, Tristán e Isolda, Bonny & Clyde, Orfeo y Eurídice, o al Príncipe Encantador y a Cenicienta, firmando acuerdos prenupciales, con cláusulas que gobernaran la distribución de bienes, tanto muebles como inmuebles, en caso de disolución del contrato. Habría matado la magia un poquito.

Hablando de contratos, el matrimonio es algo que tradicionalmente ha asustado bastante a los hombres. Bien es verdad que el casarse se está empezando a pasar de moda, pero a los hombres también les asustan los estadios preliminares al matrimonio, así como sus equivalentes y sucedáneos modernos, incluso cuando no hay una boda formal. Lo que le estremece al hombre es el compromiso, el sentirse atado. Piensa el hombre que si se decide por una mujer en concreto y se compromete a quedarse a su lado *para siempre*, le sucederán dos cosas, ambas muy malas: la primera es que decenas de historias apasionantes con mujeres atractivísimas, que le podrían haber ocurrido, nunca ocurrirán. La segunda, igualmente espeluznante, es que llegará un momento en la relación en el que ya no habrá sexo. Si a pesar de estos miedos tan horrorosos, el hombre decide tener una relación única y estable con una mujer, será entonces importante que elija la mujer adecuada.

## Elegir la mujer adecuada

*"El melón y el casamiento han de ser aciertamiento"*,y *"quien mal casa, tarde enviuda"*, dicen los refranes. Así que, por lo menos desde un punto de vista racional, es importante escoger bien.

Según la "teoría del taxista"[2], la decisión de comprometerse a una relación estable es meramente una cuestión cronológica. No se llama la teoría del taxista porque la haya descrito un taxista (que son muy dados a teorizar), sino porque ilustra el hecho de que el hombre tiene relaciones pasajeras como el taxista lleva pasajeros, pero que cuando el taxista se siente cansado, decide irse a casa, y la pasajera que se encuentre en el asiento de atrás se irá con él, no por ser la más adecuada para irse con él, sino porque está ahí cuando él quiere volver a casa. De la misma manera, uno se casa con la chica que está ahí en el momento adecuado, o sea, cuando uno se siente cansado de tontear y decide sentar la cabeza.

Pero no nos pongamos demasiado cínicos y abandonemos este taxi, que es metafórico pero no es nada poético. Racionalmente, elegir bien es muy importante, pero si uno se enamora, que es lo que suele pasar, el asunto de la elección se convierte en algo simplemente académico, porque habremos obviado en el proceso de enamorarnos cualquier consideración racional. Como sabemos, el corazón tiene razones que la razón no entiende.

El problema con el enamoramiento, además de los que ya hemos descrito antes, es que con demasiada frecuencia produce resultados muy poco satisfactorios. Dijo Maurice Chevalier que muchos hombres eligen su pareja en una luz demasiado tenue para elegir un traje. Hay quien sencillamente reduce la probabilidad (o eso cree él) de elegir mal por medio del sencillo procedimiento de elegir muchas veces. Pero las relaciones en serie no determinan que la última elección vaya a ser necesariamente mejor que la primera. De hecho, dado que las mujeres "elegibles" encuentran pareja sin dificultad, es más probable que la última elección –cuando ya quedan menos de estas mujeres "elegibles"– sea en realidad un poco más forzada y por lo tanto peor que la primera. En muchos casos sin embargo es ella la que elige, o la elección es mutua. Dijo un poeta francés llamado Géraldy que es la mujer la que elige al hombre que la elegirá a ella. En términos generales, lo único que

debe uno tener en cuenta a la hora de “elegir” –si se diera el caso– es que es mejor tener valores y ambiciones en común con la otra persona que no tenerlos, y que el asunto de dejarse llevar por la regla de que “los polos opuestos se atraen” es peligroso. La atracción de los polos opuestos tiene una razón de ser biológica: la diversificación de las cualidades y los genes de los progenitores, que es algo que puede beneficiar a la progenie. Lo que a uno le falta lo tiene el otro, y viceversa. Pero si el otro es demasiado diferente, esta simbiosis complementaria no funciona. La introversión de la compañera puede resultar demasiado irritante después de la luna de miel inicial, si a uno le gusta estar de fiesta todo el rato, mientras que la simpleza intelectual de él, que a ella le había parecido al principio refrescante y encantadora, ahora ya le abochorna un poco cuando salen los dos a cenar con los amigos de ella, que dan clase en la universidad.

De hecho, tenemos una cierta tendencia a sentirnos atraídos por personas que son similares a nosotros: cuando uno intenta discernir si un niño se parece más a su padre o a su madre, con frecuencia se concluye que los tres se parecen entre ellos. Quién sabe, puede que incluso la tendencia que tienen los perros a parecerse a sus dueños sea una extensión del mismo fenómeno…

Los investigadores que han estudiado este tema nos dicen que es más probable que elijamos una persona muy diferente si tenemos una auto-estima baja. Aquellos con una opinión muy alta de sí mismos no necesitan a alguien que les complemente, porque ellos piensan que no hay nada que complementar. Y los que tienen una opinión particularmente alta de sí mismos no necesitan a nadie, sin más. Como mucho, quizá sí les guste la idea de tener una mujer que sea una extensión de sí mismos, como el que tiene un niño a quien le da su nombre y espera que sea como él, pero con más éxito aún en la vida. Esta es la premisa inicial de “Pigmalión”, la obra de George Bernard Shaw, en la que el Coronel Higgins decide modelar una florista que encuentra en la calle en el patrón que le correspondería a una mujer de la clase y posición que tiene Higgins en la sociedad, como quien modela una muñeca[3]. La versión musical cinematográfica *(My Fair Lady)* acaba bien, de manera un poco forzada, pero la obra de Shaw no tiene un final dulce. En ésta, Eliza Doolittle deja de ser una muñeca maleable, y se

convierte en una mujer con ideas propias en busca de una vida real, una vida que no podría compartir con el mundo enrarecido del Coronel Higgins. Así que esta estrategia, la de modelarse la pareja a partir de una materia prima en bruto –una estrategia un poco extrema, de cualquier manera– no funciona muy bien.

**Huir de lo que nos persigue**

Hay hombres que sencillamente no pueden conseguir una pareja que les haga felices. Por definición. El mecanismo de esta imposibilidad inevitable es muy sencillo: si la chica quiere estar conmigo, eso debe querer decir que no vale la pena. Si algo –sea el "algo" una pareja, o cualquier otra cosa– le pertenece a otro, entonces quizá sea bueno y deseable, pero si es mío, entonces no puede ser bueno o deseable. Porque es mío. Así que mi pareja no es deseable, hasta que deje de ser mía, momento en el que podrá convertirse –y seguramente se convertirá– en deseable otra vez. Es la misma manera de pensar que le inspiró a Groucho Marx a decir que nunca se metería en un club en el que se admitieran a socios como él.

Según este esquema, mi *yo* es tan pobre que necesita el amor de otra persona muy valiosa para compensar esa pobreza. Pero alguien muy valiosa nunca podría amar a un ser tan pobre como yo; la persona que sí me pueda amar será tan pobre como yo, y por lo tanto nunca será capaz de compensar mi propia pobreza, así que yo no la podré querer, no tanto *a pesar* de su amor, sino *por causa* de su amor. O sea, un lío.

El resultado es que si la chica que me quiere nunca puede ser la que yo quiera, siempre me hallaré huyendo de quien me quiere y persiguiendo a quien no me quiere, que recuerda a los amores imposibles de Scarlet O´Hara en *Lo que el Viento se Llevó*.

La solución a este problema vendrá dada por un proceso de psicoterapia con un buen terapeuta, que reconozca las raíces emocionales de este círculo vicioso en las relaciones que este hombre mantuvo cuando estaba creciendo –si el terapeuta tiene una afiliación psicodinámica o analítica–, o en su baja auto-estima

y su miedo a encarar una relación madura entre iguales, si el terapeuta tiene otro tipo de inclinación teórica.

**Atraer a la mujer que nos gusta**

Si uno introduce la frase exacta "cómo atraer a las mujeres" en un buscador del internet, el resultado –a la hora de escribir estas líneas– son unas 10.000 páginas web. Los consejos que contienen estas páginas son variados, aunque no tanto como cabría esperar en el contexto de tal plétora cibernética. Muchas te dicen, por ejemplo, que es importante ser limpio y llevar ropa limpia, lo que seguramente es verdad, mientras que otras te recomiendan cosas un poco más alarmantes, como por ejemplo llevar joyas muy distintivas, que la chica en cuestión notará y recordará. Hay páginas web que te venden feromonas, que son el equivalente moderno de las pócimas de amor de la literatura clásica, aunque un poco más burdas, por ser más hormonales y menos mágicas que aquéllas. Las feromonas te concederán –dicen estas páginas– un magnetismo animal que los miembros del sexo opuesto no podrán resistir. Otras páginas web te aconsejan comportarte de una manera un poquito misteriosa: *"esto es algo que a las mujeres les gusta muchísimo en un hombre"*, te dicen, mientras que otras aún –la mayoría, parece ser– te recomiendan que seas tú mismo delante de las mujeres.

A pesar de lo que algunos proclamen acerca de la Oxitocina –la hormona del amor que comentábamos hace unas páginas–, las pócimas de amor, sean éstas pseudo-científicas, o tradicionales y cocinadas por una bruja o celestina, en realidad no existen. Llevar joyas extrañas y comportarse de manera misteriosa sería, digo yo, el modo más rápido de repeler y asustar a una mujer. Pensaría que eres un mafioso paranoico. Acudir limpio a la cita y ser tú mismo, por otra parte, parecen buenos consejos, pero lo primero es obvio y lo segundo inevitable, así que no nos hace falta recurrir a dudosas páginas web para adquirir ese tipo de conocimientos.

La realidad es que en cualquier momento dado existe una proporción de mujeres de la edad adecuada en el sitio donde vives que no podrán evitar sentirse atraídas a ti cuando te conozcan. Se

trata sencillamente de una cuestión estadística, y por lo tanto es una cosa muy seria y muy fiable.

Un grupo de investigadores de la Universidad de New Mexico ha publicado un estudio[4] en el que se demuestra que las mujeres tienden a encontrar más atractivos a aquellos hombres cuyo sentido del humor les lleva a reírse de sí mismos. Pero también dicen los autores que esto sólo funciona si en el proceso de reírse de sí mismo el hombre no enseña sus defectos reales con demasiada evidencia. Que es de lo que se trata cuando uno se ríe de sí mismo, después de todo, así que no creo que esta estrategia sea muy útil.

El gerente de una clínica americana de donantes de esperma aseguró a la audiencia de un programa de televisión[5] que las clientas de la clínica solicitaban con más frecuencia el esperma de aquellos donantes que se describían a sí mismos como chicos buenos y agradables, con sentimientos y compasión por otras personas. Esta "selección natural" del macho más apropiado para la reproducción, en la mejor tradición Darwinista, parece desmentir el mito de que a las mujeres les gustan los hombres peligrosos, agresivos, y un poco bordes.

El verdadero desafío en este terreno no es el atraer a una mujer, que como decimos es algo que pasará quieras o no, sino el cómo encajar el rechazo cuando la chica que ha atrapado nuestra imaginación y deseos prefiere, en su confusión, los encantos de otro. Si nos hemos enamorado a la antigua, o sea, de manera reverencial y apasionada, con un amor cocinado a fuego lento y sazonado con fantasía y con música, no va a ser fácil aceptar el "no" sin más, y sin una cierta medida de trauma. Pero gracias a Dios eso sólo pasa rara vez. Lo que hay que recordar en los rechazos es que hay muchos más peces en el mar, como todo el mundo sabe, pero lo que es incluso más importante, y además una verdad objetiva, es que no es nuestra persona la que se ha visto rechazada, sino la percepción de esa persona que existe en el cerebro de la chica en cuestión, que no es lo mismo, aunque parezca una pedantería. Ella no te conoce entero, aunque tú creas que sí. Ni siquiera tú te conoces entero. Ella no sabe cómo sería una vida entera contigo, o si el vivir una crisis en tu compañía –por ejemplo– sería mejor que hacerlo en la compañía del sinsorgo con

el que se acabará casando. Si el rechazo ha ocurrido antes de haber tenido la oportunidad de compartir momentos de intimidad, entonces ella apenas sabe nada de ti, y la persona que ha rechazado no es más que una proyección, un prejuicio, un fantasma, pero definitivamente no *tú*.

De cualquier manera, ella tiene sus propias necesidades emocionales, que producen un esquema de ambiciones vitales en el que quizá tú no encajes, pero eso no quiere decir que tú no tengas suficiente valía personal para merecerla.

Qué más dará que sea una cuestión de esquemas vitales o de percepciones, pensará el pobre enamorado, si el resultado es que ella no vivirá en mi vida, que es de lo que se trataba al fin al cabo. Pero sí importa. Importa porque el dolor del rechazo tiene dos vertientes diferentes: la primera es el duelo por la pérdida de la persona amada (o para ser exactos, la *idea* de que podría ser nuestra), y la otra –no menos importante– es la herida narcisista que esta señorita nos ha infligido con su desprecio. Así que la hemos perdido a ella, pero también –para más escarnio– hemos perdido la imagen que teníamos de nosotros mismos. Creíamos que éramos el tipo de tío que alguien tan deleitable como ella podría desear. Y resulta que no, que no somos ese tío. Hemos perdido la chica y nos hemos perdido a nosotros. Es aquí donde viene a cuento el recordar que ella en realidad no nos conoce, y que lo que ella quiera o no quiera para su propia vida no debería ser el baremo por el que juzguemos nuestro valor personal.

**Declararse como en las películas**

Si ya conocemos la chica en cuestión, resulta tentador el intentar el tipo de estrategia que uno ve en las películas de Hollywood para ganar su corazón, tales como esperarle en el portal bajo la lluvia durante horas, llenarle la casa de ramos de rosas, contratar a un mariachi para que le cante una serenata, declararle nuestro amor y regalarle un brillante de compromiso ante una cámara de televisión durante un partido en una cancha de baloncesto o un campo de beisbol, o cantarle una canción de amor en voz muy alta en frente de sus colegas en el trabajo, o en frente de los niños a los que ella está dando clase, concluyendo también

con el anillo de brillantes y la inevitable propuesta de matrimonio. O muchísimas otras variantes alternativas de los mismos temas. El consejo respecto a este tipo de estrategia es muy corto y muy sencillo: no lo hagas. Nunca. Ni se te ocurra. A no ser que de verdad estés en una película de Hollywood, y tengas el encanto de Tom Hanks y el físico de George Cluny. Los alardes románticos son muy peligrosos en la vida real y tienden a espantar a las mujeres, porque anuncian que el que los perpetra vive en un mundo solitario de fantasía, en el que la gente se comunica a través de clichés (posiblemente encantadores, pero siempre estereotipados), en vez de las infinitas sutilidades de las interacciones entre personas normales en la vida real. O sea, que la acción de presentarse con el mariachi al pie de la ventana de ella a las tres de la mañana seguramente proclamará que el que está dando la serenata sabe más de ordenadores y de ciencia ficción y de pasatiempos solitarios de lo que sería estrictamente saludable, y que definitivamente sabe más de esas cosas que de cómo relacionarse con mujeres.

Bies es verdad que si uno ya tiene una relación de cierta amistad con la chica, y además tiene también uno fama de ser muy loco y muy jocoso, hacer la tontería del mariachi quizá resulte bien (aunque lo dudo), pero las propuestas de matrimonio públicas deben ser evitadas a toda costa. Sin excepciones.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
|---|---|
| Espera pacientemente a que la mujer de sus sueños aparezca en su vida de una manera mágica y espontánea, enviada especialmente para salvarle de su soledad, como una especie de mesías romántico | Toma medidas para poder encontrar una mujer que se convertirá con el tiempo en la mujer de sus sueños |
| No se le ocurre que esto nunca ocurrirá si su vida social se limita a jugar a rugby con sus amigos los sábados a la tarde | Busca a la mujer de sus sueños, o más bien a su equivalente de las horas de vigilia, en los sitios donde ella pueda estar, no donde a él le conviene estar |

Hace caso a las agencias matrimoniales

No le hace caso a nadie. Sobre todo si nuestro hombre bien adaptado ya tiene unos añitos de edad,
o si las únicas mujeres que se encuentra en su rutina diaria son las que ve en la tele y la portera

| | |
|---|---|
| Cree que sólo existe una media naranja, que en su caso era Menganita, su novia de juventud, que se acabó casando con otro, así que no vale la pena intentar otra vez, o | Menganita se casó con otro porque su novio era un pesado y un pesimista. Las medias naranjas no existen. La compatibilidad sí, pero hay muchas personas en el mundo con |

| | |
|---|---|
| amargarse, que así es la vida | las que podríamos ser felices. Todo lo que hay que hacer es encontrar una y no espantarla después |
| Si la chica de sus sueños le da calabazas, piensa que se debe cortar las venas, porque eso quiere decir que tendrá que encarar una vida vacía de contenido sin ella, y también quiere decir que él no es digno de aprecio. No se corta las venas porque le da no se qué –tanta sangre–, pero piensa que debería hacerlo | Si la chica de sus sueños le da calabazas, se lleva mucho disgusto, pero sólo durante un tiempo. Y después, a otra cosa, que son cuatro días. Y sabe que él sí es muy digno de aprecio. Su madre se lo recuerda a menudo y ella siempre tiene razón |

## La *Cheerleader* y el pitagorín

Cuando uno es jovencito, las chicas de nuestra misma edad prefieren los chicos mayores, que son más maduros y tienen coche y más dinero que nosotros. Y son menos torpes sexualmente. Las chicas jóvenes, las de veinte y pico años por ejemplo, pueden elegir entre los chicos de sus edad y también los que son mayores que ellas, mientras que ellos se deben concentrar en un abanico de elección más estrecho, en el que llevan todas las de perder. Es injusto. La otra cara de la moneda sin embargo es lo que ocurre unos diez años más tarde, cuando ya quedan muchos menos hombres asequibles en el "mercado", y aquellas mujeres que decidieron permanecer libres –quizá las mismas que habían gozado de tanto éxito con hombres muy atractivos unos años antes– ahora no encuentran un compañero con el que puedan asentarse. Así que se asientan con el que pueden, que resulta ser aquel chico no muy agraciado cuya existencia ni siquiera habían registrado en su mente a los veinte años, pero que todavía está ahí, esperando y sin pareja.

El periodo de iniciación sexual que se vive entre los quince y los veinte años es el ingrediente principal en las películas de colegiales (*High school*) americanas. Como las películas del Oeste, o como los Autos Sacramentales, éstas tienen una estructura fija, basada en ciertos personajes arquetípicos. Estos personajes son: la animadora del equipo de fútbol americano *(Cheerleader)*, que es rubia, muy popular, y muy atractiva[6], su amiga y admiradora fiel y sumisa, el capitán *(Quarterback)* de ese equipo, que es muy guapo y

fornido y va al colegio en un descapotable, pero es un poco soso, y el *pitagorín* enclenque de pelo negro rizado y gafas, que tiene un apellido judío polaco, así como su propio amigo fiel, a quien confía su amor por la animadora del equipo. Estos arquetipos nos resultan interesantes porque son reales, y siendo reales podemos relacionarnos con ellos fácilmente. Todos nos hemos enamorado alguna vez de la *cheerleader*, o la que fuera su equivalente en nuestra cultura. De manera inevitable, ella siempre acabó con el capitán del equipo, o el surfista fuerte y moreno, o el chico un poco mayor que ya había tenido experiencias vitales interesantes y era un poco hippie. Casi todos nos hemos sentido –por lo menos alguna vez– como el chico enclenque de pelo rizado y gafas, esperando en vano que la animadora note su presencia.

Ya sabemos que al final de la película la *cheerleader* se dará cuenta de que después de todo prefiere al chico enclenque al capitán del equipo, porque resulta que éste no sólo es un poco soso, sino que además le ha sido infiel con otra chica del colegio. Esto rara vez resulta convincente. Uno no puede evitar sospechar que en la vida real la rubia favorita del colegio habría sustituido al capitán infiel con otro "macho alfa" de prestigio equivalente al de su predecesor. Pero sí es posible que el chico intelectual de los rizos negros y las gafas un día llegue a salir con la rubia, aunque seguramente tendrá que esperar unos años para ello. La lista de atributos que buscamos en el otro sexo se va haciendo más compleja y sofisticada a medida que maduramos, así que los hombros fornidos del capitán, o su descapotable, al final quizá acaben teniendo menos peso específico –en términos de *sex-appeal*– que la gracia con la que cuenta chistes y anécdotas el chico enclenque, que de cualquier modo unos años más tarde ya no lo es tanto. Al mismo tiempo, los hombros del capitán fornido con el tiempo quizá acaben siendo menos anchos que sus *michelines*, y su flequillo rubio desaparezca. Decíamos antes que no es verdad que la edad nos aguape, pero sí es verdad que la edad tiende a igualarnos: los guapos se afean y los feos… bueno, no se afean mucho más.

La moraleja de esta serie de reflexiones sobre los amores de colegiales es que las cosas cambian con el tiempo, y que el no haberse "comido un rosco" de jovencito no quiere decir que esa

deba seguir siendo la norma durante el resto de nuestra vida. Puede que en un momento dado incluso le lleguemos a enamorar a la que fue la rubia favorita del colegio, nada menos, aunque con el paso del tiempo los *michelines* de ella, como los del capitán, tal vez también se hayan desarrollado más de lo que hubiera sido deseable. La vida nunca es perfecta.

**A modo de repaso**, podemos ahora enumerar los desafíos que debemos encarar en el prólogo de una relación duradera:

- Aceptar que ser dos es mejor que ser uno. Mejor todavía la pareja en la canción de Benedetti y favero, que en la calle eran "mucho más que dos". Y también aceptar que el querer es arriesgado; dijo freud que nunca está uno tan expuesto al sufrimiento como cuando se quiere a alguien
- Buscar la mujer adecuada en donde es probable que esté
- No dejar que el adolescente que fuimos, y que quizá no tuviera demasiado éxito con las chicas, determine y limite nuestra ambición a la hora de encontrar pareja
- Tampoco dejar que nos tiente la necesidad de perseguir a quien nos huye y escapar de quien nos persigue. Si la chica en cuestión nos quiere, debemos tomar su deseo como prueba de su buen gusto e inteligencia
- El siguiente paso, el del enamoramiento, ocurre de manera natural y espontánea, así que no se podría decir que éste sea un desafío como tal, a no ser que se refiera uno al desafío de sobrevivirlo, para lo que de cualquier manera no hacen falta conocimientos particulares. Más problemático es el asunto de procurar que ella se enamore al mismo tiempo, lo que nos lleva al siguiente punto:
- Atraerla. Si no conseguimos atraer precisamente a la mujer que nos gusta, el desafío será el encajar el rechazo sin interpretarlo como evidencia de que no valemos nada, y el recuperar suficiente fe en nuestras virtudes para intentarlo de nuevo (con otra), esta vez quizá con mejor suerte. La persistencia (sin pasarse) es

un ingrediente indispensable del éxito, mientras que el rechazo sólo tiene un valor relativo. Nadie es inmune al rechazo: Einstein tardó casi dos años en encontrar trabajo tras graduarse, Rachmaninov fue desdeñado por los críticos de su tiempo, que "predijeron" que nadie se acordaría de él en unos años, y los mismísimos Beatles no conseguían que les contratara nadie al comienzo de su carrera… así que si te ves rechazado, estás en buena compañía. Me doy cuenta de que las dificultades que tuviera Einstein buscando trabajo no tiene mucho que ver a primera vista con el dolor que te produce el desdén de la chica de tus sueños, pero se trata del mismo principio

- Ser encantadores, pero de manera natural y sin recurrir a clichés de cine o a alardes híper-románticos que no vengan al caso
- No darle fecha de caducidad a nuestra relación, una vez establecida, pero tampoco exigir fuegos artificiales continuos.

Estas consideraciones y consejos sobre los estadios preliminares de la relación de pareja nos han llevado al "final de la película", cuando Meg Ryan y Tom Hanks por fin se besan después de muchísimas vicisitudes, malentendidos, engaños, y enfados. Todo ha acabado bien. El siguiente capítulo se ocupa de lo que pasa después del final de la película, o por lo menos después del final de este tipo de película. Dijo Abraham Lincoln que el matrimonio no es ni el cielo ni el infierno, sino un purgatorio. Y dice el escritor Bill Bryson que William Shakespeare, que escribió muchos de los poemas y discursos de amor más famosos de la historia de la literatura, sólo le dejó en herencia a su mujer su "segunda mejor cama", lo que parece indicar que sus muchos años de matrimonio con ella no fueron su fuente de inspiración principal cuando escribió aquellos poemas. Pero la verdad es que la mala prensa del matrimonio y de las relaciones de largo plazo es inmerecida. El amor perdura si lo velamos bien, mucho más allá de su apoteosis cinematográfica en el beso final bajo la lluvia en las calles de Manhattan.

El enamorado seguirá queriendo, y cuando se muera se

convertirá en polvo, pero será “polvo enamorado”, como dijo Quevedo.

1. Dijo O.K.Bernhardt que “el primer beso no se da con la boca, sino con los ojos”.
2. Expuesta por un periodista llamado Tad Safran.
3. La idea original proviene de un mito griego, en el que Pigmalión es un escultor que se enamora de su propia escultura.
4. En el *Journal of Evolutionary Psychology*, dirigidos por Gil Greengross.
5. Richard Dawkins, el célebre autor de *El Gen Egoísta*, escribió y presentó este programa.
6. Rachel, en la serie de televisión *Friends*, había sido animadora en el colegio, y es un buen ejemplo de este arquetipo. Ross, cumpliendo su propio arquetipo, no es evidentemente atractivo, y es inseguro e intelectual. Ross siempre había estado enamorado de ella en el colegio, pero ella nunca había notado su existencia, como debe ser en estos casos.

# 5

# LA RELACIÓN YA ESTABLECIDA, Y CÓMO SOBREVIVIRLA

A no ser que uno se case en Las Vegas, borracho y vestido de Elvis, habiéndole levantado de la cama al Juez de Paz a las tres de la mañana, lo normal es que la ceremonia se celebre en presencia de nuestra familia, la de la novia, amigos, colegas, y parientes relativamente distantes que uno sólo ve en bodas y funerales, y que uno no sabe dónde sentar en el banquete. La boda es un contrato y una celebración, pero es sobre todo un contrato público. La presencia de toda esa gente cumple la función de constatar de manera muy pública que ese hombre y esa mujer han decidido excluir a todos los otros miembros del sexo opuesto del planeta como posibles socios en sus deseos, afectos, ambiciones de intimidad, congresos carnales, prospectos de procreación, cohabitación, proyectos inmobiliarios y fusiones de sueldo. Recordará el cura a la congregación, siempre algo aburrida e impaciente, cuáles son las funciones del matrimonio, que suelen sonar un poco demasiado utilitarias y prácticas: la ayuda mutua, dar remedio a la concupiscencia…, los novios dirán sus votos de fidelidad, y sonará al final la marcha nupcial de Mendelssohn, que a la gente de cierta edad siempre le recordará a los anuncios de *Persil* de la tele de hace muchos años.

Hoy en día sin embargo, con creciente frecuencia, el momento que marca el comienzo de una relación de largo plazo es mucho menos público y coincide con el día en el que él o ella cogió sus bártulos y se fue a vivir al piso del otro. La diferencia principal entre estos dos modelos de comienzo de una relación, además de los aspectos religioso y legal, es el énfasis de lo público en la boda formal, que contrasta con lo muy privado del arreglo informal. Quizá se podría decir que la boda es una apuesta más alta y más arriesgada, en la que los que se van a casar están tan seguros de su

elección que están dispuestos a grabar su compromiso públicamente en un documento legal. Si sale mal, tienen más que perder. El punto de vista cínico sin embargo es que los de la boda son más conformistas, y que se casan de blanco y en la iglesia para que sus madres no se lleven disgusto.

En cualquier caso, se case uno o no, la relación de largo plazo le plantea al hombre unos desafíos muy grandes y muy serios, quizá más marcados en esta época que vivimos en la que ya no sabemos muy bien en qué consiste ser un hombre bien adaptado y en harmonía con su género. Pero por lo menos la boda tradicional empieza con una fiesta. Ella va de blanco, que simboliza su virginidad (la que tuvo un día), y todo el mundo le dice que está guapísima y radiante. A él le dicen simplemente que *ella* está guapísima y radiante.

Un estudio canadiense ha establecido hace poco que las parejas que cohabitan pero no se casan tienen una probabilidad cuatro veces mayor de separarse que la que se casan[1]. Pero también encontró este estudio que el 38% de los matrimonios acaban en divorcio en Canadá. El único dato reconfortante en el estudio es que si uno aguanta los primeros cuatro años, entonces es menos probable que la cosa acabe en divorcio. Los autores le llaman a este fenómeno "el picor de los cuatro años"[2]. No creo que existan datos fiables en relación a si es él o ella quien normalmente siente el picor, pero la palabra "picor" implica una inquietud y una curiosidad que se suelen asociar con las ambiciones sexuales masculinas.

"El arte del amor es sobre todo el arte de la persistencia" es una frase que se atribuye a Albert Ellis, el famoso psicólogo americano. Se suele mencionar como referencia a la necesidad de persistir cuando uno quiere conquistar el amor del otro, aunque también se podría usar esta frase para ilustrar la necesidad de persistir y perseverar a través de las crisis vitales y los periodos de aburrimiento y de duda.

**Aburrirse**

El aburrimiento, hay que admitirlo, es una cosa muy problemática, y seguramente es el principal artífice del "picor de los cuatro años". Es importante que las relaciones de largo plazo no se estanquen en una rutina en la que todo lo doméstico parezca aburrido y todo lo externo parezca interesante e intrigante. Los seres humanos tenemos una curiosa necesidad de entretenernos y excitarnos, y esperamos que nuestra pareja comparta –y a veces incluso genere– algunas de las chispas y burbujas que ansiamos en nuestra vida. Pero nuestra pareja no está ahí para entretenernos; para eso lo que hace falta es ir al cine, no al altar.

Søren Kierkegaard fue un filósofo danés de gran influencia que vivió en el siglo XIX, y que escribió –entre otras muchísimas cosas– acerca del aburrimiento. A Kierkegaard le parecía que existen tres estadios de desarrollo personal en la vida, que llamó el estético, el ético y el religioso. El último no viene al caso aquí, así que lo dejaremos en paz. Además, el asunto de la religión les suele producir tal preocupación y perplejidad a los pensadores con tendencias existencialistas –como Kierkegaard o Unamuno, por ejemplo–, que compartir aquí sus reflexiones en este campo no haría sino contagiarnos su ansiedad. Kierkegaard pensaba que cuando uno espera que el mundo exterior le entretenga y le dé placer, uno se encuentra en el estadio estético, que se caracteriza por una existencia individualista, pasiva y hedonista. El placer que viene de fuera inevitablemente se termina un día, dejándole a uno vacío y aburrido. Para trascender ese individualismo estéril hace falta progresar hacia el estadio ético, en el que uno asume control y responsabilidad por su vida y sus acciones. En este estadio, uno también se empieza a preocupar por el bienestar de otros, y no se limita a esperar pasivamente a que el mundo exterior le divierta. Una relación significativa y auténtica con otra persona resulta posible en el momento en el que conseguimos alcanzar este punto en nuestro desarrollo personal, en el que no nos aburrimos, porque ya no dependemos exclusivamente de placeres externos para nuestro recreo y diversión. Por lo que concluimos que, según Kierkegaard, el mejor remedio para el aburrimiento no sería el cambiar de pareja cuando los fuegos artificiales se agotan, sino el crecer personalmente, y así transformarnos en el tipo de persona que de verdad tiene la capacidad de amar a su pareja. Amando, queriendo, preocupándose por ella y por otros, uno no se aburre.

Para ser sinceros, quizá sí se aburra uno un poco a veces, incluso amando y queriendo. Pero eso no debería ser tan grave. Vivimos en una época en la que el hedonismo tiene un protagonismo excesivo, y en la que el individuo es el centro del universo, siempre hambriento de *panem et circenses*, siempre demandando su derecho a divertirse y a gozar de placeres. Aburrirse un poquillo de vez en cuando seguramente es incluso saludable, se me antoja, para así ser capaz de apreciar los placeres que vayamos a sentir más tarde. Y además es sencillamente inevitable.

**El asunto este del sexo, otra vez…**

> *Hoy nuestros cuerpos se hicieron extensos, crecieron hasta el límite del mundo y rodaron fundiéndose en una sola gota de cera y meteoro.*
>
> *Pablo Neruda, Los versos del capitán*

El sexo parece estar íntimamente relacionado tanto con la génesis de los fuegos artificiales, cuando funciona bien, como con el descalabro de la pareja, cuando no funciona bien. Resulta curioso que una función biológica tan cruda y básica siga teniendo tanto protagonismo y poder sobre nuestras vidas. Salvo que ahora no vemos el sexo como algo básico y crudo, sino como algo que puede ser una vía de expresión, así como una de las fuentes principales de placer en nuestra existencia diaria. O eso es lo que pensamos. Basta leer la portada de una revista de hombres, o la de una revista de mujeres, para darse cuenta de que la mayor parte de los artículos que contienen tratan de cuestiones de sexo. *Los 10 secretos del sex-appeal*, dirá un titular; *¿Es importante el tamaño?*, dirá otro; *Todo lo que quieres saber sobre el sexo, pero no te atreves a preguntar*, podría decir un tercero. El visitante de Marte, aquél que creía que los humanos somos unos seres muy pacíficos, también pensaría –viendo el contenido de estas revistas, o el escasísimo atuendo que llevamos en la playa, o la frecuencia con la que los protagonistas de las películas tienen vigorosas relaciones sexuales– que los habitantes de este planeta son totalmente abiertos y

relajados en cuestiones de sexo, que además es una cosa que practican con mucha asiduidad, entusiasmo, y gusto. Pero no es así.

La realidad es que acarreamos una gran cantidad de mitos y tabús en materia de sexo, muchos más que en otras áreas de nuestras vidas. Y lo peor es que ni siquiera nos damos cuenta de ello. Creemos que habiendo sancionado el sexo pre-marital como una cosa buena, e incluso deseable, así como el ir *topless* en la playa, y habiendo legalizado la homosexualidad y el adulterio, y celebrado las ventajas de la contracepción, ya nos hemos liberado del yugo que nos oprimía y nuestras energías sexuales podrán fluir ahora ininterrumpidas, satisfechas y serenas. Pero en secreto nos preocupa nuestra relativa falta de atletismo en la cama, nos preguntamos si nuestras fantasías son normales, o si tenemos demasiado apetito sexual, o demasiado poco, o quizá le atormenten a uno las dudas tradicionales y de toda la vida sobre el tamaño de su pene, lo poco duradero y poco vistoso y galante de sus erecciones y sobre su capacidad sexual en general. La razón de estas dudas y angustias es muy sencilla: no tenemos puntos de referencia fiables. No esdifícil constatar si otros comportamientos y características son más o menos normales, si comemos lo normal, o si nos gusta el cine más de lo normal. Incluso sabemos si roncamos, a pesar de estar dormidos cuando lo hacemos. Pero es muy difícil saber a ciencia cierta si uno “dura” lo normal, si el tamaño de esa célebre parte de nuestra anatomía es adecuado, o si de verdad eso importa. Y es difícil saber estas cosas porque los hombres no hablan abiertamente de ellas entre ellos y porque la pseudo-información que nos alcanza en temas de sexo está siempre plagada de mitos que tienen muy poco que ver con la realidad.

**La frecuencia**

El primer mito que vamos a comentar es el de que si uno está bien adaptado sexualmente uno debe “hacerlo” todo el rato, con gran pasión y muchos sudores y en lugares inusuales. Esto pasa mucho en las películas, para así ilustrar el hecho de que los amantes en cuestión sienten una pasión tan irrefrenable que la tienen que saciar donde les da el apretón, sea esto en la mesa de la

cocina, que es lo que pasa en *El cartero siempre llama dos veces*, o incluso en el fregadero, como en *Atracción fatal*. También se recurre mucho al sexo atropellado contra la pared, que a mí me parece que es una manera segura de hacerse una avería seria. Las revistas te dan consejos sobre cómo hacer tu vida sexual más interesante, haciéndote abandonar tu hábito de ceñirte a lo que conoces, que es la postura "del misionero" en la cama matrimonial, casi todos los domingos después del fútbol –especialmente si el Deportivo ha ganado–, para experimentar con posturas más desafiantes, que no le salen a uno de manera natural, en situaciones menos previsibles. Pero en el primer intento ella te dice que te dejes de tonterías y cochinadas, que ya sabes que a esa hora todavía tiene que preparar la cena para los niños, y que si intentas hacerle lo que acabas de sugerirle al oído hace un momento ella te meterá el suyo por el ojo, que qué te has creído, marrano, y que deberías ir a confesarte sólo por pensarlo, y que ya le había dicho su madre que tenías pinta de vicioso y que se casara con otro, y que en mala hora no le escuchó, que es una santa su madre, y que además qué tienes tú contra su madre, que nunca quieres ir a visitarle, como si Segovia estuviera en el fin del mundo. Y ahí se acaba la aventura.

La frecuencia con la que uno debería poder satisfacer sus efusiones es fruto de mucha elaboración mitológica. En *Anny Hall*, la famosa película de Woody Allen, ella se queja de que él quiere sexo constantemente, unas cuantas veces a la semana, mientras que él se queja de que ella apenas se lo permite nunca, sólo unas cuantas veces a la semana. A la gente joven, que en cada nueva generación piensa que han inventado el sexo, le horripila la idea de convertirse en una de esas parejas mayores que "ya no lo hacen nunca". La realidad es que el asunto de la frecuencia sólo es problemático si él y ella no están sincronizados y quieren sexo con diferente asiduidad. Según el esquema tradicional, él y ella no están sincronizados: él quiere sexo todo el rato, mientras que a ella le interesan más las expresiones de cariño y el comunicarse. Esta percepción se suele llevar a un extremo de caricatura, en el que el hombre quiere sexo –sólo sexo, mucho y con quien sea–, mientras que ella sólo quiere hablar, o si no tomar un par de paracetamoles porque le duele la cabeza. Y si ella también quiere sexo, éste sólo puede ocurrir tras un largo prólogo de delicadas caricias sensuales, entrelazadas en un complejo protocolo que sólo el hombre que ha

alcanzado un alto nivel de competencia en estas cosas puede llevar a cabo con confianza y sin temor al ridículo. Porque la sexualidad femenina, según esta caricatura, es compleja, multi-dimensional y casi mágica, mientras que la del hombre es simple, primitiva, y mecánica.

Si de verdad los hombres son tan automáticos y mecánicos en materias de sexo, uno se pregunta entonces por qué les pone el sexo tan nerviosos. Quizá no sean tan puramente instintivos después de todo, y puede ser que les preocupen las relaciones tanto como a las mujeres. Pero nosotros tendemos a creernos nuestra propia caricatura.

No se trata de alcanzar una frecuencia específica y pre-establecida, o un cierto nivel de aptitud, como si se tratara de un deporte olímpico. Y es precisamente el atletismo competitivo y olímpico lo que evoca el sexo que vemos en el cine de Hollywood y en la cultura popular. Es un sexo tenso, rabioso, difícil, que nos da a entender que el área de lo sexual es algo que nos debe preocupar, o incluso asustar, cuando en realidad el sexo nos debería dar placer –quizá no muchísimo necesariamente, o quizá no con muchísima frecuencia– pero definitivamente nos debería agradar, tanto a nosotros como a ellas. Sin más.

**El misticismo del sexo**

Nuestra cultura ha convertido al sexo en algo innecesariamente misterioso, oscuro y problemático. Cuando el sexo recreativo estaba limitado y condicionado por el Estado y la Iglesia, el misterio que le envolvía era el resultado de esa prohibición. Basta recordar que el adulterio o las prácticas homosexuales todavía eran actos criminales en España hasta hace muy poquito, y no hay nada más misterioso y romántico que lo que es a la vez criminal y placentero. Pero cuando las prohibiciones se relajaron en nuestra nueva era liberal, el misterio de lo sexual no se desvaneció, sino que sencillamente se mutó. Ahora no vedamos las actividades sexuales sin ánimo de procreación, o extramatrimoniales, pero reverenciamos el sexo y lo vemos como el

zénit y panacea de todo lo que es deleitable y deseable. Pero creemos que éste es un zénit quimérico, esotérico y casi fantástico, que sólo los iniciados y diestros en los niveles más avanzados de su práctica podrán gozar. El misterio de lo desconocido se ha evaporado, pero el misterio de lo inalcanzable le ha sustituido. No es la posibilidad de ir al infierno como castigo por nuestra lujuria lo que nos quita el sueño, sino nuestra incapacidad de encontrar el "Punto G", o lo restringido de nuestro repertorio sexual, o nuestra aparente incapacidad de inducir en nuestra compañera los éxtasis y arrobamientos que presenciamos no ya en las películas y novelas, sino incluso en los programas de variedades de la televisión y en los vídeos pop[3].

**La duración**

Otro punto que les angustia mucho a los hombres es la aparente brevedad de sus congresos eróticos, comparados otra vez con las interminables noches de ardorosos fervores y frenesís que creemos que representan la regla a la que debemos aspirar. Una reciente encuesta de terapeutas de sexo americanos y canadienses ha concluido que según estos terapeutas el encuentros erótico ideal, desde las caricias y jugueteos iniciales hasta el cigarrillo post-coital (pero sin incluir ni cigarrillo ni jugueteos) debe durar entre 3 y 13 minutos[4]. Y que después de diez minutos ya se empieza a poner la cosa un poquillo pesada. Eso es todo. Nada de veladas eternas, pasadas en una neblina onírica de erotismo apabullante que lo envuelve todo en suspiros entrecortados y sudores delirantes durante horas. Nada de rituales esotéricos, siguiendo pautas conocidas sólo por unos pocos elegidos, estimulándose uno al otro a través de recetas de sensualidad casi espirituales, tocando –o quizá sólo tentando o sugiriendo– sólo lo que hay que tocar o sugerir, y sólo cuando hay que hacerlo, y sólo con la presión adecuada, y sobre todo durante muchísimas horas, consumidas en la más etérea y mística de las pasiones. Nada de eso. Unos minutillos, y a otra cosa. Eso es lo ideal.

Comenta una periodista del *Times* de Londres llamada Caitlin Moran, refiriéndose a los resultados de este estudio, que las noches

de interminable amor son absurdas, que el sexo es una actividad abrasiva de la que conviene no abusar, y que si uno no ha conseguido lo que se había propuesto después de media hora, quizá sea porque no se le da muy bien y que por lo tanto seguramente debería parar. Y no le falta razón.

**La impotencia**

Pero nada le agobia tanto a un hombre en el ámbito sexual como el espectro de la impotencia. Una mujer con un problema sexual es precisamente eso: una mujer que tiene un problema de índole sexual. Un hombre con un problema sexual es un hombre *impotente*, es decir, sin *poder*, sin vigor, sin aptitud, sin brío, en definitiva: sin hombría. Pérez Galdós ilustra esta falta de aptitud como hombre en "fortunata y Jacinta", en el personaje de Maximiliano, por medio de su sugerida impotencia sexual[5]. Él es un hombre inteligente, vehemente y muy devoto en su amor a fortunata. Pero como hombre, él es poca cosa. fortunata es "mucha mujer" para él y necesita a alguien con más capacidad de satisfacerla. En la novela hay cuatro personajes fundamentales desde un punto de vista sexual: dos de ellos deseables y fértiles, pero peligrosos e infieles (fortunata y Juanito) y los otros dos fiables, pero estériles y sosos (Maximiliano y Jacinta). La impotencia implícita de Maximiliano es comparable a la esterilidad de Jacinta y ambas representan el polo opuesto de la efervescencia sexual y vital de fortunata y Juanito.

Dejando el asunto de la esterilidad aparte, una mujer con un problema sexual equivalente a la impotencia masculina verá su vida sexual limitada y su gozo restringido, pero su valor como persona –incluso su valor como mujer– permanecerá intacto. El valor personal del hombre con impotencia sexual (no le llamemos el hombre *impotente*) también debe permanecer intacto; su problema le pertenece a él, pero no le define. *Tiene* impotencia –quizá sólo pasajera–, como podría *tener* almorranas, pero la impotencia no le describe, de la misma manera que las almorranas tampoco le describirían.

Cuando emerge este tipo de dificultad, sea la impotencia de la variedad que afecta a la erección o sea un cuestión de eyaculación precoz, la estrategia fundamental que se debe adoptar es –antes que nada– el tratar de evitar que se convierta en una catástrofe psicológica. Cuanto más hierro se le quite al asunto, más probable será que uno lo consiga superar. También hay que cerciorarse de que no haya un problema fisiológico general, como por ejemplo una diabetes incipiente, de la que la impotencia sea un mero síntoma. Y si uno le está dando al frasco un poco demasiado, la impotencia también puede ser uno de los resultados de ese exceso de alcohol. finalmente, también es posible que el hombre con impotencia esté deprimido y que, tanto la impotencia como el beber demasiado, sean síntomas de esa depresión.

También conviene recordar que no todo intercambio sexual debe culminar necesariamente en un orgasmo mutuo y simultáneo para que lo podamos considerar un éxito (de hecho, no suele ser así), así que si un miembro de la pareja no está en plena forma durante un tiempo –por así decirlo– no debería importar muchísimo. Si no nos responden bien los cuatro cilindros en el motor –por usar una analogía masculina y mecánica–, lo mejor es no exigirnos que todo funcione de perlas y contentarnos por un tiempo con metas menos ambiciosas (meras caricias, etc.). Con objetivos más bajos y con menos presión en la psique la ansiedad disminuirá, y el componente psicológico del problema sexual mejorará como consecuencia.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
|---|---|
| La imagen que tiene de sí mismo es la que le ofrecen sus habilidades sexuales | Su destreza sexual –o relativa falta de ella– sólo contribuye lo justo a su imagen personal, o sea, no gran cosa |
| Se mide el pene, se mide lo que “dura”, se mide la frecuencia con la que tiene que medir lo que “dura”, y midiéndose todo esto se le va pasando la vida | Se le pasa la vida con otras cosas, quizá tampoco todas ellas muy importantes |
| Aspira a que su vida sexual sea tensa e intensa, abrumadora y febril. Y que lo sea todo el rato | Aspira a que su vida sexual sea en general agradable para él y para su compañera. Unas veces más que otras |
| Cree que existen niveles de pericia en el sexo, pero el Hombre Bien Adaptado sabe que el sexo es una actividad placentera y determinarán su éxito sexual, que a su vez definirán su éxito como hombre | Cree que existen niveles de pericia en el judo, en los juegos de Nintendo, y en unas pocas cosas más, pero no en el sexo. Y que todo sabe que el sexo es una actividad placentera y determinarán su éxito sexual, que a su vez definirán su éxito como hombre |

Si le afecta un problema de impotencia, hace lo siguiente: deprimirse, echarle la culpa a su compañera, darle a la botella –lo que empeora su impotencia–, y comprarse *Viagra* en el Internet – de mentiras y fabricado en un garaje en Montenegro– porque le da vergüenza pedírselo a su médico

Si le afecta un problema de impotencia, busca ayuda profesional

## Los celos

Un señor mayor le ha venido a visitar a su mujer al hospital. Ella, también muy mayor, está muy enferma con una serie de problemas médicos graves, además de una cadera rota y una confusión pronunciada. Los enfermeros se alarman cuando notan que el señor le está chillando a su mujer, llamándola guarra y lagartona y otras cosas peores. Cuando le preguntan por qué le increpa a su mujer, él contesta que no ha "nacido ayer", y que ya se da cuenta de lo que está pasando ahí, que ya sabe que ella ha aprovechado su estancia en el hospital para pegársela con los enfermeros, y que también ha notado que la cama de ella es un poco más ancha que la medida estándar, para así poder acomodar a algún enfermero que se preste a la noche. Como dice el refrán, amor sin celos, no lo dan los cielos.

Los celos son un sentimiento poderosísimo, que nos puede afectar a cualquier edad. Shakespeare dio vida a la pasión de los celos en su drama *Otelo*, en el que éste cree equivocadamente que su amante Desdémona le ha engañado, así que la mata, que es lo que los celosos apasionados suelen hacer en este tipo de tragedia. El Don José de *Carmen*, en la novela de Prosper Mérimée y la ópera de Bizet, es otro ejemplo literario clásico de los celos apasionados e intolerables. En la novela, Don José es un militar vasco, que siendo vasco no entiende mucho de los bríos y los ardores del sur, donde se enamora de Carmen, una gitana. Pero durante el transcurso de la historia Carmen también se relaciona con un bandolero, a quien Don José mata, y después con un torero, lo que ya le resulta un poco demasiado a Don José, quien llegado este punto en la historia se empieza a dar cuenta de que no se ha enamorado de un

exponente de castidad y pundonor, y se lo está pasando muy mal. Tontear con un bandolero es una cosa, pero que encima se la pegue con un torero le resulta intolerable. Don José acaba matando a Carmen, que como hemos dicho es lo que suele pasar en estas historias, y por desgracia a veces también en la vida real.

La historia de Carmen nos pinta un retrato clásico de la mujer sensual y peligrosa, una *femme fatale* cuya naturaleza le exige excitar pasiones irreprimibles y arrolladoras. Carmen es la sacerdotisa del sexo primordial y atávico, en cuyos brazos un hombre no es sino un juguete, una marioneta que sólo puede protestar la injusticia de su situación, e inevitablemente llevar a cabo su papel de hombre engañado y celoso.

Rebecca, en la película de Hitchcock[6] del mismo título de 1940, es un ejemplo incluso más patético de la mujer fatal "come-hombres". Rebecca es tan horrible con su marido, el pobre Maxim de Winter, que no sólo le es infiel, sino que provoca sus celos a propósito para que así Maxim la mate cuando ella se está muriendo ya de cáncer, a modo de eutanasia retorcida, e incluso le consigue amargar la vida después de muerta. Rebecca, como Carmen, tiene un carisma sexual irresistible. No la vemos en ningún momento en la película, pero sabemos que Rebecca estaba siempre totalmente segura de su poder de atracción y que tenía un vínculo poderoso con el mar, al que miraba desde la ventana de su habitación en la mansión de Cornualles donde vivía con su desdichado marido. El mar suele simbolizar en estos relatos las imperiosas fuerzas de la naturaleza –como por ejemplo el magnetismo de Rebecca– a las que uno no puede llevar la contraria.

El sentimiento de los celos tiene (de manera muy obvia en este caso) una función biológica clara. La mujer debe cerciorarse de que el hombre que le vaya a ayudar a proveer para sus niños se quede con ella, y que no se monte otra familia –con la que la suya tenga que competir– con la primera fulana que le enseñe a él un busto de buen ver, así que en situaciones en las que exista esta clase de peligro, los celos cumplen una función de alarma. El hombre por otra parte necesita cerciorarse de que son sus genes los que están presentes en el embarazo de su señora, y no los de otro, porque después de todo será él quien tendrá que trabajar para el sustento

del niño cuando nazca. Los celos le avisan que su pareja parece estar más receptiva de lo que debiera a genes de terceros. Los celos comparten con todos los otros sistemas de alarma que nos fastidian la existencia (el dolor, el frío, etc.) la característica de ser terriblemente desagradables.

Cuando los celos son patológicos y muy exagerados, el individuo puede alcanzar un estado psicótico, pero esto es algo bastante raro. Puede incluso llegar a matar a su pareja, pero por fortuna esto es incluso más raro. Esta posibilidad sin embargo es algo que nosotros los psiquiatras debemos tener en cuenta cuando vemos a un celoso patológico en nuestra clínica.

Los celos, salvo en casos extremos y patológicos, no suelen ser absolutamente espontáneos, sino que con frecuencia son inducidos por una persona de la que en realidad quizá no nos debamos fiar demasiado, como era el caso en algunas de las historias de ficción que hemos reseñado. Pero un poquillo de celos puede ser una cosa buena. Nos recuerda que no "poseemos" a nuestra pareja y que ninguna relación viene con garantía indefinida, así que una punzadita de celos puede servir para forzarnos –o forzar a nuestra pareja– a poner un poco más de esfuerzo e interés en la relación. Lo que uno no debe hacer es intentar provocar celos artificialmente y a propósito. No es bonito y además no suele funcionar.

**La infidelidad y los cuernos**

Nadie parece estar muy seguro sobre el origen de las expresiones "cornudo" y "poner cuernos". Se dice que puede tener algo que ver con el cuco, que pone huevos en los nidos de otros pájaros (no me convence mucho), o con el macho cabrío, a quien le cuesta mucho asegurarse de que sus cabras le permanezcan fieles (tampoco me convence mucho más). Los cuernos aparecen en otros idiomas similarmente asociados con significados sexuales, aunque no necesariamente relacionados con la infidelidad. Lo que está claro es que al hombre tradicional nunca le debería poner nadie cuernos, a pesar de que él tenga que reprimirse mucho para no serle infiel a su pareja.

Es irónico que Tammy Wynett, la célebre cantante de *country western* de los años sesenta sea conocida principalmente por su canción *Stand by your man*, que se traduciría como "quédate con tu hombre", cuando ella en realidad se casó nada menos que cinco veces. Una de las razones que Wynett aduce en su canción como argumento para perdonar los fallos del hombre con quien a pesar de todo la mujer se debe quedar es que él … "no es más que un hombre". Así que el pobre no puede evitar ser imperfecto y un poco patético. No es culpa suya.

Quizá haga falta explicar aquí que las cantantes de *Country* americanas de aquellos tiempos eran las equivalentes americanas de las tonadilleras españolas, mujeres de mucho ímpetu y mucho garbo y de clase obrera, que como la tonadilleras habían nacido en familias de "*dossiento hermano"* (pero en las montañas de Kentucky en vez del campo andaluz), y que cantaban canciones narrativas (también como los pasodobles de las tonadilleras), en las que relataban los sufrimientos y pobreza de su niñez, así como las miserias de tener que cuidar de un hombre y de sus tristes flaquezas e imperfecciones, siempre asociadas a su condición masculina.

Cuando Tammy Wynett hizo famosa la canción, el movimiento feminista –que entonces era relativamente nuevo– la vio como un exponente odioso de todo lo que detestaban: la mujer obediente y subyugada que se "queda con su hombre" a pesar de sus presuntos abusos e infidelidades, que sólo se adivinan de manera implícita en la letra de la canción. Y encima la mujer de la canción está tan contenta con su convicción de que una debe quedarse con su hombre, que no satisfecha con declararla, además le pone música. Les debe haber deprimido mucho a las feministas de la época cuando la canción alcanzó un gran éxito y se convirtió en una canción *country* clásica, que ahora se oye en cualquier sitio, desde ascensores a gasolineras. Pero las feministas deberían encontrar consuelo en el hecho de que la canción en realidad consigue denigrar no sólo a la mujer, sino también al hombre. Ella es la mujer ultrajada que acepta su condición con orgullo y entusiasmo, mientras que él, bueno… es "sólo un hombre". La letra de *Stand by your man* es por lo tanto una buena ilustración de una situación de privilegio tradicional masculino en la que él tiene en teoría todas

las de ganar, pero que en realidad le degrada y define como un pobre insustancial.

Loretta Lynn fue otra cantante de *Country* que tuvo muchísimo éxito durante aquella época. Loretta tuvo una relación estable y duradera con su marido, que se relata en la película caprichosamente titulada *Quiero ser libre* (en inglés se llamaba *La hija del minero*). Sin embargo, la película –basada en su autobiografía– nos muestra un marido que no puede tolerar el éxito de su mujer, que él mismo propició trabajando como promotor de Loretta, y hace lo que hacen los hombres en estas circunstancias según este tipo de cliché: darse a la bebida y a las mujeres baratas. Una de las canciones de Loretta Lynn hace referencia a la paliza que le daría a una de esas mujeres si ella intentara quitarle a su hombre. A pesar de todo esto, la película es muy agradable y acaba bien.

Dice Desmond Morris en su reciente libro[7] que la infidelidad (como tantas otras cosas, según este tipo de autor) se debe a imperativos biológicos y de supervivencia. Según esta teoría, el lazo emocional que nos une a nuestra pareja debe ser fuerte, pero no demasiado fuerte, para que así cuando uno de nosotros muera joven, durante un parto, o comido por un león –que son cosas que pasaban mucho cuando vivíamos en la selva o en la sabana– el otro se sienta capaz de buscar otra pareja alternativa, sin que un amor por el difunto demasiado específico e inamovible le impida empezar una nueva relación. Nuestra especie, tanto entonces como ahora, necesita que se establezcan estas relaciones para asegurar así su supervivencia. Pero siendo el lazo que nos une, como decíamos, fuerte pero no demasiado fuerte, podemos sucumbir a la tentación de la fruta prohibida, o por usar otro concepto bíblico, la mujer del vecino.

Cervantes, en una de los relatos intercalados dentro del Quijote, llamado “El Curioso Impertinente”, nos cuenta la historia de un hombre llamado Anselmo que tenía una mujer muy fiel, buena y “discreta”. Anselmo, no contento con tener una mujer buena, decide poner su fidelidad a prueba y le pide a su amigo Lotario que la corteje, para así satisfacer su curiosidad sobre si la virtud de su mujer será suficientemente tenaz para soporta tal

asedio. Lotario la corteja con más éxito del que Anselmo había anticipado, y amigo y esposa se convierten en amantes. Esto lógicamente le disgusta muchísimo a Anselmo. La moraleja del relato es que la fidelidad no es una virtud absoluta, y que todos somos más virtuosos cuando no se nos tienta. Pero la moraleja principal es que cuando las cosas están bien en una relación, es mejor dejarlas en paz. Aunque también se podría argumentar que si Camila (que así se llama ella) tenía tan frágil virtud, quizá su relación con Anselmo no fuera tan estupenda y digna de conservar después de todo.

La ópera bufa *Così Fan Tutte*, con música de Mozart y libreto de da Ponte, cuenta una historia parecida. Dos soldados napolitanos, ferrando y Guglielmo, hacen una apuesta en la que los dos se desafían a intentar conquistar a la prometida del otro, disfrazados de soldados extranjeros. Cada uno piensa que las mujeres no son de fiar (el título se puede traducir como "así son todas"), pero que su novia sí lo es. Les dicen a sus prometidas que han sido llamados a luchar en la guerra, para así poder dar paso a los exóticos y misteriosos forasteros, que harán todo lo que puedan para robar sus corazones. Lo malo es que los dos lo consiguen, y sin grandes dificultades. Este desenlace les da mucha y paradójica congoja tanto a ferrando como a Guglielmo. Su congoja es paradójica porque el pesar de cada uno es en realidad fruto de su propia artimaña. *Così Fan Tutte* no se consideró inmoral en el momento de su estreno en Viena a finales del siglo XVIII, pero las sensibilidades tan moralistas del siglo siguiente no la encontraron suficientemente edificante. Por esta razón, *Così Fan Tutte* se representó muy poco, hasta que fuera por fin re-descubierta en la segunda mitad del siglo XX. Resulta muy difícil escandalizar a las sensibilidades de hoy en día –a diferencia de las del siglo XIX– y desde luego la historia de *Così Fan Tutte* no es suficiente para conseguirlo, pero el mensaje de esta comedia sigue siendo inquietante. Y un poquillo misógino. De cualquier manera, como en elcaso del Curioso Impertinente, es mejor no poner la virtud de nuestra pareja a prueba si no hace falta hacerlo. Por si acaso.

Cuando uno es víctima de la infidelidad, la mejor estrategia es darle al otro un poco de su propia medicina, según la moraleja de uno de los cuentos del Decamerón de Bocaccio, llamado "El

Cornudo Satisfecho". En este relato, el cornudo en cuestión es un hombre a quien Bocaccio nos dice que le gustan tanto las mujeres "como a un perro una paliza", y por lo tanto sacia sus deseos con hombres, que le gustan mucho más. A su mujer sin embargo también le gustan los hombres y se siente bastante frustrada con su marido y dolida por su infidelidad, así que decide ponerle cuernos de manera sistemática (de ahí el nombre del cuento). En cierta ocasión, un chico muy atractivo entra en la casa a la hora de cenar y la pareja le recibe muy bien. Bocaccio dice que tanto marido como mujer quedan muy satisfechos aquella noche, pero que no recuerda muy bien cómo o por qué.

Volviendo a la infidelidad propiamente dicha –y dejando a un lado la inducida por la homosexualidad del marido–, necesitamos distinguir entre el tipo de infidelidad que consiste en la ruptura de una relación y el comienzo de otra, y la que se caracteriza por las aventuras en serie. No hay nada particularmente masculino en la primera, así que no la comentaremos aquí de manera específica, salvo para decir que será difícil evitar una crisis de sufrimiento psicológico importante si a uno (o a una) le toca vivir esa situación en el papel de víctima abandonada. Al dolor del rechazo que ya hemos comentado se suma aquí el dolor de la pérdida de la persona con la que uno ha compartido tanto, así como el dolor de sentirse traicionado. Si hay niños, entonces el hombre se encuentra a veces en una situación de desventaja que a muchos les crea un amargo resentimiento. Pero el ser humano es esencialmente adaptable y tiene una maravillosa capacidad de reinventar su vida si la necesidad le apremia, y reinventarnos es lo que debemos hacer si la vida nos conduce a este tipo de crisis.

La infidelidad en serie y la relación paralela tienen en común el hecho de que el que las perpetra no se compromete. Puede parecer superficialmente lo contrario, que se compromete mucho porque lo hace más de una vez. Pero en un momento dado sólo puede haber un único compromiso verdadero, así que quien lo multiplica, lo evita. Mientras tanto, a la víctima –con frecuencia la mujer–, le toca encajar y aceptar, si quiere ser cómplice en la situación, o mandarle al otro a hacer puñetas, si no quiere ser cómplice de nada, que sería lo más saludable.

En la pareja bien equilibrada las dos partes se deben rendir a

la otra en un contrato (implícito o explícito) singular y que excluya a terceros. No hace ya falta ir a la iglesia de blanco y chaqué, y ni siquiera hace falta celebrar una boda "por lo civil", pero sí hace falta que los dos sepan que el otro está en la relación sin ambigüedades y sin condiciones, y que –como dijo la difunta Princesa de Gales refiriéndose a su fracasado matrimonio– más de dos en una pareja serían "demasiada gente".

**Las cosas han cambiado**

Una institución británica, llamada *Relate*, ha aconsejado a parejas con problemas durante setenta años, y todavía lo siguen haciendo. Cuando se fundó, su función se dirigía específicamente a las parejas casadas (se llamaba *Marriage Guidance Council*), pero ahora se extiende a todas las parejas estables. Un reciente artículo en el Times[8] explica que *Relate* ha decidido abrir sus archivos, lo que nos ofrece una visión muy ilustrativa sobre la manera en la que las relaciones de las parejas modernas se parecen o diferencian de las parejas antiguas. Lo primero que resulta aparente es que la violencia física estaba mucho más aceptada socialmente hace setenta años. La omnipresencia de la suegra en aquellas relaciones también parece chocante. La homosexualidad, por otra parte, se veía como "una fase por la que todos pasamos en un momento dado". Los archivos también muestran evidencia de una aparente contradicción: muchas mujeres tenían "problemas sexuales" e intolerancia al sexo, pero a la vez también muchas mujeres (me imagino que no eran las mismas…) tenían relaciones extramaritales, presumiblemente sin que ningún problema de intolerancia sexual les aguara la fiesta. Ahora la intolerancia sexual femenina parece ser menos frecuente, pero a la vez el número de mujeres a quienes sencillamente no les apetece el sexo ha aumentado dramáticamente, dice *Relate*. Se imagina uno por lo tanto que lo que explica este fenómeno es que las mujeres de hoy en día saben que ahora pueden resistir los avances de sus parejas en la cama, sin que ellos puedan argumentar que tales avances simplemente representan su decisión de ejecutar un "derecho marital", y sin que ellas tengan que aludir a intolerancias sexuales de tipo médico para justificar su negativa. Sencillamente dicen que

no les apetece.

**La relación homosexual**

El hombre homosexual es particularmente masculino. No sólo él es un hombre, sino que su libido también se dirige hacia un hombre, sumergidos los dos en un mundo en el que lo masculino es el origen y el objetivo de todos sus afectos y todas sus afinidades. Tanta es la masculinidad en sus vidas que uno se pregunta si las maneras *camp* que algunos (no muchos) adoptan pueda ser una manera de compensar tal exceso de testosterona.

Esta masculinidad exuberante se encuentra muy bien ilustrada en el personaje de Ennis Del Mar, uno de los dos amantes en *Brokeback Mountain*, la película de Ang Lee, que tuvo la valentía de usar una relación homosexual entre dos pastores en las montañas de Wyoming como la premisa básica para un drama romántico. Ennis, interpretado por el recientemente fallecido Heath Ledger, exuda masculinidad por todos sus poros: en su pose, en su físico, en su violencia, en su parquedad de palabras, y en lo limitado y pobre de sus expresiones emocionales. Pero a la vez Ennis también exuda ternura durante sus esporádicos y clandestinos encuentros con su amante. Uno acaba teniendo la impresión de que la homosexualidad de Ennis es casi parte de su hombría incontenible.

Una cosa que se le echa en cara al hombre *gay* es su tendencia a la promiscuidad y lo poco estable de sus relaciones. No todos los vínculos homosexuales son inestables, por supuesto, pero sí parece ser verdad que la cultura homosexual ha tendido a ser tradicionalmente más promiscua que la heterosexual. Pero esto se debe poner en el contexto adecuado: la homosexualidad era universalmente ilegal hasta hace muy poquito, así que no es de extrañar que las relaciones de esta índole fueran furtivas, y por lo tanto frágiles. Y una vez que se establece una manera de relacionarse en un entorno dado –en este caso la relación efímera y clandestina en el entorno de la cultura homosexual–, este patrón tiende a perdurar en cierta medida, incluso cuando ya no resulta necesario. Ya no hace falta ir a un aseo público, o a un parque a la

noche, para encontrar otro hombre con la misma afinidad sexual. De hecho, España es uno de los pocos países en el mundo donde uno puede formalizar legalmente una relación homosexual estable, y donde por lo tanto una pareja *gay* puede gozar de exactamente el mismo estatus de respetabilidad social que su equivalente heterosexual. Pero no es posible cancelar en unos pocos días hábitos culturales que se han desarrollado durante siglos de opresión y represión, así que tanto homosexuales como heterosexuales necesitarán un periodo de ajuste antes de poder alcanzar una situación de verdadera igualdad entre unos y otros. Esa igualdad, en su día, se traducirá en una confianza y aplomo en la cultura gay que le permitirá abandonar hábitos más adecuados para una época de represión que para los tiempos actuales. Desgraciadamente, hay quien todavía resiste este proceso de asimilación, no sólo desde perspectivas conservadoras, lo que no es sorprendente, sino desde los extremos más alternativos dentro de la misma cultura *gay*, como el movimiento de *Gay Shame* [9].

Un psicólogo y un terapeuta de parejas americanos[10] estudiaron las relaciones entre hombres en las parejas homosexuales y concluyeron que éstos eran más agradables y menos agresivos que las parejas heterosexuales cuando discutían el uno con el otro, pero que a la vez las conclusiones de esas discusiones tendían a ser menos satisfactorias. Quizá tenga algo que ver con la falta de roles de género preestablecidos en las relaciones *gay*, pero por lo demás uno sospecha que las dinámicas que afectan a las parejas del mismo sexo son muy parecidas en realidad a las de las parejas de distinto sexo. Así que quizá no merezca la pena complicar más el asunto.

Pero sería ingenuo pretender que ser homosexual no presenta problemas y desafíos específicos. Si fuera así, los políticos no intentarían ocultar su homosexualidad al público, y no usaríamos apelativos como “marica”, y otros similares, para insultar a otros. A la sociedad en su conjunto la homosexualidad se le pone un poco cuesta arriba.

Tchaikovski, el compositor ruso de finales del siglo XIX, está considerado como uno de los músicos más influyentes de la historia, ahí arriba en la jerarquía, junto a Mozart y Beethoven, y no muy lejos de Bach. Tchaikovski era *gay*, lo que a él mismo le

parecía un defecto muy deplorable. Una vida abiertamente *gay* en aquellos tiempos era algo absolutamente impensable y aborrecible, así que Tchaikovski se debía casar. Lo hizo con una discípula suya llamada Antonina, y se cree que la infelicidad generada por este matrimonio malogrado y por su insatisfecha homosexualidad fue el motor emocional que le motivó a componer su dramática cuarta sinfonía.

Oscar fingal O'flahertie Wills Wilde, mejor conocido como Oscar Wilde, célebre escritor irlandés del siglo XIX, gozó de muchísima fama y notoriedad en su tiempo. Pero Oscar también era homosexual. Un día Wilde recibió en su hotel una tarjeta de visita del Marqués de Queensberry, padre del "amigo" de Wilde, en la que Queensberry había escrito: "para Oscar Wilde, el sodomita". Wilde y Queensberry se enfrentaron legalmente después de este incidente, y tras un juicio humillante, en el que Wilde fue acusado de "graves indecencias", este célebre homosexual fue condenado a dos años de trabajos forzados, y acabó sus días en exilio en francia.

*La gata sobre el tejado de Zinc* de Tennessee Williams nos lleva a entender que el alcoholismo de Brick –uno de los protagonistas– y su muy amarga relación con su mujer, tienen mucho que ver con el deseo sexual que Brick sintió por su amigo Skipper, que se había suicidado poco antes. Pero cuando la obra se llevó al cine en el año 1958, interpretada por Paul Newman y Elizabeth Taylor, se consideró que el tema de la homosexualidad era demasiado difícil de digerir para el público general, así como para la censura de la época, así que sencillamente se omitió, lo que a todo el mundo le pareció una cosa muy natural[11] .

Ahora estamos viviendo, en nuestra época de tolerancia e ilustración intelectual, los pródromos de un cisma en la iglesia Anglicana, una de las iglesias principales de la cristiandad, no por causa de elevadas consideraciones doctrinales o teológicas, o porque mantengan diferencias en su manera de entender la Santísima Trinidad, o por desacuerdos políticos en relación a la pobreza y el hambre en el mundo, sino por causa de la ordenación de obispos homosexuales. Así de problemática e intolerable sigue siendo la homosexualidad para muchos. No es de extrañar por lo tanto que vivir una vida *gay*, y vivirla bien, no sea una cosa fácil.

El hombre homosexual necesita ser particularmente valiente y seguro de sí mismo para llevar su homosexualidad con dignidad y aplomo, con lo difícil que es llevar cualquier cosa en la vida, por nimia que ésta sea, con dignidad y aplomo…

**Cuando ella se va: la separación y la viudez**

La separación es una cosa mala. No vayamos a pretender que no lo es. Crea una enorme cantidad de estrés emocional, así como problemas prácticos y económicos muy significativos. Pero en general no solemos tomar la decisión de separarnos simplemente porque no se nos ha ocurrido nada mejor que hacer en ese momento. Aunque sí es cierto que hay parejas que se separan precisamente porque no se les ocurre nada mejor que hacer, como ya hemos apuntado en relación a la importancia del aburrimiento, y el hecho de que Kierkegaard pensaba que uno debe crecer emocionalmente para llegar a superar esa fase del hastío hedonista e individualista, y así poder amar de verdad, que es el mejor antídoto contra el aburrimiento.

Si fueron el aburrimiento y la desidia y la apatía los que nos indujeron a separarnos, entonces no nos hará falta mucho consuelo psicológico, porque es improbable que la relación nos importara gran cosa. Pero esto no es lo más habitual. Si hemos decidido separarnos, nuestra relación seguramente ha alcanzado un punto irreversible en el que los dos estamos sufriendo mucho y en el que no parece haber una manera alternativa de aplacar ese sufrimiento mientras sigamos juntos. Pues bien, dado que hemos llegado a la conclusión de que la separación en estas circunstancias es inevitable, entonces no hay ninguna razón que nos impida pensar de manera legítima que “no hay mal que por bien no venga”, o ver el “borde plateado” a la nube negra, como dicen en inglés, porque esta situación nos da una oportunidad para empezar otra vez, nada menos. Borrón y cuenta nueva. Doloroso borrón y esperanzadora cuenta nueva.

Si a los hombres sólo les importara el sexo bruto e inespecífico, como creen algunos, no haría falta comentar aquí el

enorme desafío psicológico que representa para él la pérdida de la pareja, que si es muy dolorosa en las separaciones y divorcios, suele resultar incluso más traumática en la viudez y en los procesos de duelo. La pérdida de la pareja le duele muchísimo al sobreviviente, tanto si la muerte de ella fue la conclusión de una larga enfermedad, que seguramente fue también muy penosa para él, como si ocurrió de manera inesperada.

Cuando alguien muy querido y próximo a nosotros se va –y no suele haber nadie más próximo en nuestras vidas que nuestra mujer o pareja– el vacío que deja en su lugar es una de esas cosas en la vida a la que uno se debe adaptar por medio de un proceso relativamente largo e inevitablemente doloroso. Los libros de texto de psiquiatría suelen decir que un proceso de duelo normal tiende a durar entre seis meses y un año. Pero en mi experiencia muchas veces duran bastante más, y otras veces menos. El hombre tiene una esperanza de vida menor que la mujer (una de las desventajas peores de ser hombre), así que la figura de la viuda, vestida de negro en la España tradicional, es más prevalente que la del viudo. La viuda inspira compasión, particularmente cuando ésta es joven, no sólo por haber perdido a su esposo, sino a veces también su sustento. El viudo inspira compasión porque nos lo imaginamos incapaz de hacerse una tortilla para cenar, o de saber cómo comprarle ropa a la niña.

El proceso de duelo se suele dividir en tres fases: la inicial, que se caracteriza por la aparente falta de emoción, y que puede durar varias semanas, la fase de duelo propiamente dicha, durante la que el individuo siente el dolor de la pérdida en todo su intensidad y violencia, y la fase final de ajuste psicológico y aceptación gradual, durante la que uno se va haciendo poco a poco a la idea de que ella no va a volver, y lo que es igualmente importante, que la vida continúa, y todavía hay muchas cosas que hacer.

Cuando ella se va, el dolor y las memorias son los que único que nos quedan de ella, así que algunos prefieren seguir doliéndola, para así no perderla del todo. Esto es lo que ocurre cuando el viudo se atora en la segunda fase del duelo y resiste la progresión hacia la fase de resolución, porque eso significa aceptar que la pérdida es definitiva y absoluta. Mientras uno sigue sufriendo, la que se ha ido

sigue manteniendo una presencia. Pero una estrategia que requiere la continuación indefinida del sufrimiento claramente es una mala estrategia. Ella se ha ido y debemos dejarle que se vaya. La queremos "regresar", como en el poema de Miguel Hernández a su amigo muerto, y como en ese poema quizá sintamos más su muerte que nuestra vida, pero ella se ha ido para siempre y nosotros tenemos que seguir cumpliendo nuestro deber de vivir, que no es incompatible con el seguir amando su memoria. En un proceso de duelo uno tiene que negociar, por así decirlo, un tratado con la vida que nos resulte a la vez posible y aceptable. Este pacto podría ser algo así, a modo de ejemplo:

> *"yo siempre la echaré en falta y nunca seré capaz de recordar su pérdida sin sentir una profunda pena, pero acepto que tengo el deber de vivir y de seguir queriendo, y la pena de su ausencia no me impedirá el poder disfrutar de los garbanzos con callos, que siempre me han gustado tanto, o de las buenas notas de la niña, o incluso quizá –en un momento dado– del placer de enamorarme otra vez".*

… que es lo que nos gusta a los hombres: enamorarnos y después relacionarnos. Relacionarnos nos gusta incluso más que el sexo, a pesar de los que nos aseguren los sociólogos evolucionistas. Nos gusta incluso más que los garbanzos con callos.

1. *The Vanier Institute of the Family. Profiling Canada´s Families III.*
2. Refiriéndose quizá a la película *El picor de los siete años* (en España *La tentación vive arriba*), de Billy Wilder, en la que Marilyn Monroe es la tentación que vive arriba y que excita con su presencia a un hombre casado de rodríguez en Nueva York, inquieto tras siete años de matrimonio (en la película son siete, en vez de cuatro años). Es la película en la que Marilyn se refresca la entrepierna –es verano y hace mucho calor– encima de una rejilla de ventilación, y la corriente le levanta la falda.
3. Pero sólo cuando la cantante es una mujer. No vemos a señores en escenarios o vídeos pop suspirando de manera sensual, carraspeando quejidos voluptuosos y acariciándose a sí mismos mientras cantan. Quizá deberíamos.
4. *Canadian and American Sex Therapists' Perceptions of Normal and Abnormal Ejaculatory Latencies: How Long Should Intercourse Last?* Eric Corty y Jenay Guardiani. *Journal of Sexual Medicine*, 2008.

5. En la novela, ésta se insinúa sólo de manera implícita.
6. A Hitchcock se le ha tachado con frecuencia de misógino, justa o injustamente.
7. *The Naked Man: A study of the male body.* 2007.
8. Escrito por Yvonne Roberts.
9. "Vergüenza Gay", que es un juego de palabras respecto al nombre del movimiento de Orgullo Gay (*"Gay Pride"*), al que *Gay Shame* acusa de haberse comercializado demasiado, y de haberse asimilado e incluido en la cultura convencional, que ellos ven como inevitablemente opresiva.
10. John Gottman y Robert Levenson. Comentario en la revista *Time*, 4 febrero, 2008.
11. Curiosamente esa versión tuvo bastante éxito, mientras que una versión televisiva más reciente (con Robert Wagner y Natalie Wood), en la que el tema homosexual se trató de manera más explícita, tuvo mucho menos éxito.

# 6

# PADRE

**Padre sólo hay uno**

Una niña llamada nada menos que Sonora (nunca mejor dicho) Louise Smart Dodd era la hija mayor en una familia de seis en un pueblo llamado Spokane, en el estado de Washington, a comienzos del siglo XX. Su madre murió dando a luz al último niño, que es una cosa que antes pasaba mucho[1]. Así que el padre se ocupó de cuidar de los seis niños, y lo hizo con mucha dedicación y diligencia. A Sonora le fastidiaba que hubiera un Día de la Madre (ya muy establecido), pero que no hubiera un Día del Padre, por lo que emprendió una campaña para su fundación, que culminó con éxito en su pueblo natal en 1910, y más tarde se adoptó en todo el país. Hoy lo seguimos celebrando, ya en todo el mundo. Sí, es verdad que está muy comercializado, como todo hoy en día, pero el valorar y promocionar el papel del padre es una cosa buena.

Encaremos cuanto antes en este capítulo un hecho ineludible: desde un punto de vista reproductivo, somos menos importantes que las mujeres. Qué le vamos a hacer. Diez hombres y una mujer producen un embarazo; un hombre y diez mujeres pueden producir diez embarazos, aunque sería un poco de lío, todo sea dicho. De hecho hay quien dice que es así como vivíamos en tiempos prehistóricos, como un grupo de bichos en el que sólo el macho alfa se reproducía con todas las hembras, y el resto de los machos se fastidiaban.

El desarrollo de las técnicas de reproducción asexual podría, en teoría, dejarnos obsoletos en ese campo. No creo que esto sea una cosa que nos deba preocupar, pero sí ilustra el hecho de que el tener descendencia es algo más tangencial, menos integral y sustancial para el hombre que para la mujer.

Para empezar, no nos embarazamos, así que cuando llega el bebé, esta pequeña masa rojiza que no para de llorar no le resulta tan extraña a la madre como al padre. Después de todo, le ha salido de la tripa. Los hombres, en respetuoso silencio, les oímos hablar a las mujeres de la experiencia del embarazo, de su relación con el bultito escondido en sus vientres, de la conjunción espiritual que sienten con el bebé la primera vez que le dan de pecho. En fin, que parece que hay toda una faceta de la historia de tener descendencia que nos perdemos, y que ni siquiera nos imaginamos.

Esta ventaja biológica le pone a la madre en una posición más receptiva respecto al bebé, que a ella le parece monísimo (sólo el suyo, claro, el resto no), mientras que al padre le suele parecer más bien feo y un poco amenazante. Hemingway decía que cuando se tiene un crío, lo mejor es no mirarle los primeros dos años. Por razones sociales y biológicas bastante obvias, la madre de unrecién nacido ve belleza en un bultito de piel arrugada y lanuda, de ojos ciegos y saltones, pelo apelmazado, y llanto penetrante, que además no huele muy bien.

De esta manera, la maternidad psicológica viene ya dada como una extensión del proceso biológico del embarazo y el parto, mientras que la paternidad es algo que uno debe alcanzar y aprender. Una vez más, el papel masculino no se encuentra ya hecho y *"pret a porter"*, sino que lo debe uno desarrollar. No quiero sugerir con esto que ser padre sea más difícil que ser madre (yo creo que es más bien al contrario, para ser sinceros), sino que la función del padre es menos obvia, y una vez más, peor definida que la de la madre.

La naturaleza no nos explica cómo se debe hacer para ser un buen padre, así que no nos debería extrañar que haya, y haya habido, tantos malos padres.

**Malos padres de largas barbas**

Abraham no dudó mucho tiempo cuando el Dios del Antiguo Testamento le ordenó que sacrificara a su hijo Isaac, simplemente para ver si le quería más a él o a su hijo. Abraham, el origen y

fundador de todas las grandes religiones monoteístas, le quería más a ese Dios inseguro y celoso que a su hijo, y el Antiguo Testamento nos dice que es así como debe ser. Isaac, el hijo que Abraham iba a sacrificar, era el antepasado de David, cuya línea genealógica desciende hasta José, el padre de Jesús (no biológico, por supuesto), lo que quiere decir que Isaac era indispensable. El pedirle a Abraham que le sacrificara era un gesto. Se podría decir que era un gesto histriónico.

Comentemos ahora dos ejemplos de moralidad bíblica dudosa, en el que el tema es, una vez más, un padre que relega sus deberes y su amor paterno a un nivel subordinado al de ciertos preceptos e imperativos culturales y religiosos. El primer ejemplo es la historia de Lot, el sobrino de Abraham y único hombre bueno de Sodoma, la ciudad viciosa que Dios debía destruir. Dios envía dos ángeles varones para advertirle a Lot que abandone la ciudad antes de que sea demasiado tarde (Génesis, capítulo 19), pero los hombres de Sodoma quieren hacer con los ángeles de rubios bucles lo que uno se imagina que un grupo de Sodomitas que se precien querrán hacer con un par de varones de buen parecer y nuevos en el barrio, pertenezcan éstos a la corte celestial o no. O sea, les querían "conocer" a los dos y reiteradamente, lo que en el lenguaje bíblico –y en Sodoma nada menos–, es bastante alarmante, si le toca a uno que le "conozcan". Lot, siendo un hombre muy pio y muy santo, dice que no, que eso es pecado, y que los ángeles son sus invitados después de todo, así que además sería una cosa muy grosera. No le parece a Lot apropiado someter a unos emisarios divinos al costumbrismo local, que a los Sodomitas les parece muy bonito y muy alegre, pero a los forasteros quizá no tanto. Lot, sin embargo, no veía ningún problema con que los hombres de Sodoma usaran sus dos hijas vírgenes como les pareciera para saciar sus apetitos. Las podían "conocer" como tuvieran a bien, y muy recia y repetidamente. Pero que de los ángeles ni hablar.

Resultó sin embargo que los Sodomitas en cuestión no tuvieron la oportunidad de "conocer" a las hijas de Lot, porque los ángeles les quitaron la vista muy repentinamente, a modo de castigo. Yahvé destruye Sodoma y Gomorra y convierte un poco caprichosamente a la mujer de Lot, que volvió la cabeza para mirar lo que estaba pasando, en una estatua de sal. Lot y sus hijas acaban

viviendo en una cueva, donde éstas, muy empeñadas enrealizarse a sí mismas como madres, le emborrachan a su padre y le violan, para poder así tener descendencia… a mí me parece que la familia de Abraham era un poco disfuncional. Si Lot y su familia era lo mejorcito de Sodoma desde un punto de vista moral, no me extraña que Yahvé quisiera destruir la ciudad. Pero no se puede decir que Lot les hubiera dado muy buen ejemplo a sus hijas de cómo comportarse con decoro en el ámbito sexual, así que su consiguiente doble violación incestuosa con intoxicación forzada y engaño quizá no fuera tan de extrañar.

El segundo ejemplo[2] es el de un líder militar israelita (seguimos en el Antiguo Testamento) que le promete a Dios que sacrificará el primer ente que entre en su casa cuando vuelva de la batalla con una tribu extranjera si Dios le ayuda a salir victorioso en esa batalla. Gana, lo que es natural, teniendo a un Dios tan guerrero en su bando. Tampoco es de maravillar mucho que el primer ente que entra en su casa después de la batalla, contenta de volver a ver a su padre –pero no por mucho tiempo–, es su única hija (Jueces, capítulo 11). Una promesa a Dios es una cosa seria, así que el señor en cuestión se dispone a sacrificar a su hija, que era en esa situación lo justo y necesario. Ella solo le pide que le conceda el privilegio de vagar por el campo durante dos meses, llorando el hecho de que no podrá casarse y tener hijos. Si este militar tan beato estaba tan dispuesto a hacerle una promesa al Innombrable para ganar su batalla, alguien le debería haber aconsejado que la norma en cuestión de promesas a cambio de favores divinos unos pocos siglos más tarde iba a consistir en hacer una peregrinación con garbanzos crudos dentro de los zapatos, o flagelándose la espalda muy duramente, llevando un cucurucho en la cabeza. Vaya, que lo del sacrificio de un hijo se iba a pasar de moda, así que un alarde infanticida tan dramático no le iba a merecer la pena, ni siquiera para poder así vencer a una tribu infiel.

Me doy cuenta de que no es justo que nos concentremos en el Antiguo Testamento para extraer ejemplos de malos padres, y que además estos ejemplos no ilustran de manera particularmente práctica las dificultades que encuentra el padre de hoy, pero resulta difícil resistir la tentación de comentar unas historias tan

entretenidas. Ahora bien, estos señores tan rectos y pomposos de la Biblia, que no dudaban un segundo en ofrecer sus hijas a una pandilla de Sodomitas en celo, o degollar a su primogénito si la situación lo exigía, sí que nos sugiere después de todo un punto importante en el asunto de la paternidad: relegar el valor de los hijos a un nivel subordinado a otras consideraciones no es buena idea, por muy elevadas que éstas nos parezcan. Nuestros hijos no nos agradecerán que nos preocupe más el trabajar o el conquistar el mundo. Pero gracias a Dios (el que tenemos hoy en día, no el del Antiguo Testamento), no es probable que nos vayamos a ver en una situación en la que tengamos que elegir entre cortarle la yugular a nuestro hijo o enfadarle al todopoderoso.

Le vienen a uno a la cabeza otros casos de padres un poco dudosos para los valores de hoy, como por ejemplo Guzmán el Bueno, Señor de Sanlúcar de Barrameda. Dice la leyenda que durante la defensa de Tarifa en el siglo XIII los asaltantes al castillo le exigieron que se rindiera, y que si no se rendía matarían a su hijo, a quien tenían prisionero. Guzmán no dudó en lanzarles el cuchillo desde las almenas del castillo para que sus enemigos mataran a su hijo inmediatamente. Así de bueno era Guzmán.

Cuesta más recordar historias de padres buenos, y la razón es obvia. Los buenos padres son normales, porque el ser un padre razonablemente bueno en realidad es la norma. Pero el ser cariñoso y proveer, el leerle el cuento al niño a la noche en la cama, el preocuparse cuando tiene fiebre, no es el tipo de cosa con la que se forjan las leyendas. No pasará uno a la historia como Cosme el Bueno por haberle dado paracetamol al niño cuando lo necesitaba, o por haber pagado la factura del colegio. Eso lo hacemos casi todos, incluso Homer Simpson, seguramente.

**El padre que no es**

Hay un tipo de mal padre sin embargo que es relativamente abundante: el padre que no es.

En ciertos barrios de Nueva York, Londres o Los Angeles, el padre ya casi no existe. Uno ve hombres, mujeres, y niños en la

calle, pero las familias sólo tienen madre. No estoy en general hablando de zonas acomodadas, sino de barrios marginados, donde las fracturas y defectos de la sociedad siempre son más difíciles de solucionar, porque sus habitantes tienen menos recursos para intentarlo. La falta de padre, convertida en norma social, ha creado la fantasía de que el padre en realidad no es necesario; quizá sea un mero adorno familiar que pertenece al pasado, una curiosidad de anticuario, un señor fumando una pipa en la sala, a quien los hijos hablan de usted. Pero todas las estadísticas muestran claramente que los niños que crecen en una familia con padre suelen tener menos problemas durante su juventud, y en general les acaba yendo mejor que a los niños sin padre. Toman menos drogas, sacan mejores notas, y es menos probable que se embaracen a los dieciséis años. La muerte del padre parece ser menosdañina para el niño que el divorcio, y tanto el divorcio como la muerte paterna crean menos problemas al niño que el padre no existente, según los autores que han estudiado este tema.

La fragmentación de la familia nació como una expresión de libertad personal, una libertad legítimamente anhelada por aquellos y aquellas que se veían atrapados en matrimonios infelices o abusivos. Pero en ciertos ambientes esta fragmentación ha tenido como resultado un círculo vicioso de fracaso y alienación social. Y de manera más específica, el padre ausente (sobre todo el que nunca existió) es ya parte de una cierta tradición urbana en la que la familia no es una expectativa masculina, y esto es algo que se transmite de una generación a la siguiente.

El origen de este “padre que no es” se encuentra en una estrategia reproductiva alternativa a la usual. Normalmente, el hombre elige una pareja (o ella le elige a él), tiene hijos con esa pareja, y después se dedica a proveer para esos hijos. De esta manera, los niños con un padre dedicado exclusivamente a asegurarse de su bienestar tendrán una mayor probabilidad de sobrevivir. En la estrategia alternativa, el hombre transmite sus genes (que es de lo que se trata en definitiva) sembrando su semilla en el mayor número de hembras posible, y después desaparece de la escena. Los hijos que engendre tendrán menos posibilidades de sobrevivir (en la selva) porque no tendrán un padre dedicado a ellos, pero este hombre habrá producido más embarazos que el

hombre que sigue la estrategia tradicional, así que el número neto de niños sobrevivientes será seguramente similar. El mismo resultado con mucho menos esfuerzo. Para ser precisos, menos esfuerzo laboral y más esfuerzo sexual. El esfuerzo sexual sin embargo es claramente más ameno que el laboral.

Dice Anthony Clare en su libro sobre la masculinidad[3] que el niño sin padre a veces compensará la falta de una figura masculina en casa con un exceso de virilidad en su personalidad y comportamiento, para así cerciorarse de que él es muy hombre, y diferente a su madre. Siendo el niño inmaduro por definición, este exceso de virilidad será burdo y crudo, seguramente expresado en términos de violencia y rebeldía. Cuando aparece un padrastro en la escena, la falta de un vínculo independiente entre éste y el niño quizá resulte en que ambos terminen compitiendo por el afecto de la madre, lo que es un lío.

Pero no seamos demasiado negativos. Muchas familias se encuentran sin padre por causa de desgracias que no fueron culpa de nadie, y la mayoría consiguen crear lo que una buena familia debe crear: un ambiente en el que los niños se puedan sentir seguros y queridos. Aunque si se puede elegir, es mejor que haya un padre.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
| --- | --- |
| Todavía cree que está en la selva (en realidad está en Almendralejo, que no es lo mismo del todo) y que debe sembrar su semilla a diestra y siniestra para pasar sus genes a la siguiente generación | Sabe que no está en la selva y que el asunto de tener descendencia es un tema complicado, y que es mejor hacerlo poco a poco y bien |
| Cree que lo único divertido en la reproducción es lo que viene justo antes del embarazo | Lo que viene después es casi igual de divertido, y dura muchísimo más |
| Subordina su papel paterno a otras cosas que le parecen más importantes | Casi todos los dramas televisivos americanos nos recuerdan que es más importante pasar tiempo con nuestra familia que el éxito en el trabajo, así que debe ser verdad. Aunque quizá sea porque es más fácil estar con la familia que tener éxito en el trabajo..., pero no creo. No seamos tan cínicos. En una película que acabo de ver, incluso Santa Claus piensa que el jugar a béisbol con tu hijo a menudo vale más que el triunfar en |

| | |
|---|---|
| | Wall Street, así que definitivamente debe ser verdad. |
| Espera que su hijo llegue a donde él no pudo llegar en la vida | Piensa que su hijo no tiene que llegar a ningún sitio en particular, o por lo menos a un sitio predeterminado por su padre |
| Le gusta tanto el sitio a donde él ha llegado en la vida que quiere que su hijo llegue exactamente al mismo sitio. Ya se imagina con orgullo el rótulo *"García e hijo Embutidos"* en el lado de la furgoneta | Ha notado que al niño le parecen atraer otras cosas más que los embutidos. Con el tiempo, quizá su hijo llegue a apreciar el comercio de chorizos y butifarras tanto como él mismo lo llegó a apreciar. Pero no le va a presionar. |

## Exorcizar frustraciones y celebrar narcisismos

La vida a veces nos frustra. Nos deja con las asignaturas pendientes de las metas que pensábamos que íbamos a alcanzar, la imagen de nosotros mismos que íbamos a crear, el prestigio social que creíamos que nos correspondía, pero que nunca llegó. La idea de transferir esas frustraciones a la siguiente generación resulta tentadora. Un autor llamado L.L. Henderson ha dicho que los padres quieren que sus hijos vayan a la universidad por dos posibles razones: porque ellos también fueron, o porque no fueron. Mis fracasos, mi falta de oportunidades, mis miedos, ya no me pertenecen a mí, sino a ti, queridísimo hijo. Esta es mi herencia. Tendrás que conseguir lo que yo no pude, o no supe cómo conseguir. Y si también fracasas, como yo lo hice, queridísimo hijo mío, no sólo te defraudarás a ti mismo, sino que también me harás fracasar a mí una vez más. Lo que te debería pesar mucho en tu conciencia. Y te digo todo esto porque te quiero tanto. Hijo del alma.

Pero quizá la vida no me frustró mucho después de todo. Puede ser que yo haya atrapado y consumido el etéreo elixir del éxito. Los comienzos no fueron fáciles, pero con dedicación, valentía, y trabajo duro, he construido un negocio que da empleo a unas cuantas personas, que es algo de lo que estoy muy orgulloso, y con razón. Lo que resulta tentador en este escenario es el crear una expectativa en la que mi hijo deba ser una versión joven de mí mismo, una versión idealizada y mejorada, que una vez más conquiste el mundo y así satisfaga mis fantasías narcisistas. Incluso se llama como yo. Me fastidia que llore tan fácilmente, y ya sé que

tiene sólo ocho años, pero yo creo que ese toque mariquilla le viene por parte de madre, que además le ha hecho al niño un poco faldero, mimándolo tanto. Habrá que endurecerle un poco en un campamento de verano.

El Señor Banks en *Mary Poppins*, una de las películas de más éxito en la historia de Walt Disney, es un buen ejemplo de padre confundido. El Señor Banks ha decidido ya el futuro de sus hijos, que será el que les corresponde y no otro. Él no ejercerá las labores de padre directamente (lo normal en aquella clase social y aquella época), sino que simplemente se limitará a transmitir sus valores y sus expectativas a sus hijos. El cuidado de los niños naturalmente lo llevará a cabo la niñera, Mary Poppins. La madre, la *suffragette* que mencionábamos antes, es un personaje sin importancia, aunque muy divertido. Mary, a pesar de su género, es el *padre* perfecto. Tiene un sentido muy pronunciado de la disciplina y de lo que está bien y lo que está mal. Es orgullosa, consigue empleo donde quiere, y nadie le puede decir lo que debe y no debe hacer. Pero a la vez Mary estimula en los dos niños de la película sentimientos como la curiosidad y la compasión. Mary les anima a los niños a que den sus dos peniques a la señora que vende comida para las palomas en las escaleras de la catedral de St. Paul, lo que simboliza en la película valores positivos y trascendentales. El Señor Banks sin embargo exige que inviertan los dos peniques en una cuenta bancaria, que por su parte simboliza los valores vacíos y mundanos de este padre distante y desconectado. Por cierto, resulta irónico que ahora ya esté prohibido vender comida para las palomas en Londres, por ser éstas unos bichos tan sucios. A la viejecilla de las escaleras de St. Paul le pondrían una multa si estuviera todavía allí.

Mala idea, tanto el exorcizar frustraciones como el festejar narcisismos en nuestros hijos. Ellos son personitas enteras, no continuaciones de nuestros fantasmas personales. No estaban allí cuando nos suspendieron las matemáticas, cuando el jefe nos riñó, cuando fulanita se fue con otro. Esos disgustos no les pertenecen, no tienen nada que ver con sus vidas. Tampoco estaban allí cuando nuestro negocio empezó a tener beneficios después de una inversión arriesgada; sus ambiciones serán las suyas propias, las que emerjan de su propio universo personal.

**El padre verdadero es quien ejerce de tal**

El tema de la paternidad se explora de manera muy emotiva en una de las versiones cinematográficas del desastre del Titanic, la dirigida por Jean Negulesco en 1953, para ser precisos. En esta sobria película en blanco y negro, el protagonista es un británico de clase alta, que embarca en el último momento en el Titanic, momentos antes de que zarpara, tras comprarle su billete a un emigrante vasco. Necesita entrar en el barco porque su familia está en él. La mujer del Señor Ward, que es así como se llama, ha decidido regresar a América –de donde ella proviene– para así escapar un matrimonio infeliz, así como el esnobismo y vaciedad de la clase privilegiada inglesa, que ya ha empezado a afectar a su muy estirada hija. La pareja también tiene un niño de unos diez años que adora a su padre, así que el Señor Ward está empeñado en traérselo de vuelta con él a Inglaterra. Pero en el transcurso de una discusión muy amarga con su mujer en la lujosa cabina de ésta, ella le confiesa agresivamente que él no es el padre del niño. A partir de este momento el Señor Ward le rechaza al que hasta entonces había creído ser su hijo, mientras que el pobre crío no entiende lo que pasa y está naturalmente dolidísimo.

Y en esto el Titanic choca con un iceberg (el único momento de la película que es inevitablemente predecible). La familia Ward se monta en el bote salvavidas, mientras el Señor Ward, que ahora se comporta con mucha valentía, les despide desde el Titanic (ya no hay sitio para los hombres, ni siquiera los de clase alta). El Titanic ya está muy inclinado, describiendo un ángulo muy alarmante con el mar. Pero el niño no soporta la separación de su padre, y consigue subirse otra vez al barco para ir a buscarle.

A partir de aquí resulta muy difícil contenerse las lágrimas. La banda del Titanic toca un himno muy bonito y muy triste, y todos los hombres cantan con la banda, momentos antes de su ya inevitable muerte en las aguas negras y gélidas. El padre le pone entonces su brazo sobre los hombros a su hijo y le dice, quedamente y sin lágrimas o aspavientos, cuánto le quiere y qué orgulloso está de él, “hijo mío”.

Es sorprendente la manera en la que una película aparentemente melodramática del comienzo de los cincuenta

consigue tratar temas espinosos de masculinidad y paternidad, y cómo también consigue resultar emocionante sin ser sentimental. El Señor Ward reacciona a la noticia de su ultrajada masculinidad (la infidelidad de su mujer) con el rechazo de su hijo, que no sólo no es hijo biológico suyo, sino que además es hijo biológico de un amante pasajero y casual, un usurpador sexual. El choque del Titanic contra el iceberg le obliga a abandonar su persona cínica y amarga, y sus modales superiores y humor cáustico, para empezar a comportarse con valentía y aplomo, "como un hombre". Y es precisamente entonces cuando se da cuenta de que el niño sí es su hijo, en un sentido más importante y profundo que el meramente genético. El comportamiento valiente del Señor Ward le reafirma como hombre, mientras que su amor a su hijo le reafirma como padre.

**El niño nace y el padre se hace**

Se suele decir que todos sabemos quién es nuestra madre, pero que nunca podemos estar seguros de quién es nuestro padre: se cree que uno de cada veinticinco embarazos lo engendra un donador de genes ilícito. Aristóteles decía que era ésta la razón por la que las madres están más apegadas a los hijos que los padres. El padre necesita afirmar su papel de manera más activa que la madre. Empieza con desventaja, separado y desconectado del proceso biológico del embarazo y del parto, y por lo tanto ni siquiera confirmado como participante en la estructura genética del bebé.

"Tiene los mismísimos ojos de Tomás", dice la tía Dolores, hermana de Tomás –padre de la parturienta–, mientras mira con dulzura al recién nacido.

"Pues yo creo que los ojos del niño tienen un aire a mi familia", dice el padre tras dudar un ratito, y no muy convencido.

"Podría ser…", dice la tía Dolores, incluso menos convencida.

La verdad es que los ojos del bebé en cuestión no se parecen mucho a los de nadie más, excepto quizá a los de otro recién

nacido, o a los de un animal anfibio.

Tenemos que diseñar una manera particular de ser padre y hacerla nuestra. Como decíamos antes, no hay un modelo de paternidad "ya hecho" que nos vaya a servir a todos. La biología no nos ayuda, no nos canaliza y dirige en una dirección determinada. Así que debemos "desarrollar" nuestro papel de padre como mejor sepamos.

Decíamos al comienzo del libro que pensamos que el "ser hombre" es una cosa que no viene dada, sino algo que se desarrolla y se alcanza. Después hemos puesto en duda este precepto, argumentando que la idea de la masculinidad tradicional está ya un poco *démodé* hoy en día, y que además nos pone las cosas muy cuesta arriba a los hombres. Sin embargo, la "hombría a conseguir" sí se aplica bien a la labor específica de ser padre, por ser éste un proceso, un proyecto, y no un comportamiento ligado a nuestra biología. Así que debemos "hacernos padres", más que "ser padres".

Pero siendo éste un libro de auto-ayuda (más o menos), y conteniendo, como contiene, ejemplos y viñetas de los puntos peligrosos que el "hombre bien adaptado" sabe negociar con éxito, el lector seguramente esperará que también contenga al menos un amago de receta, una pequeña lista de consejos que le guíe y dirija a puerto seguro en sus tareas y rigores paternos. Pues bien, ésta es la receta, un poco primitiva y decepcionantemente corta, pero con sustancia:

***El padre, en definitiva, debe*:**

a) Estar ahí en general. Existir como padre. Ser parte del paisaje en la vida del niño, por así decirlo. Estar con frecuencia en la cocina a la hora de desayunar y en la sala a la hora de ver la tele.
b) Estar ahí en particular cuando el niño le necesita.
c) Querer al niño
d) No tener celos del niño. No competir con el niño.
e) No poner condiciones a su cariño, tales como "te querré sólo si eres mona, o si eres valiente, o si eres como quiero que seas, o

si tú me quieres mucho a mí, o si observas los preceptos morales de mi grupo social, o si no me decepcionas..., y de lo contrario, no te podré querer". El amor de verdad brota de manera inevitable e incontenible; si está sujeto a condiciones, entonces no es amor, sino otra cosa, y no sirve.

f) Querer al niño más que a otras cosas men0000os importantes.

g) Transmitir al niño un sentimiento de seguridad y de estabilidad. Ya hemos dicho que nuestro cariño no debe tener condiciones, lo que contribuirá a que el niño sienta que tiene un "puesto" seguro en la familia, pase lo que pase.

h) No ver al niño como una extensión del padre, en la que éste pueda proyectar sus frustraciones o su narcisismo.

i) También debe ser el padre una figura de autoridad. Los padres no son amigos o "colegas" de sus hijos, y la familia no es una democracia. Los niños necesitan límites y puntos de referencia. También necesitan, como decíamos en uno de los puntos anteriores, sentirse seguros, más seguros que en las relaciones cambiantes y frágiles que tienen con sus amigos mientras están creciendo. Saber lo que deben y no deben hacer les ayuda a mantener ese sentimiento de certeza y seguridad.

j) Proveer. Que se dice fácil.

k) Aguantar las edades difíciles (de los 0 a los treinta años aproximadamente).

l) Y en general apoyar, sostener, animar, y perdonar.

m) ... ah, y valorar. Es muy difícil mantener la auto-estima en cualquier estadio de la vida, pero el gustarse a sí mismo es particularmente complicado cuando está uno creciendo. Los exámenes en el colegio, dificultades haciendo amigos, o las ansiedades sexuales que trae la adolescencia, son ejemplos de los desafíos a los que se enfrenta la persona en desarrollo, carcomiéndole a veces su auto-estima y confianza en sí mismo. Saber que tu padre piensa que eres guapo, o que tienes gracia contando chistes, ayuda mucho.

Creo que eso es todo.

Un escritor inglésllamado Quentin Crisp dijo que su madre le protegió del mundo, mientras que su padre le amenazó con él. Esta

sentencia tan profunda encapsula la dificultad del papel del padre y el peligro de limitar este papel a las labores puramente disciplinarias, mientras la madre ayuda y protege, quiere y se hace querer. Aquí, como en otras facetas de la vida del hombre, los papeles tradicionales ya no nos sirven, y los nuevos son confusos.

No es fácil ser un buen padre, y sin embargo la mayoría de nosotros, contra pronóstico, conseguimos ser buenos padres. Por lo menos mejores que Abraham.

1. Morir en el parto era una cosa frecuente; que la muerte ocurriera específicamente en el último parto era inevitable.
2. Richard Dawkins recoge los mismos dos ejemplos bíblicos (el de Lot y el del militar que sacrifica a su hija) en su libro titulado *The God Delusion*.
3. *"On men – masculinity in crisis"*.

# 7

# EL HOMBRE EN EL TRABAJO

El libro del Génesis nos describe el trabajo como una maldición, una sentencia expedida por Dios a Adán y a Eva por haber comido del árbol prohibido. Así que está claro que el tener que ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente es algo que no nos gusta particularmente. Sin embargo, no es el trabajo en sí lo que nos hace infelices, sino el no ganar suficiente, tener un jefe que nos intimida, tener un trabajo desagradable, o incluso –irónicamente– no encontrar trabajo, por mucho que éste haya emanado originalmente de una maldición bíblica. El trabajo estructura nuestras vidas, nos enfoca y nos concentra.

En la mayor parte de los países industrializados las mujeres todavía tienden a ganar menos dinero que los hombres, incluso cuando hacen el mismo trabajo. Las mujeres brillan por su ausencia en los consejos de administración. La carrera de los hombres no se suele ver interrumpida por embarazos y la necesidad de cuidar de niños en casa. Cuando una mujer regresa a su puesto en la oficina después de haber estado cuidando de sus críos en casa durante un cierto tiempo, quizá se encuentre con que el que era su subordinado ahora es su jefe. Vaya, que los hombres tienen todas las de ganar en cuestiones laborales. No parece el mejor comienzo para un capítulo dedicado a las vicisitudes que el hombre encuentra en el trabajo por causa de su género.

Alguien llamado E.O. Wilson escribió un libro en 1975, llamado *Sociobiology*, en el que argumentaba que el hombre tiende de manera biológica, o sea, muy básica y muy predeterminada, a dominar a la mujer. Causó furor. Hasta entonces, la "posición oficial" en las facultades de psicología era que los cromosomas no

influyen el comportamiento, sino que cada uno de nosotros nacemos iguales, como una "pizarra en blanco" (*"tabula rasa"*), y nos vamos modelando con el tiempo a medida que crecemos, influidos por las características culturales del ambiente donde nos estemos criando. En contraste con la teoría de la *tabula rasa*, los psicólogos evolutivos, inspirados por Wilson, han llegado a atribuir comportamientos que nos parecen bien o mal desde un punto de vista moral –desde el adulterio y la violación por una parte, al altruismo, en el polo opuesto de la dimensión moral– a meros mecanismos genéticos, que según estos autores, son parte de nuestra propia naturaleza. En este contexto teórico, Wilson y sus seguidores piensan, como decimos, que el hombre tiene una tendencia natural a querer estar por encima de la mujer.

La psicología y la sociología tienen el hábito –muy molesto– de meterse en el territorio de la política cada dos por tres. En realidad no es sorprendente, porque sus teorías muchas veces tienen proyecciones políticas ineludibles. Les influye el clima político dominante, quizá más de lo que ellas puedan influir la opinión general. De tal manera que en los años sesenta estas disciplinas eran liberales e igualitarias, mientras que la era neo-conservadora que vino después ha favorecido puntos de vista más "reaccionarios", que ven el comportamiento humano como eminentemente competitivo y egoísta. No hace falta complicar las cosas demasiado, o deprimirse con teorías psicológicas que sugieren que no existe la bondad y la generosidad genuinas, o que lo que de verdad quieren los hombres es dominar a las mujeres. La verdad es que en el ambiente laboral, que es lo que nos ocupa en este capítulo, muchos quieren dominar a muchos otros, y todos compiten con todos, sean hombres o mujeres.

**La jefa**

Es una pena sin embargo que el género del jefe y el género del subordinado nos parezca que tengan que ser tan significativos. El hombre con un jefe del mismo género se siente cómodo porque sabe que forma parte de una jerarquía necesaria para el funcionamiento de su corporación. Algo así como un soldado en la

guerra, para quien su rango no está relacionado con su hombría. Un soldado raso es tan hombre como un general.

Para que esto funcione así, debe haber algo así como un "contrato" implícito entre el oficial y el soldado. La metáfora de la guerra es útil porque la psicología masculina viene definida en parte por la necesidad que siempre ha tenido el hombre de pelear en un mundo hostil. En este "contrato" se asume que lo que yo hago, sea estar en la trinchera o vender pólizas de seguro, me define, y satisface mi auto-estima como hombre que "se ha buscado la vida" con éxito, poco o mucho, pero con éxito. El estatus de este hombre en la jerarquía de su ejército o de su corporación importa menos, porque el "contrato" estipula que la valentía del soldado en la trinchera es tan viril como la capacidad de mandar del general. De la misma manera, el ejecutivo joven (bueno, no es ejecutivo como tal, y no ejecuta gran cosa, pero a él le gusta el apelativo), todavía con muy poquita influencia, pero que es capaz de atender cinco mítines en cinco ciudades diferentes en una semana, y sin apenas descansar, porque se le ha mandado que prepare presentaciones para los mítines en el avión y en el hotel, es tan viril en su resistencia al cansancio y al estrés como su jefe, que tiene unos años más y ya no aguanta tanto ir de un sitio para otro sin poder dormir bien (le afecta al estómago), pero cuya virilidad está basada en su mayor influencia y poder.

A uno le pueden matar en la trinchera, mientras que preparar gráficos de ventas en *PowerPoint* en la cama de un hotel, fomentar fantasías sexuales en la ducha del mismo hotel, o ingerir una vez más una salsa de bechamel un poquillo rancia, también en el restaurante del hotel, mientras se escucha sin querer un arreglo de una canción de Abba tocada con flautas dulces en la música ambiental, es algo que no se puede aguantar durante mucho tiempo. Pero nuestro soldado raso y nuestro ejecutivo joven no tienen problemas de auto-estima.

El soldado raso sabe que es carne de cañón, y el ejecutivo sabe que le puede dar un ataque al corazón cuando una mala semana duerma incluso menos de lo normal y se coma incluso más bechameles rancias de lo normal. Pero cuando mueran se les recordará como hombres que cumplieron con su deber. Ni uno ni

otro sabían mucho de cosas que no estuvieran relacionadas con la vida en la trinchera o en el hotel de precio razonable; no sabían de niños, o de diseños de cortinas, o de dietas macrobióticas. Solo sabían de la guerra, literal o metafórica.

Un día, una nueva Directora, de unos cuarenta años, le da a conocer a nuestro ejecutivo los objetivos que debe alcanzar este año. Mucho más altos que el año anterior, nada realistas, dice Chema, que así se llama el ejecutivo joven. Quién se creerá que es esta tía, diciéndonos a estas alturas cómo se hacen las cosas, como si no supiéramos. Dice Chema que Maite (así se llama ella) tiene dos niños, de los que habla cada dos por tres, que si el mayor toca el clarinete de cine y le han dicho en el colegio que tiene aptitudes, que si Marta, la peque, va a hacer de Virgen María en la representación de Navidad, y así todo el rato. Como si nos importara. A Chema le parece que Maite no está mal para su edad, un poco llenita y prieta de carnes quizá, pero con cuarenta y algo tacos y dos niños, qué quieres. Le disturba un poco que se ponga a veces una falda ajustada, y ese escote que lleva, que le cuesta tanto no mirar. Imagínate, se dice, si yo fuera por la vida marcando paquete y con la camisa abierta, lo mismo. Ha habido ocasiones en las que la falda y el escote de Marta le han aparecido en la mente a Chema en la ducha del hotel de precio razonable, así que se puede decir que la conoce íntimamente, aunque sólo sea en su fantasía.

El problema es que cada vez que Maite cumple su papel de jefa con Chema, cada vez que le critica, cada vez que le manda que haga algo que no le apetece, éste siente una discordancia dolorosa entre la constante necesidad que tiene de mirarle al escote a Maite, por una parte, y su papel de subordinado por otra. Se siente emasculado y humillado, su imagen de ejecutivo masculino y viril por los suelos. Cuando Maite le reprocha algo, y aunque lo haga de manera sutil e indirecta, Chema se ve a sí mismo como un pobre currito, un *desgraciao*. Y no cualquier *desgraciao*, sino un *desgraciao* en la ducha del hotel, pensando en los contornos de Maite, su opresora.

Chema no sabe a qué se dedica el marido de Maite, pero sí sabe que tienen un piso grande en una zona buena, así que piensa que ganará bien, seguramente más que Maite, cuyo sueldo quizá ni siquiera necesiten mucho, o por lo menos ese es el caso en la fantasía de nuestro ejecutivo de poca monta. Este pensamiento, el

de que su jefa gane el sueldo secundario en su familia, que quizá ni siquiera haga mucha falta, también le deprime y emascula a Chema.

El "contrato" implícito entre el oficial y el soldado, que preservaba la virilidad y la auto-estima del soldado, no funciona en el caso de la relación entre Chema y su jefa. Ella es una mujer, así que no pueden compartir la complicidad de ser hombres. Ella es una mujer, así que Chema no puede proyectar su futura hombría, la que alcanzará cuando él sea el jefe de alguien, en la imagen de Maite. Ella es una mujer que ni siquiera necesita el dinero de su sueldo, según Chema, así que la hombría de él, la que el soldado tradicional habría encontrado en sus labores y valentía diarias, se ve devaluada por la presencia en la trinchera de una sargenta que está ahí de manera superflua, innecesaria, como quien decide irse de picnic. Ella es una mujer, así que también ha hecho otras cosas en la vida; ha tenido niños, por ejemplo, y sabe de colegios y de paperas y de clases de clarinete, lo que Chema piensa que devalúa aún más el papel de ambos en la empresa. Después de todo, si una mujer puede trabajar y tener niños, entonces el trabajar sólo es un aspecto de su vida, que por lo tanto no es terriblemente importante, desde luego no suficientemente importante como para justificar la metáfora de la trinchera. Si el ir a la oficina, o no ir, es algo opcional, entonces se trata de un hobby, no de la lucha heroica y masculina que Chema había imaginado.

El hombre se viste para esa lucha diaria con un uniforme sobrio y tradicional, apropiado para los rigores de la oficina (el traje) o del andamio (el mono). Se pone un reloj grande en la muñeca izquierda, como si se fuera a la luna o al fondo del mar, para resaltar el hecho de que su labor es dinámica y arriesgada. La mujer va al trabajo vestida con cosas bonitas y estampados florales, dándonos a entender que su manera de ver las cosas no es puramente funcional, y que valora cualidades intangibles y estéticas por lo menos tanto como lo meramente utilitario. Los fulares, estampados, y elaborados peinados que lleva Maite en la oficina le confirman a Chema su impresión de que ella no se toma su trabajo muy en serio, que para ella todo lo que no sean sus niños tiene una importancia menor y sólo relativa, y que en este contexto lo que pase en el trabajo esa semana es tan relevante como lo que vaya a leer en sus revistas de decoración, o con quién se vaya a

encontrar en la fiesta de la Primera Comunión de su sobrina.

El escote marcado y las ropas ajustadas de Maite confieren un mensaje complicado. Por una parte, le definen a Maite como un ente sexual, lo que contribuye a crear un cierto desequilibrio en la relación con su subordinado, ya que las ropas de Chema no le definen como un ente sexual, sino sobre todo funcional. Además, el escote y las ropas ajustadas son una llamada sexual que no se debe contestar, por lo menos en la oficina, y en el caso de Maite en ninguna otra parte. El escote está ahí para que se vea, pero no para que se mire. A Chema el ver pero no mirar le cuesta mucho.

He aquí otra trampa clásica de la supuesta supremacía masculina, que acaba siendo un problema no sólo para la subyugada mujer, sino también para el género "opresor": la constante sexualización de la mujer, incluso en ambientes en los que el sexo noviene al caso –como la oficina– convierte a mujeres inteligentes en objetos carnales. Esta sexualización sistemática, por lo tanto, disminuye a las mujeres, pero también es la causa de tensiones y conflictos innecesarios para los hombres, y entre los hombres. En vez de "des-sexualizar" el ambiente laboral, y en vez de adoptar como convención social el que ambos géneros se vistan de manera igualmente sobria para el trabajo, nos vemos en una situación en la que se espera de una mujer profesional que haga una presentación frente a sus colegas vestida de una manera que marque su cintura y su cadera, y mostrando sus piernas y escote. Al mismo tiempo, se espera de sus colegas masculinos que se concentren en las líneas del gráfico de ventas durante la presentación, y no en las líneas de su cuerpo. Demasiado complicado. Estos colegas seguramente están usando una buena proporción del lóbulo frontal de su cerebro para inhibir las imágenes libidinosas que les llegan desde esquinas más lóbregas y recónditas del mismo cerebro.

Es suficientemente difícil el tener que combinar los afectos y aversiones que sentimos respecto a nuestros compañeros en el trabajo con la necesidad que tenemos de llevarnos razonablemente bien con ellos, para que así nuestra vida laboral sea tolerable, o con suerte incluso agradable. Sumar el sexo a esta ecuación tan complicada nos puede poner las cosas demasiado cuesta arriba. Lo

malo es que la sexualización de la oficina fue idea nuestra, y por lo tanto creemos que fue muy buena idea. fuimos nosotros, los hombres, los que decidimos que nos complacía que nuestras compañeras fueran femeninas y sexy todo el rato, aún cuando estuvieran presentando las cifras de ventas del año, porque eso nos daba placer y nos alegraba el día. fue idea nuestra, pero fue una mala idea.

Una supremacía que le crea problemas al agente hegemónico es una supremacía mala para todos. En este caso, una posición dominante masculina que le pone al hombre en un sitio incómodo y mal adaptado es una supremacía que deberíamos rechazar, no sólo porque no queremos que un sexo domine al otro (la mayor parte de nosotros no nos vemos con ganas o capacidad de dominar sexualmente a nadie), sino porque este supuesto dominio sexual sencillamente no nos conviene. Nos viene mal. Como la "noche de ronda" de la canción, las tensiones sexuales en el trabajo no son buenas, hacen daño, dan pena, y se acaba por llorar.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
|---|---|
| Empeña su hombría en el trabajo | Empeña su valía y creatividad en el trabajo |
| Se ve mermado sexualmente si tiene una jefa | Su identidad sexual se basa en otras consideraciones |
| Confunde la jerarquía laboral con papeles de dominio sexual (si tiene una jefa) | Sabe que una cosa no tiene nada que ver con la otra, y además no le apetece dominar sexualmente a nadie |
| Va a la oficina a ligar | Liga en otras partes, si puede y si cuadra y si le apetece, y si no, no pasa nada |
| Le perturba la minifalda de su colega | Sabe que es una señal sexual equívoca que es mejor ignorar en ese contexto. |

## La subordinada

Las reglas y peligros en la relación entre el jefe y su subordinada no son menos complejos que las que afectan a Chema en su relación con Maite. La regla más obvia e inmediata aquí es que el inicio de cualquier tipo de interacción que se pudiera interpretar como acoso sexual está completamente prohibido. Dado que el jefe tiene poder sobre su subordinada, existe el peligro –muy real, ni que decir tiene– de que éste sienta la tentación de abusar

de ese poder. La razón por la que pensamos que el peligro de acoso sexual es mayor cuando el jefe es un hombre se debe a los atributos del comportamiento sexual masculino, es decir, al hecho de que esperamos del hombre que sea expansivo, incluso predatorio, en sus ambiciones sexuales. No esperamos lo mismo de la mujer, por lo que nos parece improbable que Maite le vaya a acosar a Chema. Así que Maite está relajada y este asunto no le quita el sueño, lo que es una ventaja.

Los tíos siempre han salido a la calle "a ligar". Tienen que encontrar pareja si no la tienen, o quizá incluso si la tienen ya. En ciertos sitios, normalmente meridionales, los tíos les echan piropos a las mujeres que pasan por la calle, a modo de extensión de su rol sexual. Según tal rol, los hombres se ven obligados a considerar a cualquier mujer como posible receptáculo de su *sex-appeal*. Pues bien, hay hombres que llevan esta disposición de "ligar" con ellos a dondequiera que se encuentren, la oficina por ejemplo. Los resultados pueden ser catastróficos, incluso cuando el hombre en cuestión piensa que se trata de algo inocente, y que la mujer sobre la que ha vertido sus encantos debe ser una lesbiana amargada por haber presentado una queja formal contra él.

**Si no triunfo, debe ser culpa mía**

No todas las tribulaciones del hombre en el trabajo se deben a que haya una mujer con falda ajustada en el cuartito de la fotocopiadora, donde por cierto hace mucho calor y por ello parece que los apetitos lujuriosos se sienten de manera más opresiva. También tenemos que enfrentarnos con el asunto del trabajo propiamente dicho, así como las jerarquías y la política de la oficina.

Ya hemos comentado que la hombría del subordinado no se ve amenazada por el hecho de ser un soldado raso en la trinchera, porque su valentía en el frente es tan viril como lo es la capacidad de mandar del General. Sin embargo, también hemos dicho al comienzo del libro que el hombre se define por lo que hace, así que su puesto en la jerarquía laboral tiene una importancia crucial en el

sostenimiento de su auto-estima.

Hace unas pocas generaciones, todos teníamos un puesto más o menos pre-establecido en la sociedad. Clase social y sexo dictaban muy rígidamente el trabajo que uno debía desempeñar. Hombres y mujeres aspiraban a tener papeles muy diferentes, ciñéndose a un patrón social en el que el hombre de clase acomodada se encontraba en una posición privilegiada, en la que sólo otros hombres de clase privilegiada se le podían subir a la chepa. Ahora España tiene una gran clase media, una población universitaria muy grande, y un grado de "movilidad social" bastante alto. En nuestra nueva sociedad "meritocrática", clase social y género no importan tanto ahora como importaban antes. Cualquier persona puede llegar a "ser alguien"[1].

En este punto, nos encontramos con una problema obvio: hemos dicho por una parte que vivimos bajo la tiranía de nuestros "papeles", que en el caso del género masculino nos impone el tener que conquistar y alcanzar, pero por otra parte esta tiranía, que es muy real, se ve imbuida en un ambiente social que ahora es mucho más fluido e impredecible de lo que era antes. La necesidad de cumplir nuestro "papel" masculino es imperiosa, pero el "papel" en sí es huidizo. Debemos "ser hombres", incluso cuando quizá no nos apetezca o convenga mucho, y a la vez tenemos que "ser hombres" en una sociedad más competitiva y agresiva, en la que el guión que uno debe seguir no está nada claro. Estamos sujetos a unas exigencias y expectativas que son parecidas a las que tenía el hombre tradicional, pero debemos satisfacerlas en un mundo más difícil, en el que el éxito viene determinado por parámetros más abstractos, más mudables, y menos precisos.

La novela *La insoportable levedad del ser* de Milan Kundera se desarrolla en los tiempos de la Primavera de Praga en el año 1968. Aquella primavera los checoslovacos quisieron inventar el "socialismo con una cara humana", independiente del bloque soviético, pero los tanques rusos invadieron las calles de la capital, restaurando así la ortodoxia comunista en el país. La protagonista sufre en esta novela la presión psicológica de tener que vivir con la incertidumbre de la vida occidental en Suiza, a donde se exila con su amante, y sobre todo la incertidumbre en su relación con él, un

médico a quien le gusta el sexo plural, abundante y desordenado, no sólo con su novia, sino también con su otra amante, así como con cualquier otra mujer que se le cruzara en el camino.

Este hombre no tiene problemas con la insoportable levedad del ser. A él no le importan los cambios y las incertidumbres, las relaciones fluidas, los puntos de referencia escurridizos. Pero a la mayor parte de los hombres (y mujeres) sí nos importa el "exceso de libertad", por llamarlo de alguna manera, y aunque suene un poco provocativo.

La libertad nos oprime. El tener que elegir, y por lo tanto valorar opciones y renunciar a ciertas alternativas, nos agobia. Nos dice la publicidad que debemos comprar un buen lavaplatos para así tener más tiempo libre; con ese tiempo libre podremos jugar con nuestra familia y nuestro perro grande a lanzarnos el *frisbee* en el jardín, para gran hilaridad de todos los participantes en el juego (excepto el perro). Pero el siguiente anuncio en la tele nos dice que lo que de verdad hay que hacer es comprarse un *i-pod* y bailar mucho, pero no dice nada acerca de lavar los platos. Tendremos que asumir que el dueño del *i-pod* ya tiene lavaplatos, y que es por eso que tiene tanto tiempo para escuchar música y bailar. El siguien te anuncio sin embargo es más solemne, recordándonos con un paisaje crepuscular y música serena que hay que empezar a ir pensando en hacerse un seguro de vida, porque la seguridad para tu familia es lo más importante. O la salud, según el siguiente anuncio. O el pasárselo bien, que son cuatro días, según los anuncios anteriores. Escuchamos un programa en la radio que nos asegura que la estabilidad espiritual es lo único que nos puede hacer felices, y que adhiriéndonos a una cierta filosofía oriental que combina el yoga con el comer dos kilos de fruta al día –para así evitar el estreñimiento, que es una cosa que intoxica mucho el espíritu– es la mejor manera de acceder a este tipo de felicidad. Sin embargo, el suplemento de fin de semana del periódico recomienda el dar la vuelta al mundo en tren como el mejor antídoto para las crisis de los cincuenta. Otro artículo recomienda el hacerse rico especulando en el mercado inmobiliario. O leer poesía. O el sexo gimnástico. O comer espinacas, que tienen mucho hierro, o vitamina B, no me acuerdo. Nos vamos así dando cuenta de que nuestra vida está llena de opciones y disyuntivas. Lo que quiere

decir que si te lo estás pasando mal, o si te aburres, o si te sientes vacío, o si no ligas mucho, o si estás gordo, es culpa tuya. La nuestra es la cultura del individuo, del consumidor. Todos tenemos el derecho y el deber de ser felices y tener éxito. El origen de esta filosofía consumista es americano, y el origen de este malentendido también lo es: se encuentra en la Declaración de Independencia Americana, que establece que todos los hombres tienen derecho, entre otras cosas, a *tratar de alcanzar la felicidad*, pero no dice que tengan derecho a *ser felices.*

Esta inflación de posibles alternativas vitales es más bien ficticia, por supuesto. Hay muchísimas opciones a las que uno en realidad no puede acceder, quizá por falta de aptitudes, o de dinero, o de juventud. O por exceso de responsabilidades, o de familia, o de hipoteca. Pero la idea permanece. La fantasía perdura.

Volviendo al tema central de este capítulo, el de los estreses y desafíos que encuentra el hombre de hoy en día en el trabajo, los excesos de aparente libertad y de expectativas que parecen infiltrar todos los aspectos de la sociedad actual tienen una influencia maligna en nuestra vida laboral, haciéndonos pensar que si no hemos conseguido un trabajo interesante y estimulante que nos permita comprar una casa grande de estilo colonial y vacaciones con nuestra familia en el Caribe, debemos haber hecho algo mal. Porque las oportunidades están ahí, si uno las sabe ver, o por lo menos eso es lo que se nos da a entender. Las posibilidades son inagotables: uno puede dedicarse a labores creativas, escribir música de cine, viajar a Manhattan de negocios, ser cantante de madrigales profesional, descubrir un tratamiento para la malaria, o desde un punto de vista un poco más mundano y menos específico, uno puede montárselo muy bien en general y ser así muy respetado y ganar mucho dinero. Es verdad, claro, pero no es estadísticamente probable. Y lo que es mucho más importante, ese éxito imaginario viene siempre definido por lo que no somos y por lo que no tenemos, así que nunca lo podemos conseguir. Por definición.

A decir verdad, este tipo de fantasía ejerce su perverso influjo quizá incluso de manera más tóxica en nuestras vidas emocionales y en nuestras relaciones sentimentales, que es algo que ya hemos

comentado en el capítulo sobre las relaciones, cuando describimos el fenómeno del hombre que huye de quien le persigue y persigue a quien le huye. Si el "objeto" es mío, sea éste un trabajo o una relación, no puede ser bueno.

El supuesto exceso de opciones afecta también a las mujeres, ni que decir tiene, pero si aceptamos la premisa que enunciamos provisionalmente al comienzo de este libro, la de que "el hombre es lo que hace", es decir, que el hombre se define a sí mismo con sus logros y con su estatus social, la consecuencia lógica es que el fantasma de verse a sí mismo como un fracaso laboral –alguien que no eligió de manera acertada o valiente en los momentos cruciales de su vida y de su carrera– es potencialmente más espantoso para el hombre que para la mujer. Digamos en seguida, para evitar malentendidos, que la filosofía de este libro es que esto no debería ser así, que el hombre debería poder definirse a sí mismo a través de dimensiones diferentes y no relacionadas necesariamente con el éxito en la lucha laboral, como su personalidad, su familia, sus intereses, su sentido del humor, el saber hacer un bacalao al pil-pil muy bueno, o ser hincha del Celta.

## Llegar a algún sitio

Pero la realidad es que con demasiada frecuencia los hombres pensamos que debemos "llegar a algún sitio", y que si no llegamos a ese sitio etéreo donde se huele el olor del éxito, hemos fracasado como personas. Cuando en generaciones pasadas el hombre hacía sencillamente lo que se esperaba de él, fuera esto el bajar a la mina, ir a la guerra, o labrar, su esperanza de vida era corta, pero su autoestima no se veía amenazada. John Wayne dijo en la película del Oeste titulada *Stagecoach* que *"a man´s got to do what a man´s got to do"*, que quiere decir que "el hombre debe hacer lo que el hombre debe hacer"[2]. Wayne sabía lo que debía hacer, y el campesino de la canción castellana que dice que tiene un hijo que será campesino, como él ha sido, tampoco tiene problemas de imagen personal o de tener que estimar las ventajas y los peligros de las alternativas que la vida parece ofrecer, muchas veces de manera engañosa.

Todavía sentimos que debemos hacer algo en el mundo que nos confirme como hombres, pero muchos de nosotros no sabemos qué. Una ocupación tradicionalmente masculina, quizá manual, pero sin ambiciones de estatus social, quizá no nos satisfaga como exponente de nuestra capacidad de lograr y conquistar, que como ya hemos comentado, son también atributos típicamente masculinos. Por otra parte, entrar en la "carrera de ratas" (como dicen en América) de la oficina, dando codazos a colegas de ambos sexos para ir avanzando en el escalafón, y seguramente quedarse a medio camino, quizá no sea la manera más adecuada de reafirmar nuestra virilidad. Combinar el éxito social con una ocupación eminentemente masculina y a la vez física, como ser futbolista de primera división, parece una buena solución. Buena, pero improbable, y además no muy duradera.

La mejor solución, y la más realista, es divorciar nuestra condición de hombre de nuestra ambición de tener un buen trabajo. Un buen trabajo que a poder ser nos dé satisfacciones y que nos entretenga, y que además no nos pague mal. En otras palabras, no debemos exigir del buen trabajo, que con suerte vayamos a conseguir, que además nos "realice" como hombres, porque eso no nos va a llevar a ninguna parte. Somos lo que somos, no lo que hacemos.

Y también debemos recordar que la inmensa mayor parte de las oportunidades que no hemos aprovechado en la vida, el hecho de que no somos un torero famoso, un piloto de fórmula 1, o nuestro cuñado, que se ha hecho una fortuna construyendo chalets en la costa, en realidad nunca fueron oportunidades reales. La vida nos lleva por derroteros en los que nuestra capacidad de elegir, en realidad, es bastante limitada. Cada vez que tomamos un camino, y no otro, un sin fin de ramas y afluentes del camino alternativo se pierden para siempre, incluso si los caminos en cuestión eran cercanos y paralelos. Acabamos siendo agentes de la propiedad, viviendo en Venta de Baños, y casados con Marisol, pero si hubiéramos ido a los Escolapios de pequeños en vez de a los Jesuitas, quizá hubiéramos acabado siendo agentes de seguros, viviendo en Venta de Cañete, y casados con Mari Cruz.

Así que no debemos permitir que las luces de neón nos

deslumbren. Sí es verdad que el mundo de hoy es más fluido y más complejo, y que en vez de tener que ganarnos la vida con una ocupación que nos venía pre-establecida por nuestra familia, género, y clase social, ahora podemos elegir entre opciones más diversas y quizá –por lo menos en algunos casos– más atractivas. Pero las oportunidades que en realidad nunca existieron (muchísimas, como decíamos antes) no nos deben importar, mientras que las que se han dejado por el camino –porque hay que dejar todas menos una por el camino cada vez que hacemos una elección– tampoco nos deberían quitar el sueño.

**El desempleo**

La novela titulada *Miau*, de Pérez Galdós, describe el drama de un hombre de mediana edad, funcionario en el Madrid del siglo XIX, cuyos servicios en el ministerio ya no son necesarios. Durante el transcurso de la novela, este hombre espera en vano que se le ofrezca un nuevo empleo en el ministerio. Este puesto tan anhelado nunca llega, pero esto no inhibe a su mujer, que continua yendo a la ópera todas las noches, y permanece principalmente preocupada por mantener las apariencias de su posición social. Él se debe humillar, pidiendo dinero a amigos y colegas, que ya empiezan a evitarle. Ella entretiene a su círculo social, organizando veladas en su casa cada dos por tres, a las que invita a todo su círculo de amigos. El problema del desempleo de su marido es un asunto masculino que le pertenece a él, no a ella ni a sus ambiciones sociales. La novela termina en tragedia.

La película francesa *El empleo del tiempo*[3] relata una historia parecida, excepto que la mujer en este caso sencillamente no sabe que su marido ya no tiene trabajo. Él sale de casa vestido con su traje y corbata y le dice a su mujer que va a estar de viaje de negocios unos días. Después vaga en su coche por las autopistas del país, pretendiendo tener conversaciones de trabajo en su teléfono móvil, o sentado en el hall de un motel de carretera, hasta que le echan a la noche, forzándole a dormir en su coche. El guarda de seguridad también le echa del aparcamiento. El desempleado con empleo ficticio existe en la vida real, y es algo que nosotros, los

psiquiatras, vemos algunas veces. Así de dolorosa puede ser la humillación del desempleo; tan intolerable que el que la sufre puede llegar a sentirse incapaz de comunicar a su familia, o quizá incluso confesarse a sí mismo, su condición de parado.

El desempleo es un desafío particularmente espinoso. Es muy difícil encontrar una lectura positiva en el hecho de que a uno no le quiera emplear nadie, y es también muy difícil encontrar una estructura en la rutina diaria cuando no se tiene un rumbo claro y cuando no se tiene dinero para gastar. Es difícil, en definitiva, no acabar creyendo que uno es lo que hace (lo que *no* hace, en este caso) cuando uno se ve inmerso en una pesadilla de vacío existencial, aburrimiento, y quizá incluso auto-desprecio.

Las tensiones sexuales en el cuartito de la fotocopiadora resultan muy frívolas, comparadas con la desdicha del desempleo, que a veces conlleva unas consecuencias económicas y psicológicas tan graves. Sabemos, por ejemplo, que los índices de suicidio en una población dada están relacionados con la tasa de desempleo en esa población, y que la relación que tiene el suicidio con el paro es más íntima y fiable que la que tiene el paro con cualquier otro factor, con la posible excepción de la cantidad de alcohol que se beba en esa población, que es algo que también influye bastante en las estadísticas de suicidios. Estar parado es malo para la salud, aun cuando no se llegue al extremo trágico del suicidio: los desempleados viven peor y se mueren más rápido que los que tienen empleo.

Resulta difícil razonar argumentos inteligentes sobre el desempleo. A Calvin Coolidge, presidente Americano durante los años veinte y hombre muy inteligente, sin ir más lejos, se le atribuye la célebre tontería: *"El que haya más gente sin trabajo hace que aumente el desempleo"*. Los pensadores de derechas le echan la culpa del paro a los gobiernos intervencionistas, mientras que los de izquierdas se la echan a las multinacionales. Las dos posturas son predecibles y no contribuyen en ninguna medida a remediar el drama personal del individuo que se ha quedado sin trabajo.

Pero aún en esta situación se debe persistir y perseverar, porque con el desempleo, como con tantos otros estadios vitales, el verbo *estar* cuadra mejor que el *ser*.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
| --- | --- |
| Cree que él es lo que hace | Sabe que él es lo que es, no lo que hace |
| Cree que tiene que llegar a alguna parte | Ya ha llegado a donde está, que seguramente no es espectacular, pero tampoco está tan mal |
| Cree que "el éxito" viene definido por lo que no ha conseguido alcanzar | "El éxito" no existe. Es una trampa. Sólo existen estados de relativa satisfacción |
| Piensa que si se hubiera casado con Mari Pili, en vez de con Consuelo, y trabajado con su suegro vendiendo piensos, para ahora ya estaría forrado. Además, Mari Pili estaba de muy buen ver. Consuelo no. | Piensa que menos mal que se casó con Consuelo, en vez de Mari Pili, cuyo padre era un pesado que sólo hablaba de piensos. Además, Mari Pili es un poco sosa. Es una de esas chicas que creía que con ser mona ya tenía todo hecho. Y ahora que está un poquito ajada con la edad, no le queda ninguna otra virtud que compense la falta de tirantez de sus carnes, ahora ya rendidas a las exigencias de la ley de la gravedad. Mientras que la personalidad más atractiva de Consuelo hace que sus generosas dimensiones parezcan voluptuosas, más que marchitas |
| Si no encuentra empleo, cree que ésa es su condición, que *es* un desempleado, y que su vida ha sido un fracaso | Si no encuentra empleo, piensa que *está* desempleado |

## Cambio de clima

La economía en el mundo occidental ha cambiado mucho en las últimas décadas. La manufactura de bienes en fábricas con chimeneas y con operarios se ha trasladado al lejano oriente, mientras que Europa y los Estados Unidos producen sobre todo servicios y alta tecnología. Esta es una de las razones por las que tanto hombres como mujeres han tenido la necesidad de adaptarse a unas condiciones en el mercado laboral que han cambiado tanto en los últimos veinte años como la misma estructura de la economía. Los cambios han sido muy positivos, pero también han acarreado desafíos. Cuando yo era un adolescente en mi Bilbao natal, la tasa de desempleo era enorme y la industria metalúrgica se estaba colapsando, pero las chimeneas, que todavía vomitaban humos de colores, seguían envenenando el aire con esos gases misteriosos que nos hacían llorar los ojos. Ahora el aire de Bilbao

está bastante limpio y la economía tiene muy poco que ver con la metalurgia. El desafío para el hombre en esta nueva economía es el saber cómo acomodar nuestras cualidades típicamente masculinas al clima actual.

Se espera del hombre que sea agresivo, lógico y racional, mientras que se dice que la mujer es intuitiva, emotiva, compasiva, y espontánea. El grupo de atributos femenino parece más idóneo que el masculino para el mundo de hoy, en el que hacemos dinero vendiendo vacaciones en playas tropicales o diseñando anuncios de televisión, y no fabricando tuercas.

Este grupo de atributos también le parece a la mente actual más maduro, más flexible, más "orgánico" que la fría racionalidad masculina. Lo contrario de lo que pasaba en el mundo tradicional, en el que la filosofía clásica de Descartes nos decía que nuestra visión de nosotros mismos, así como de la naturaleza y de todo lo que nos rodea debe ser sobre todo racional. A partir del Renacimiento construimos en Occidente una civilización basada en la ciencia y en la razón. La importancia de la razón se vio particularmente ensalzada en los tiempos de la Ilustración, que dio paso a la revolución industrial, origen del desarrollo económico occidental. Pues bien, esta razón y lógica, tan masculinos, están un poco de capa caída últimamente.

O eso se nos da a entender. La verdad es que la lógica, desde el momento en que se inventó hasta el día de hoy, nunca se ha pasado de moda. No hay nada que pertenezca más a nuestros tiempos que la informática, que es algo que exuda lógica pura y dura. No obstante, sí sería buena idea el reconocer que una racionalidad humana, templada y moderada, o sea, un poco más femenina, muchas veces es más efectiva que la razón cruda y bruta.

En términos prácticos, y ciñéndonos otra vez al tema central de este capítulo, será más probable que nos vaya bien en el trabajo si además de hacer cuentas y diseñar estrategias también adoptamos algunas de las prácticas que vemos como más femeninas, como por ejemplo el establecer relaciones y alianzas con colegas, o hablar de nuestras familias con quien nos quiera escuchar, o en definitiva hacernos querer un poco más. Incluso si nos quedamos encerrados en la oficina diseñando estrategias, éstas

serán más efectivas si tienen un elemento humano.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
| --- | --- |
| Todavía se cree el mito de los años ochenta del ejecutivo agresivo (Richard Gere antes de enamorarse de Julia Roberts en *Pretty Woman*, o Michael Douglas en *Wall Street*) | Se da cuenta de que el calor humano llega muy lejos |
| Habiendo asumido la imagen del ejecutivo agresivo de los ochenta, piensa que el sublimar su virilidad en el trabajo consiste en llevar gomina en el pelo, tirantes, y chaquetas con hombreras grandes, beber mucho champán para celebrar que algo ha salido bien, ser muy agresivo con sus colegas y jurar mucho en voz alta, comprarse un Porsche con dinero que ni tiene ni tendrá, y pellizcarles el culo a sus compañeras, mientras les propone un fin de semana ilícito de sexo disoluto y desenfrenado en un refugio de turismo rural en la montaña, que además tiene un precio muy arregladito, que es algo a tener en cuenta, porque también tiene que pagar las letras del Porsche y todo ese champán | También se da cuenta de que los ochenta se acabaron hace mucho tiempo. La agresividad, sea ésta ejecutiva o de otro tipo, está un poco pasada de moda. La virilidad en el trabajo se puede expresar, si de verdad hace falta expresarla –que es algo debatible–, de manera más sutil |
| Desdeña cualidades femeninas como el saber cómo formar alianzas y relaciones, o cómo presentar las cosas de manera bonita | Sabe que necesita cualquier habilidad y aptitud que le pueda ayudar en sus rigores laborales diarios |

Dijo Mark Twain que el trabajo es un mal necesario que debemos evitar. Nuestro trabajo a veces nos hace sentirnos como aquellos personajes del infierno de Dante, que deben empujar piedras pesadísimas en una dirección, conscientes de que otros habitantes del infierno deberán después empujar las mismas piedras en la dirección contraria, y así indefinidamente. Pero es improbable que hoy en día la metáfora de la trinchera, tan masculina y dramática, le cuadre bien a nuestra vida laboral.

El hombre de hoy comparte poder y prestigio con la mujer, pero también comparte con ella la responsabilidad de ganar dinero y de “llegar a algún sitio” (aunque el lector atento recordará que en realidad no hay que llegar a ningún sitio en particular). El hombre de hoy debe procurar evitar que el competir y el alcanzar le lleven

a la tumba demasiado joven, y debe tener prioridades y valores más maduros y mejor adaptados al entorno actual.

Encuentra un trabajo que te guste, y añadirás cinco días a cada semana, dijo H. Jackson Brown Jr., autor de nombre complicadísimo, mientras que Margaret fuller nos recordaba ya en el siglo XIX que en nuestro empeño de ganarnos la vida no se nos debe olvidar vivir.

1. En América, se les enseña a todos los niños en la escuela que cualquiera de ellos puede llegar a ser presidente. Es una expresión de orgullo por su tradición republicana, en la que no hay que tener sangre real para llegar a ser jefe de estado. La realidad es muy diferente. Si uno nace en "el lado malo de las vías del tren" en Los ángeles o Nueva Orleans, es improbable que uno incluso llegue a aprender a leer, que es una cosa que haría falta en la Casa Blanca.
2. Mi padre solía contar que él conocía un campesino vasco que decía en su castellano peculiar (traduciendo literalmente del Euskera) algo parecido, pero que no se refería exclusivamente al hombre: *"lo que hay que haser, haser hay que haser"*.
3. Dirigida por Laurent Cantet en 2001.

# 8

# LA SALUD MENTAL

**Revistas de decoración en la consulta del psiquiatra**

Trabajando en psiquiatría, uno ve muchas más mujeres que hombres. Las salas de espera de las clínicas psiquiátricas suelen tener muchas más revistas de decoración y del corazón que revistas de coches o de fútbol. Las mujeres se deprimen más, o eso nos dicen los libros de texto, y la depresión es el problema psiquiátrico más frecuente, con mucha diferencia. Así que no es de extrañar que las clínicas psiquiátricas tengan más mujeres que hombres entre sus pacientes. En la psiquiatría geriátrica (de ancianos) la diferencia es incluso más marcada porque hay más mujeres que hombres sobrevivientes en ese grupo de edad.

Este exceso de mujeres deprimidas nos puede dar la impresión de que los hombres no se deprimen y que en general les tiende a ir bastante bien psicológicamente. Que es algo que se encuentra muy lejos de la realidad.

Para empezar a entender lo que le pasa al hombre deprimido lo primero que hay que hacer es visitar la consulta del médico de cabecera, o la del ambulatorio (una clínica que no tenga nada que ver con huesos rotos, corazones débiles, o cáncer de pulmón, que son cosas que afectan mucho a los hombres). Lo primero que se nota es que, como en la clínica psiquiátrica, hay más mujeres que hombres en la sala de espera, que también tienen muchas más revistas de decoración que revistas de fútbol. A las mujeres les parece natural que una deba ir a ver al médico si tiene un problema de salud. La consulta quizá comience con la mujer comentando un dolor sordo en la espalda, y progrese hacia la falta de apetito y libido, insomnio, bajos niveles de energía e interés, sentimientos de ansiedad, así como el hecho de que últimamente

nunca consigue pasárselo bien con nada. Todos estos síntomas lógicamente le harán concluir al médico que esta mujer está deprimida. Pero para que pase esto, la mujer, antes que nada, debe estar en la consulta del médico, no en el bar, que es donde quizá se encuentre su equivalente masculino.

A ese hombre, el del bar, que probablemente también está deprimido, no le gusta ir al médico. Se quejará del mismo dolor sordo en la espalda, que procurará aplacar con paracetamol y con ginebra. Estará de mal humor todo el rato, extrañamente desinteresado en lo que ha hecho el Madrid contra el Deportivo, irritado con su mujer, y sentirá unas ganas de llorar muy raras, que no sabrá cómo explicarse a sí mismo. Pero puede que la posibilidad de estar deprimido ni siquiera le pase por la cabeza. Eso no le pasa a un hombre.

El problema subyacente es la manera en la que mucha gente en general, y muchos hombres en particular, perciben la depresión y los problemas de salud mental: no como una cuestión de salud, sino como una expresión de falta de fortaleza, de vigor vital, de valentía. Y éstas son cosas que al hombre, sea tradicional o moderno, no le deben faltar. La botella, o el hacerse inaccesible y solitario, son opciones más atractivas, porque son más congruentes con la necesidad del deprimido de seguir sintiéndose hombre.

Lo que no deja de ser irónico, en realidad. Beber, o retirarse del mundo, es mucho menos valiente que el decirse a uno mismo "estoy deprimido", porque beber es evitar, suprimir, mientras que reconocer la depresión es encarar la vida. En otras palabras, y paradójicamente, ir al médico cuando uno está deprimido es la manera de demostrar que uno tiene nervio y coraje, mientras que el quedarse en una esquina, dándole al frasco y de mal humor, es la alternativa menos valiente.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
| --- | --- |
| Piensa que estar deprimido es cosa de maricas | Sabe que la depresión no tiene nada que ver con cuestiones de fortaleza moral o de virilidad |
| Cree que si se siente uno triste, uno debe "tirar para *alante*" como sea, como un hombre, y sin molestar a otros | Se da cuenta de que un profesional puede ayudar con los problemas de depresión |

| | |
|---|---|
| A veces hay que beber un poco más para soportar la presión y los estreses de la vida | Le han informado de que el beber más de lo normal puede ser un síntoma de depresión, y de que el alcohol es un agente depresor muy poderoso, o sea, que te deprime todavía más |
| Está irritable y distante con su pareja, pero piensa que es ella [illegible] le aguante cuando se encuentra triste | Quiere proteger su relación con su pareja, así que buscará posibles soluciones para su depresión |

## Dolores atávicos

La observación objetiva del sufrimiento humano revela un hecho curioso: parecemos sentirnos orgullosos del tipo de sufrimiento que creemos que es típico de nuestro género. Hay muchas mujeres, por ejemplo, que encuentran alivio para su dolor en la creencia de que están sufriendo lo que debe sufrir una mujer, que la pena que le dan los largos silencios de su marido, los sofocos de su menopausia, o su falta de tiempo libre, son cosas de mujer, y que son por ello como una seña de identidad, algo que la define y ayuda a identificarse con otras, a ser parte de un grupo. El dolor de este grupo es algo atávico, antiguo, y noble, algo de lo que una puede estar orgullosa. Pensando en esta cosas le vienen a uno a la mente imágenes de mujeres indias pariendo solas en el bosque, y sin gritar, claro, o de mujeres vestidas de negro en una obra de Lorca.

El dolor del hombre también es antiguo y noble. Es el dolor de la guerra, del arado, del metro a las ocho de la mañana. Casi lírico. Pero hay que recordar que sólo debemos sufrir lo estrictamente necesario (y después sublimar ese sufrimiento para poder verlo como algo que nos ennoblece –si tenemos que sufrir, mejor que sirva para algo–). Es decir, es posible que nuestras labores masculinas nos hagan sufrir, y que a veces no podamos evitar el tener que soportar ese sufrimiento, pero no debemos aceptar el dolor de una depresión resignadamente, porque éste es un dolor potencialmente evitable.

Si está uno deprimido, es probable que haya factores en la vida de uno que estén contribuyendo a esa depresión. En la psiquiatría clásica existía una categoría de la que ahora ya no se habla mucho, llamada “depresión endógena”. El adjetivo

“endógena” quiere decir que viene de dentro, o sea, que tiene la capacidad de emerger por sí misma, sin que le haga falta que le ayude el que al individuo en cuestión le haya ocurrido una desgracia, o que su vida sea un espanto crónico. Se pensaba, y muchos siguen pensando, que la verdadera causa de este tipo de depresión es la predisposición biológica, temperamental, o genética del paciente. Nada que ver con factores externos, vaya. Su contrapartida era la “depresión exógena”, provocada por eventos e infortunios de cualquier tipo.

La verdad es que es imposible saber en qué medida un factor determinado está contribuyendo a crear o mantener un estado depresivo. Es verdad que hay factores temperamentales o genéticos que pueden ser significativos para un paciente dado, pero todavía estoy por encontrar en mi práctica psiquiátrica un caso de depresión que se pueda aislar nítidamente de su entorno familiar, laboral, y de relaciones. Incluso si admitiéramos que existe la depresión que sale enteramente de dentro, todavía deberíamos reconocer que incluso esa depresión se expresa fuera, en la vida del individuo.

Así que si estamos deprimidos quizá nos haga falta re-evaluar la manera en la que vemos nuestras vidas y nos vemos a nosotros mismos, o el modo en el que pensamos, o trabajamos, o queremos. La psicoterapia, que es la “cura de hablar”, puede ayudar en esa re-evaluación.

Los hombres tienen menos apoyo social que las mujeres, y éste es un factor de riesgo que les expone a desarrollar sentimientos de depresión. Ellos piden ayuda y confían sus sentimientos con menos frecuencia que ellas, y lo hacen con un número menor de personas que ellas. Ésta podría ser por lo tanto una área que deba examinarse en el curso de la terapia. Es posible que estemos atrapados en un estilo de vida en el que el trabajo lo ocupa todo, sin dejar espacio para la familia, o el pasárselo bien. Aunque para ser sinceros, esto último es un poco tópico y cliché, la verdad. Quizá sea más importante si este hombre que está trabajando todo el rato disfruta haciéndolo o no, y si su familia le va a seguir tolerando que no aparezca en casa a la hora de cenar. Si él se lo pasa bien –hay a quien le gusta la adrenalina de la concentración

continua, y para quien la única alternativa sería un estado de perplejidad–, y a su familia también le parece bien, entonces quizá no haya necesidad de un cambio de estilo de vida muy dramático, siempre que él haga un hueco para ver a los críos de vez en cuando.

Ya hemos comentado que el hombre casado se muere más tarde que el soltero, que probablemente ha tenido que sufrir niveles más altos de soledad y de estrés en su estado civil. La soltería, parece ser, es menos satisfactoria fisiológicamente que el matrimonio, o por lo menos eso es lo que piensan nuestros cuerpos. En el caso del hombre, esta relación estable extiende su papel protector a la salud mental. Así que una de las maneras en las que podemos disminuir el riesgo de llegar a deprimirnos es haciendo una cosa que casi todos nuestros antepasados hicieron durante siglos, aparentemente sin mayores dificultades: casándonos. Hay que reconocer sin embargo que el deseo de proteger nuestra salud mental de modo genérico e inespecífico no es una razón para casarse particularmente romántica, y sería aconsejable por lo tanto no incluirla en la propuesta de matrimonio, o en una tierna y apasionada declaración de amor (“*Cariño, me gustaría casarme contigo para así poder gozar de las ventajas fiscales de ese estado civil, así como del papel profiláctico que ejerce el matrimonio en materias de regulación del estado de ánimo y estabilidad emocional”)*. No creo que funcione. Mejor atenerse a una fórmula más tradicional.

**Soy muy aburrido**

Con frecuencia el hombre deprimido tiene problemas de autoestima, y mantiene maneras de pensar acerca de sí mismo y su vida que perpetúan su desprecio a sí mismo y su miedo al futuro. Me explico: los seres humanos tendemos a fijar puntos de referencia en nuestra visión del mundo, que si nos descuidamos un ratito se vuelven absolutos e inamovibles.

Pensamos por ejemplo que es obvio que uno debe ser de derechas, o que uno debe ser de izquierdas, o que el garrote vil sería la mejor manera de acabar con el problema del crimen. Un

sudafricano de ultraderechas quizá crea en la supremacía de la raza blanca, mientras que un musulmán fundamentalista puede estar convencido de que lo que le hace falta al mundo es una guerra santa contra el infiel. Si nuestras creencias no se ven contrastadas y desafiadas por otros puntos de vista, quizá porque los que nos rodean en nuestro entorno inmediato también las comparten, nuestro cerebro las acaba fijando en la mente, como si estuvieran atornilladas a la base del cráneo.

Pues bien, si uno lleva mucho tiempo sosteniendo la creencia, por ejemplo, de que "la gente me encuentra aburrido", uno evitará situaciones sociales en las que uno deba ser entretenido y ameno. O sea, este hombre no irá a fiestas, y en general le costará mucho salir de casa. Quizá sus amigos le hayan dicho desde que tenía quince años que él es muy aburrido. Quizá le hagan el chiste cada dos por tres de echarse a roncar, en broma, cada vez que abre la boca. Pero también dicen que le quieren mucho y que estas bromas son cosas de amigos. Él nunca intentó tener amigos diferentes, claro; no podría, porque él es muy aburrido y nadie le querría como amigo.

Pero el caso es que este hombre, en realidad, no es particularmente aburrido. Es verdad que no sabe contar chistes, y que su voz es un poquito monótona, y que a veces se extiende un poco demasiado cuando se pone a describir lo último que le ha pasado en el trabajo, o el portafolio de seguros de vida que él representa. Pero también es verdad que este hombre sabe muchísimo de música antigua, que es una cosa muy interesante para algunos. Para mí, por ejemplo. Es una pena que nunca hable de música, asumiendo que el hacerlo acentuaría su reputación de persona muy aburrida, y que cuando sí habla de música, lo haga en voz baja, casi entrecortada, y se calle muy rápido, o pase a comentar otra vez su portafolio de seguros de vida. Sus amigos ya están roncando, dicen que de broma.

Objetivamente, la música renacentista no es necesariamente más aburrida que el fútbol como tema de conversación. Pero las experiencias previas del hombre de nuestro ejemplo le han convencido de que el asunto de su afición por la música antigua no es sino una faceta más del tedio que él tiende a inducir con su compañía. En el trabajo él también ha asumido una personalidad

aburrida –la que él cree que le corresponde–, así que se ocupa de asuntos que a nadie más le interesan, y procura no posicionarse en relación a temas que puedan despertar opiniones encontradas. Vaya, que es muy aburrido. Incluso ha desarrollado un pequeño tic, que consiste en empujar el puente de sus gafas repetidamente con su dedo índice, subiendo su ceja izquierda un poquito al mismo tiempo. Es un poquito gordo, pero no mucho; un poquito bajo, pero no mucho; y gana un poco menos dinero que algunos de sus amigos, pero no mucho menos. No hay nada que le distinga. Hay veces que su nombre ni siquiera se encuentra en la lista de personas que atendieron una reunión en el trabajo, a pesar de que él sí estuvo allí, todo el tiempo, sentado, sin decir nada, para no contrariar a nadie.

Este hombre tan aburrido no es feliz. El trabajo le estresa porque siente que nadie le toma en serio y porque sabe que no tiene ninguna posibilidad de ascender en el escalafón. Los chistes de sus amigos le entristecen. No lo dice, pero le entristecen. No tiene relaciones con chicas, y eso también le entristece. La tristeza continua, y la muerte repentina de su madre, con la que vivía, han terminado por deprimirle, tanto que ahora está de baja, viendo la tele en casa todo el rato, sin verla.

El médico le ha dado un antidepresivo, que él está tomando sin mucha fe. Ha empezado a fumar otra vez, después de haberlo dejado hacía tres años.

Dijo Víctor Hugo que la melancolía es el placer de sentirse triste. Pero no hay placer en la melancolía, o por lo menos no lo hay en la verdadera melancolía, que es dolorosa y urgente, como la depresión que Winston Churchill llamaba su “perro negro”.

El antidepresivo es probable que le ayude, sobre todo si está durmiendo mal o ha perdido el apetito, pero este hombre tan aburrido también necesitará psicoterapia para recuperarse. El tipo de terapia que más se usa hoy en día para este tipo de problema se llama Terapia Cognitiva. La palabra “cognitiva” está relacionada con la palabra “conocer”, en el sentido de saber, o pensar, y en este contexto se refiere a la necesidad que tiene el individuo deprimido de cambiar la manera en la que él “conoce” el mundo y “se conoce” a sí mismo.

Por ejemplo, la Terapia Cognitiva le dará a conocer, poco a poco, que él no es tan aburrido como piensa, ni mucho menos. Tiene cosas muy interesantes que decir sobre el desarrollo de la música polifónica en Europa, sin ir más lejos, o acerca de los diferentes tipos de orquídea salvaje que uno puede encontrar en climas templados, que es otra cosa que le apasiona.

Este hombre también habla con mucho cariño de su madre, y de qué poco le costaba tolerar sus manías, dando a conocer en el proceso una capacidad de querer que es generosa, profunda y tierna.

La terapia le ayudará a verse a sí mismo en una luz diferente, mucho más positiva. Esto a su vez mejorará su confianza en sí mismo, de tal manera que un día quizá se atreva a decir una cosa un poquillo polémica en una reunión en la oficina, y ese día sus compañeros se darán cuenta por fin de que ese bulto un poquito calvo que se sienta siempre en una esquina en silencio tiene un nombre, que en esa ocasión sí se encontrará en la lista de asistentes a la reunión. Cuando otro día le toque sentarse al lado de una chica en la cena de Navidad de la Sociedad Levantina de Amigos de las Orquídeas Salvajes Europeas (es la hermana del Presidente; a ella no le llaman la atención las orquídeas, pero le ha ayudado a su hermano a organizar la cena), este hombre probablemente consiga mantener una conversación con ella. Y lo que es más, si ella no muestra mucho interés, nuestro hombre quizá incluso llegue a pensar que es *ella* la que es aburrida, no él, tal es la confianza en sí mismo que la terapia le ha ayudado a cultivar.

**Conclusión trágica**

La depresión masculina es un problema serio, que concluye trágicamente en suicidio con bastante más frecuencia que en el caso de una mujer deprimida. Quizá no sea de extrañar que un hombre que siente que no alcanzar ciertas metas significa "fracasar", que además piensa que el haber "fracasado" en sus empeños quiere decir que él es un fracaso como persona, y que cree que los psicólogos y las pastillas para los nervios son cosas de

mujeres, vea el suicidio como la única salida posible para su tormento. Si además a este hombre le gusta hacer las cosas de manera física y tangible, sin contemplaciones y sin andarse por las ramas, que también es muy masculino, quizá cumpla su cometido ahorcándose, o pegándose un tiro con su escopeta de caza, en vez de tomar una sobredosis, que es lo que normalmente haría una mujer, y que es comparativamente menos probable que tenga un desenlace fatal.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
| --- | --- |
| Piensa que el no haber alcanzado ciertas metas significa que “ha fracasado” | Piensa que el no haber alcanzado ciertas metas significa que las metas seguramente no eran realistas |
| El haber “fracasado” en ciertas áreas significa que él es “un fracasado” como persona | El haberse marcado metas no realistas naturalmente quiere decir que no se le da muy bien el marcarse metas, pero nada más |
| Ya que ha fracasado, lo único que le queda por hacer es entrar en un estado de desesperación y angustia, en la soledad de su fracaso | El saber que se le da mal el marcarse metas no le lleva a la desesperación, pero sabe que de cualquier manera podría pedirle ayuda a su médico de cabecera si se encontrara deprimido |

## También tenemos más esquizofrenia

Los hombres y las mujeres son, como media, igualmente inteligentes. Todo el mundo sabe que el cerebro femenino es un poquito más pequeño que el del hombre, pero en nuestras conversaciones con ellas no se lo tomamos en cuenta y apenas se lo recordamos. La verdad es que esa diferencia de tamaño no parece cumplir una función intelectual apreciable. Lo que también es verdad es que la curva estadística de la capacidad intelectual del hombre es un poco más plana que la de la mujer. Me explico: más hombres que mujeres tienen muy poca o mucha inteligencia (los extremos bajitos, cercanos al cero, a la derecha, y también a la izquierda de la curva estadística, donde están los coeficientes más bajos y los más altos), en relación al segmento mayoritario compuesto por individuos que tienen una inteligencia normal (la porción central de la curva, más alta y gorda, porque contiene más

gente).

El hecho de que haya más hombres con muy poca inteligencia está asociado con una serie de problemas de salud mental que afectan proporcionalmente más a nuestro género. Me refiero a las minusvalías intelectuales, pero también a enfermedades psiquiátricas como la esquizofrenia, que muchos psiquiatras pensamos que aparece como resultado de un desarrollo imperfecto del cerebro, y que por lo tanto se acompaña de defectos intelectuales importantes.

La esquizofrenia es una enfermedad mental seria, que requiere medicación y mucha atención psiquiátrica. Afecta más a los hombres, y se caracteriza, entre otras cosas, por el hecho de que el que la sufre no entiende el mundo, y por lo tanto no se puede comunicar con él. A pesar de lo que nos dicen las películas, la esquizofrenia no le convierte a uno en un ser peligroso (a veces sí, pero es raro), y no le desdobla la personalidad a nadie. Pero sí genera mucho sufrimiento. Hay que recordar sin embargo que la esquizofrenia es tratable, y que, con la ayuda del tratamiento, normalmente es posible ayudar al paciente con esta enfermedad a que lleve una vida relativamente normal.

Así que tenemos más problemas con la inteligencia, más esquizofrenia, y nos suicidamos más. Está claro que deberían poner más revistas de coches y de fútbol en la sala de espera del psiquiatra.

# 9

# EL HOMBRE EN EL MUNDO

Kathleen Parker, la escritora americana, lamenta en su reciente libro[1] que nuestra cultura haya negado la masculinidad, que hoy en día o bien se caricaturiza, o si no se ignora. También dice Parker que sólo creerá que hombres y mujeres son de verdad iguales el día que las mujeres digan: "*No, cariño, quédate en la cama, ya iré yo a ver qué es ese ruido*".

No es verdad que los hombres y las mujeres sean iguales, y no es deseable que lo sean. Es deseable que tengan derechos iguales y que su estatus social sea igual. Pero de la misma manera que la emancipación femenina no se alcanzó a través de la masculinización de la mujer, la feminización del hombre tampoco produciría ningún beneficio. Nuestro objetivo no debería ser el hacer ambos sexos más andróginos, sino que tanto hombres como mujeres se beneficien en su conjunto de los atributos que caracterizan a cada uno de los sexos. Después de todo, esa es la razón por la que somos seres sociales, para que así todos podamos hacer uso del ingenio y de las virtudes de cada uno de los individuos que se encuentran en nuestro grupo social. Exigir a los hombres que adquieran facultades femeninas y a las mujeres que sepan ser más viriles es como exigir que un carpintero sepa cómo componer música, o que un compositor desarrolle una cura para el cáncer en su tiempo libre. No es imposible, pero es innecesario e ineficaz, y por lo tanto no deseable.

Debemos comportarnos como hombres, que es lo que nos sale de manera natural, aunque como hemos ido viendo a lo largo del libro, debemos ser hombres *bien adaptados*, y usar nuestras características masculinas para nuestro beneficio y felicidad, y para el beneficio y felicidad de los que nos rodean.

Hemos recorrido en el transcurso de este manual la lista de creencias y comportamientos mal adaptados que muchos creen que un hombre macho y viril debe observar y llevar a cabo. Se encuentran en esa lista las tendencias agresivas y solitarias, los hábitos sexuales predatorios, la necesidad de competir y de llegar a "algún sitio" en la vida, y el embotamiento de las emociones. Hemos argumentado que estos comportamientos y creencias –en gran parte aprendidos, más que genéticos– nos roban la felicidad. Pero ahora debemos recalcar que una reacción pendular hacia el extremo opuesto, que es lo que abogan algunos, tampoco resolvería nada. Un "nuevo hombre" emasculado, que deja el consejo de administración o el coche de carreras para poder cambiar pañales y tomar infusiones en la terraza de un café con amigos andróginos, sería una parodia grotesca del hombre moderno y bien adaptado. Empecemos con las manifestaciones emocionales, y más específicamente el llanto, porque una de las cosas que se espera de manera muy particular del hombre moderno –ese tipo andrógino que se está tomando un cortado en la terraza– es precisamente que sepa llorar y que esté "en contacto con sus emociones".

## Llorar

Un estudio en Penn State University concluyó que cuando un hombre llora lo percibimos positivamente porque pensamos que está expresando sus emociones, mientras que si una mujer llora, creemos que ha perdido el control. Hay quien argumenta[2] que un político se puede permitir derramar alguna lágrima ocasional, por lo menos en América, para así mostrar que está sintiendo una emoción incontenible que le emana de lo que está diciendo, o de recordar a los caídos en la guerra mientras deposita una corona de flores, pero que una política (mujer) no debe llorar nunca, ni poco ni mucho, porque si lo hace, el público pensará que está descontrolada, o que es un poco histérica. Sin embargo, Hillary Clinton ganó una elección primaria, que todo el mundo pensaba que iba a perder, después de llorar un poquitín delante de las cámaras la noche anterior.

En cualquier caso, una cosa es dejar escapar una lágrima

solitaria que se deslice sobre nuestra mejilla, mostrando así el aspecto humano y emocional de nuestra masculinidad, y combinar esta lágrima con una mirada intensa y pensativa, y otra cosa muy diferente es llorar a moco tendido, con lamentos ruidosos, sollozos desgarrados, y babas. Debe uno reservar este tipo de expresiones para las escasísimas ocasiones que merezcan tales manifestaciones de desconsuelo. La lágrima única con la mirada intensa no estarían fuera de lugar en la cara de James Bond, pero el moqueo descontrolado es mejor llevarlo a cabo en privado.

Hasta hace no mucho, veíamos cualquier modalidad de llanto público como algo de plañideras, o de culturas muy meridionales. Ahora sin embargo los futbolistas lloran cuando fallan un penalti, los concursantes en la tele se pasan programas enteros llorando, y como ya hemos visto, a los políticos también se les entrecorta la voz y se les humedecen los ojos cuando enuncian las virtudes de su patria, o incluso cuando sencillamente creen que van a perder una elección primaria. Se diría que ya todo el mundo llora en público, y sin reparos. En este contexto, parece natural que el hombre moderno le imite al futbolista y se eche a llorar cuando tiene un contratiempo. Pero, como decíamos, es mejor ahorrar el llanto y sólo recurrir a él cuando la ocasión lo merezca, y hacerlo sólo en privado, por muy hombre moderno que uno sea.

### *Metrosexual*

Esta expresión se acuñó hace poco, y es una combinación de las palabras "metropolitano", porque este tipo de *nuevo hombre* es muy urbano, y "homosexual", porque ha adoptado algunos de los valores y maneras de vestir que antes se consideraban estrictamente homosexuales. Pero el "*metrosexual*" puede tener cualquier orientación sexual, y de hecho se puede presentar a sí mismo como muy macho. En cualquier caso, debe ir a la última y prestar mucha atención a su apariencia. También debe ir mucho de compras, y sólo llevar prendas de firma. Su corte de pelo obedecerá los últimos dictámenes de la moda, y seguramente llevará joyas y pendientes que repelerán intensísimamente a su polo opuesto, que ahora se define como el hombre *"retrosexual"*. El *retrosexual*, en

cambio, en su lamentable austeridad masculina tradicional, no ve la diferencia entre un par de *adidas* y unos zapatos italianos puntiagudos, entre una corbata de toda la vida y la corbata de nudo gordo que se estila ahora, no necesita llevar gafas de sol de diseño en lugares cerrados, o el *bluetooth* colgado de la oreja a todas horas, le parece que llevar el pelo –a propósito– como si uno acabara de salir de la cama es feo, y ni siquiera le ve la gracia al Audi TT. Una pena, piensa el *metrosexual*.

El *metrosexual* como modalidad de *nuevo hombre* no nos debe quitar el sueño, porque sencillamente no es nueva. Antes se les llamaba *dandis*, que es algo que se inventó en Inglaterra a finales del siglo XVIII. Oscar Wilde, a quien comentábamos antes, fue un dandi notable. Los dandis tenían que vestir de manera muy refinada y hablar con mucho ingenio. Eran, en cierto sentido, afeminados, pero en aquella época no existía la posibilidad de ser abiertamente *gay*, como bien demuestra lo que le ocurrió a Wilde. Para alivio del hombre sin tendencias de este tipo, ser un dandi no es algo a lo que uno deba aspirar para lograr ser un hombre moderno. De hecho, la palabra "dandi" sigue teniendo connotaciones negativas, que quizá nos podríamos permitir transferir al *metrosexual* de hoy en día: sirva como ejemplo el hecho de que el procesador de palabras en el que se están escribiendo estas líneas piensa que dandi es sinónimo de petimetre, lechuguino, y pisaverde.

Si el modelo del "hombre nuevo" llorón, emasculado, y *metrosexual* no nos sirve, entonces ¿cómo debemos reaccionar a las acusaciones del feminismo? Ya hemos establecido con creces que el hombre tradicional está obsoleto, así que no podemos recurrir a él. Resulta inútil esperar que *Él* –ese hombre de edad incierta y origen aún más incierto– nos aparezca en escena para defendernos de las amenazas que nos acechan, sólo, misterioso y taciturno, tras haber cabalgado todo el día.

El movimiento de protesta masculino contra la agresión y las acusaciones del feminismo ha sido torpe y tosco. Este macho acosado ha desarrollado una cultura de chauvinismo masculino, que como todos los chauvinismos es un poco defensivo, paranoico, y folclórico: en vez de fomentar lo que es bueno y productivo en la

masculinidad, promueve la agresión y la misoginia. En vez de celebrar la virilidad sin más, estos machos mal adaptados llevan a cabo rituales atávicos en el bosque, tocando tambores y pintándose las caras de colores[3], o se pegan con los hinchas del equipo contrario, o escuchan canciones sentimentales sobre lo mucho que él le quiso a ella, y lo mal que ella, la muy guarra, le pagó por su cariño.

En los Estados Unidos el orgullo patriótico del hombre americano se vio mermado no sólo por el feminismo, sino también por la derrota en la guerra de Vietnam. Y lo que le pase al hombre americano nos incumbe a todos, porque todos acabamos consumiendo y asimilando la cultura popular americana, por lo menos en cierta medida. Dice Anthony Clare en su libro que estas humillaciones ayudaron a estimular un tipo nuevo de culto a la masculinidad. Las películas de *Rambo* son un buen ejemplo de este hombre físico, a quien no le intimidan ni las feministas intelectuales ni los comunistas extranjeros. Rambo, a su manera, es un héroe masculino, un héroe violento, hortera, y un poco cutre, pero héroe al fin y al cabo. El género masculino tiene una larga tradición en el terreno del heroísmo. De hecho, éste es un campo que siempre ha estado dominado por el hombre. El héroe masculino lleva a cabo milagrosas hazañas, generalmente de índole físico, despreciando al miedo, y a veces aparentemente absurdas en su atrevimiento. Don Quijote, por ejemplo, quería *"encontrarse por ahí con algún gigante, como a menudo les pasa a los caballeros andantes, y derribarlo de un encuentro"*, mientras que Aquiles fue al campo de batalla cuando se le había profetizado que encontraría allí su muerte[4]. Comentemos ahora unos cuantos tipos específicos de héroe masculino que nos hagan reflexionar un poco sobre la naturaleza de su heroísmo, para que así podamos decidir si merece la pena intentar emularlos o no:

**El héroe galante, que se entrega heroicamente a una mujer**

Nos hemos referido a la película *Titanic*[5], en su versión del año 1953, en el capítulo en el que hablábamos de los desafíos que el hombre encuentra en su papel de padre. La versión de 1997,

dirigida por James Cameron, es la más famosa, y tuvo en su día la distinción de ser la película más cara de la historia. El inevitable hundimiento del Titanic ocurre alrededor de una historia de amor fatal entre los personajes interpretados por Leonardo DiCaprio y Kate Winslet. Él se llama Jack, es generoso y abierto, y viaja en tercera clase; ella también es todas esas cosas, a pesar de viajar en primera[6], y se llama Rose. Jack salva a Rose en la proa del barco, cuando ella casi se cae al agua de verdad mientras juega con la posibilidad de matarse. La razón de su infelicidad es su inminente matrimonio forzado con un tipo rico, pero muy estirado y desagradable, a quien Rose no quiere. Rose y Jack sellan de manera muy apasionada su recién encontrado amor en el asiento trasero de un coche, en el garaje del barco. Y entonces el Titanic choca contra el iceberg y finalmente se hunde, que es el momento que todos estábamos esperando. Jack y Rose están en la gélida agua, donde los dos perecerán de manera inminente si no consiguen ponerse a flote encima de algo. Y entonces pasa una cosa muy interesante: Jack logra coger un trozo de madera entre los desperdicios del naufragio, suficientemente grande como para que Rose se ponga encima de él. En vez de morirse inmediatamente en el agua helada, que es lo que pasaría en la vida real, Jack tiene tiempo de hacerle prometer a Rose que ella sobrevivirá. Y un poco más tarde él se muere. Todo muy trágico y muy romántico. Nosotros, el público, aceptamos este tipo de situación dramática como algo muy natural, en vez de preguntarnos por qué demonios debe ser siempre *él* quien se deba sacrificar y ella la que se salve. ¿Por qué no se sube Jack al madero que él mismo encontró?; quizá después le podría ayudar a Rose a encontrar otro madero. ¿Por qué es la vida de Rose más importante que la de él?; además, puestos a idear argumentos, siendo mujer y por lo tanto teniendo más grasa bajo la piel, ella podría sobrevivir en el frío del agua un poco más tiempo que él. Lo curioso es que esta situación hipotética –él en el madero y ella en el agua pidiéndole a él que le prometa que sobrevivirá– no funciona dramáticamente. Veríamos a ese hombre como inaceptablemente cobarde y egoísta. Un hombre de verdad debe ser heroico en esas circunstancias y anteponer la vida de la mujer que ama a la suya. Quizá tenga algo que ver con el hecho de que la mujer es más importante que el hombre desde el punto de vista reproductivo, lo que le dará prioridad a la hora de decidir quién se sube al madero, así como una ocupación menos arriesgada que la

del hombre, que en vez de quedarse en la choza con los críos, se tiene que ir a cazar gacelas, o a la guerra.

Otro héroe galante, con quien nos costará mucho menos identificarnos, es aquél que, bajo una capa externa de orgullo y sequedad masculinos, esconde un interior noble, y está dispuesto a comprometer su propio estatus social por el amor a su mujer, a quien se entrega sin reservas. Nos referimos aquí, por supuesto, a Darcy, el arquetípico protagonista de *Orgullo y Prejuicio*, la famosa novela de Jane Austen. Darcy reúne en su persona todas las características del héroe galante que uno podría aspirar a llegar a adquirir un día: es guapo, rico, noble, sincero, valiente, y dedicado a la mujer que ama. Y como tiene tantas y tan buenas virtudes, no necesita presumir o adoptar manierismos o afectaciones. Su contrapunto en la historia es Wickham, el chico encantador y listillo, de atractivo más obvio y más inmediato, y de trato más fácil que el de Darcy, pero falso, desleal, y tramposo. En *El diario de Bridget Jones*, que es en realidad una versión moderna de *Orgullo y Prejuicio*, este papel lo interpreta Hugh Grant, y es guapo, sofisticado, mentiroso, frívolo, y en general de poco fiar. Nada heroico.

**El héroe físico, que se entrega heroicamente a otros hombres**

Rodrigo Díaz, El Cid, el héroe español del franquismo y de la contra-reforma católica, es el paradigma del héroe físico y viril. Pero hay que aclarar inmediatamente que El Cid es el tipo de héroe que se entrega a otros hombres, pero sólo en el sentido de brindarles su valor, su liderazgo, su presencia, y su arrojo. Dice la leyenda que estos atributos llegaron a ser tan valiosos cuando El Cid vivía y campeaba que sus tenientes subieron su cadáver a lomos de Babieca, y lo llevaron así a la batalla después de muerto, porque su sola presencia era suficiente para amedrentar al enemigo. Pero El Cid no se sacrificó heroicamente nunca por nadie, ni por sus hombres ni por el rey. Dice la historiadora Lucy Hughes-Hallett[7] que Rodrigo Díaz era más bien un mercenario, que combatió tanto del lado de los cristianos como con los sarracenos, a cambio de favores y riquezas, en una Castilla violenta y de

frontera, parecida al lejano Oeste de la época de los pioneros. Y tampoco es verdad que proviniera de orígenes humildes, como el *Cantar del Mío Cid* nos sugiere, enfatizando así las raíces populares y por lo tanto físicas de su heroísmo; en realidad era un miembro de la pequeña nobleza castellana. La única característica física que conocemos de él resulta ser un rasgo de virilidad particularmente desarrollado: una barba fantástica, admirada por todos sus contemporáneos, que le cubría el pecho, y con la que a veces se hacía trenzas[8]. Pero a pesar de haber sido un mercenario, y a pesar de haber luchado principalmente con la intención de avanzar sus propios intereses personales, y a pesar de haber tenido orígenes privilegiados, Rodrigo fue un héroe típicamente masculino, nunca satisfecho y siempre buscando algo más, tan agresivo como expansivo. Sería difícil demostrar que su vida haya generado un beneficio neto para una causa justa, o incluso para una nación o religión, pero eso no nos impide recordar al Cid como un héroe, o que le erijamos estatuas en las plazas de nuestras ciudades, barba al viento y espada apuntando al cielo. No es un héroe moral, no es Robin Hood, pero es un héroe épico y viril.

Ernest Henry Shackleton era uno de esos caballeros de finales del siglo XIX y comienzos del XX que tenían la necesidad imperiosa de ir a donde otros no habían ido todavía. En este caso, Shackleton estaba muy empeñado en atravesar el continente de la Antártica, cruzando el polo sur en ruta. Ya había estado en la Antártica en dos expediciones previas, lo que habría sido más que suficiente para cualquier persona no dotada de este tipo de heroísmo masculino, pero Shackleton tenía que ver con sus propios ojos si todo el continente era igual de blanco, y si él podría aguantar el desafío, que como veremos, fue mucho mayor de lo que cualquiera hubiera podido prever.

El *Endurance*, que así se llamaba el barco de Shackleton, partió de Plymouth y se dirigió a su destino en el hemisferio sur en 1914, pero se quedó atrapado en el hielo, y con él la expedición, antes de alcanzar la Antártica. Tuvieron que pasar todo el invierno dentro del barco y esperar a la primavera para desencallarse, pero la ruptura del hielo también rompió el barco, que así maltrecho, poco después se hundió. La tripulación se quedó encima de una gran placa de hielo, y en ella a la merced de las corrientes marinas, que

no conducían a la placa hacia el Sur, y así a tierra firme, como ellos esperaban, sino hacia el Norte. Shackleton y sus hombres se metieronen tres botes salvavidas para escapar la placa y su impredecible rumbo, y tras luchar con espantosos peligros durante una terrible semana en alta mar, llegaron a Elephant Island, que está, muy precisamente, en mitad de ningún sitio. Allí nunca les encontraría nadie, así que Shackelton les pidió a los marineros más rebeldes del grupo que vinieran con él en uno de los botes en busca de la isla de South Georgia, de la que les separaban 1.300 kilómetros del mar más violento del planeta. Escogió a los más rebeldes para que así no se pudieran amotinar en Elephant Island durante su ausencia. Tuvieron que negociar tormentas iracundas y vientos furiosos durante dos semanas en su pequeño bote, pero finalmente consiguieron llegar sanos y salvos a South Georgia. Una vez allí, Shackleton y dos de sus hombres cruzaron la isla a pie, luchando con un entorno horrorosamente frío, montañoso y hostil, para así poder llegar a su otro extremo, donde había un puerto ballenero. Todos los miembros de la expedición fueron rescatados. Shackleton no perdió ni un solo hombre en su expedición, lo que en ese tipo de aventura era muy raro de cualquier manera, pero si a los peligros usuales se les suma las enormes dificultades que Shackleton tuvo que superar, el hecho de que regresaran tantos como fueron representa una enorme proeza. Muchos de sus hombres murieron sin embargo poco más tarde en las trincheras de la Gran Guerra en Europa, otro empeño muy viril, pero incluso más mortal que querer cruzar la Antártica y perderse en el intento.

El éxito y la eficiencia no parecen ser los atributos más importantes de este tipo de héroe. Podemos ilustrar este punto sin abandonar el Polo Sur y sus exploradores de hace casi un siglo. Amundsen decidió ir al Polo Sur y lo consiguió, pero hoy en día se le recuerda sobre todo por el hecho de que se comió a sus perros en el proceso de alcanzar su meta. Shackleton ni siquiera llegó al continente, pero se le recuerda como un héroe, que superó lo insuperable y consiguió traer de vuelta a casa a toda su tripulación, sanos y salvos. Scott, mientras tanto, perdió su carrera al Polo con Amundsen, y ni siquiera trajo a sus chicos de vuelta. Dicen los revisionistas de hoy en día que además su fracaso seguramente fue culpa suya, y no el fruto de la mala suerte[9]. Pero vemos a Scott –el que menos consiguió de los tres– como el más heroico de ellos,

porque escribió un diario muy emotivo durante su trágica aventura, y porque se murió durante el curso de su hazaña, que es una cosa que siempre ayuda mucho cuando uno quiere forjarse una reputación heroica.

**El héroe utópico, que se entrega heroicamente a un ideal**

El hecho de que al hombre con frecuencia le preocupen cuestiones de poder, honor, y trascendencia, se traduce a veces en otro tipo de heroísmo, que no es el del héroe físico, ni el del héroe intelectual. Se trata del idealista, el explorador, el que quiere encontrar Eldorado, el profeta, el líder que –acertado o no– tiene un plan para cambiar el mundo.

El personaje de Don Quijote era enclenque y viejo. Y además estaba loco. Pero destilaba masculinidad en su deseo de enderezar entuertos y solventar quebrantos, no por dinero, y ni siquiera para ganarse el favor de Dulcinea, sino por altruismo, y para así adquirir gloria y notoriedad: *"Dichosa edad y siglo dichoso aquél adonde saldrán a la luz las famosas hazañas mías"*, se decía a sí mismo.

Siendo santo, uno se debe figurar que a francisco Javier, a quien comentábamos en el segundo capítulo, no le preocupaba el adquirir gloria, a no ser que se tratara de la celestial. Resulta un poco raro usar la figura de un santo para ilustrar un tipo de masculinidad, pero francisco era, si se le permite a uno usar la expresión refiriéndose a un santo, un tío muy viril, en su idealismo y expansionismo incontenibles, en el hecho de que los continentes se le quedaran pequeños y necesitara irse a la China a catequizar para poder sentirse a gusto.

A Ernesto Guevara se le conoce mejor como Che Guevara. Ernesto era chico de buena familia, nacido en la burguesía acomodada de Rosario, Argentina, en los años veinte. Su historial de guerra se forjó en varios continentes, y fue tanto guerrillero como ministro. Luchó en Cuba contra la dictadura de Batista, y también –con menos éxito– en el Congo. Y estaba todavía luchando en Bolivia cuando le mataron. Sus verdugos expusieron después su cadáver al público, para que quedara claro que estaba bien muerto.

Che Guevara alcanzó durante los años sesenta un estatus de icono revolucionario digno de reverencia y veneración. Se dice que su retrato, con boina y pelo largo, es una de las fotografías más famosas de la historia. Sartre le adoraba –existencialmente, supongo–, mientras que los campesinos bolivianos le hicieron santo, así que le adoran más literalmente. Hay quien dice sin embargo que Che era un déspota con sus colegas guerrilleros, y que era también despótico en su lucha, cuyo fin era el imponer regímenes dictatoriales, después de todo. Este tipo de visionario tiende a ser puritano y absolutista, y a sentirse muy consciente de su propia importancia personal, que no es una combinación muy afortunada. No se imagina uno a Ernesto ponderando los posibles méritos de una postura política opuesta a la suya, o tolerando flaquezas, o reconociendo sus propias debilidades y defectos.

Podemos emular aspectos del Héroe Galante, pero a decir verdad, tanto el Héroe físico como el Héroe Idealista son muy difíciles de imitar. Estos son seres extraordinarios por definición, patológicamente valientes y obsesivamente empeñados en su deseo de mejorar el mundo, o en su afán de conquistarlo. Por mucho esfuerzo que pongamos en el intento, es muy improbable que se nos llegue a conocer como el nuevo Alejandro Magno de nuestra época, o el Garibaldi de San Sebastián de los Reyes. Y además, para ser sinceros, muchos de estos personajes ni siquiera resultan muy atractivos como personas. Suelen estar excesivamente absorbidos por su propia misión histórica, son rígidos e intolerantes, y no suelen tener mucho tiempo para otros. En versiones más cotidianas y "peatonales", uno encuentra estos héroes en la vida diaria, en la oficina, en las reuniones de vecinos de la escalera, y entre los concejales del ayuntamiento. Quieren cambiar el mundo y se toman su papel –que ellos ven como muy trascendental– muy en serio. Pero sólo les lucen sus cualidades cuando se encuentran en el sitio y en el momento histórico adecuado, que es algo muy raro, quizá por fortuna.

Podemos concluir por lo tanto que el heroísmo épico no es algo a lo que el hombre de hoy bien adaptado deba aspirar. No cabe duda de que el heroísmo es una cosa muy masculina, pero es una cosa muy masculina y muy difícil de alcanzar, y que no nos conviene. Y dependiendo de cómo se exprese, quizá ni siquiera le

convenga mucho al grupo social en el que vivimos.

## El héroe cotidiano

El otro tipo de heroísmo, que no es nada épico pero también es muy masculino, el del señor que encara el mundo todas las mañanas para hacer la labor que le corresponde y para proveer para su familia –en el andamio en invierno, en una reunión difícil en la oficina, en la tienda, intentando satisfacer a un cliente desagradable, en casa, haciendo números para ver si este año podremos ir a la playa quince días– nos es mucho más relevante. Las mujeres también hacen estas cosas, pero sólo los hombres ven su capacidad de proveer y de escalar las jerarquías de la vida como parte del papel que acarrea su género. El héroe masculino de todos los días, el que decíamos que está calado de llovizna en el andamio, o al que le aprieta la corbata durante la reunión mensual con su jefe, *necesita* conquistar el mundo y obtener en el proceso provecho y prestigio, por muy modestos que ambos sean. Ese provecho y ese prestigio no son adornos, sino certificados de su hombría, pruebas de su valor personal, de que le ha echado un pulso al mundo y ha ganado, que es lo que se espera de un héroe. Pero, una vez más, nos conviene moderar y adaptar este impulso masculino para que los tiros no nos salgan por la culata.

| **Hombre Mal Adaptado** | **Hombre Bien Adaptado** |
| --- | --- |
| Ve el mundo como algo que se debe capturar, a codazos y empujones si hace falta. Sólo los débiles y los idiotas no lo hacen | Al mundo no se le conquista. Los impulsos masculinos y expansivos del Hombre Bien Adaptado le ayudan a sacarle provecho, pero él no necesita poseerlo. Tampoco necesita alcanzar la gloria luchando con otros hombres, como Don Quijote luchó con gigantes, o El Cid con sarracenos |
| Necesita trofeos que le recuerden sus logros y conquistas en el mundo: se casa con una rubia estupenda, mucho más alta y más guapa que él, y se compra un BMW negro con ventanillas oscuras para demostrar que ha competido con otros hombres y ha ganado | Ve su propio desarrollo personal, su familia –si la tiene–, su capacidad de proveer de manera adecuada, y las pequeñas cosas que le dan alegría en la vida, como sus logros. Y éstas son cosas, por otra parte, que el Hombre Bien Adaptado no se las ha quitado a nadie a empujones. Y si uno es un gánster |

| | |
|---|---|
| | –que de todo hace falta que haya en la vida– es más bonito no mostrarlo tan obviamente y comprarse el BMW de otro color, y en general no ir por la vida de matón, incluso cuando uno es un matón |
| Aprecia la fuerza, tanto la física como la entereza de espíritu, y desprecia a quien siente miedo y a quien le flaquea el ánimo, y admira mucho al Señor Putin | La fuerza física está muy bien y es muy bonita, y seguramente le hará a uno mucha falta si uno es un Héroe físico intentando conquistar la selva amazónica, o si uno está compitiendo en un deporte olímpico, pero en la vida cotidiana y normal tiene un uso limitado. La fortaleza de espíritu es más útil, pero sólo si se aplica bien, y no si se usa para espantar al miedo cuando uno en realidad debería estar asustado. Recurrir a excesos de valentía a modo de manifestación de hombría es una cosa muy peligrosa. Ah, y el Hombre Bien Adaptado le tendría al Señor Putin en más estima si éste no se empeñara en mostrar su torso desnudo con tanta asiduidad, como si los pectorales bien formados fueran un atributo necesario para un buen líder mundial |

## El héroe fracasado

Enfrentarse con el mundo con la intención de conquistarlo es una empresa muy viril. Muy viril, pero potencialmente desastrosa. Si adoptamos esta actitud, veremos gigantes donde sólo hay molinos de viento, y lo que es más importante, nos situaremos en un curso de colisión inevitable contra otros. Si resulta que uno se encuentra en una situación histórica significativa, o que uno tiene una valía personal extraordinaria, mantener una actitud de desafío constante a nuestros semejantes puede –con suerte– convertirle a uno en un héroe épico, que será recordado por muchas generaciones. Pero si uno no tiene madera de Julio César, o de Bill Gates, que es por otra parte lo normal, resulta conveniente no sentir la vocación de conquistarlo todo, o incluso la ambición de conquistar mucho. La vida no debe ser una serie de duelos en los que les disputamos y robamos el éxito a otros hombres. Los hombres no nacemos con el único objetivo de llegar a fundar un día nuestro pequeño reino, como el que se hizo El Cid en Valencia. El afán de luchar del hombre nos puede ayudar a negociar los

desafíos de la vida con éxito, y nos puede incluso brindar satisfacción personal, pero también nos puede embrollar en una competitividad fútil y en una postura de hostilidad sistemática, que no nos llevarán a ninguna parte. Con mala suerte, quizá nos lleven al fracaso.

Willy Loman es un vendedor ambulante. Está ya mayor y cansado, y no vende mucho. A Willy le había cautivado "el sueño americano" y sus promesas de prosperidad para todo aquél que estuviera dispuesto a vivirlo. Willy pensaba que sólo era necesario atreverse, desafiar al mundo, mostrar encanto y seguridad en uno mismo, tener suerte, y tomar la iniciativa. Ni siquiera hacía falta romperse la crisma trabajando. Pero el sueño americano nunca se materializó en la vida de Willy. Sabe que ha fracasado, y sin embargo todavía quiere que sus dos hijos consigan todo lo que él no consiguió, usando las mismas estrategias que a él no le funcionaron. El hermano de Willy, que murió hace poco, sí triunfó; se metió en la selva a los diecisiete años sin un céntimo, y cuando salió unos años más tarde, estaba forrado, aunque nadie sabe a ciencia cierta cómo se hizo rico, o incluso si de verdad se hizo rico. Willy también tuvo una amante, algo evidentemente imprescindible para un hombre como él, tan empeñado en obtener los placeres que ofrece la vida, a base de carisma, fe, y suerte. Sin embargo, esta avenida de su expansiva masculinidad le hace perder el respeto de su hijo mayor, cuando éste le sorprende con su querida.

Para disgusto del señor Loman, sus hijos tampoco consiguen vivir su sueño americano; uno de ellos ni siquiera cree en él, y el otro es tan inepto y soñador como su padre. Durante el transcurso del relato, Willy pierde su empleo, lo que enfatiza la intensidad de su fracaso personal. Todo lo que le queda por hacer ahora es suicidarse, estrellándose en su coche para que así su familia pueda cobrar el dinero de su seguro de vida.

Esta es la historia de *La Muerte de un Viajante*, la obra teatral de Arthur Miller, estrenada en 1949. Willy, el protagonista, es un héroe efusivo y encantador, a quien los límites de una vida mediana le quedan demasiado estrechos. Es un héroe a pesar de que su expansionismo sólo se extienda a sus ambiciones

materialistas y sexuales, y a pesar de que su heroicidad no tenga una vertiente filantrópica, y a pesar de haber fracasado en todos sus empeños. Willy es un héroe malogrado. El patetismo de su fracaso nos ayuda a ilustrar dos consejos que ya hemos mencionado en detalle, pero que merecen la pena recalcar: El primero es que el mundo está ahí para que uno se relacione con él, no para que lo hagamos nuestro, y el segundo es que los hijos no nacen con la misión de compensar y expiar las frustraciones y fracasos de sus padres.

Nos conviene moderar, por lo tanto, y como decíamos, nuestros impulsos heroicos. En cualquier caso, todos los héroes se acaban poniendo al final un poco aburridos, según R. W. Emerson, un escritor trascendentalista del siglo XIX, que por ser trascendentalista, y por ser del siglo XIX, habría sabido mucho de héroes. Mientras que Umberto Eco piensa que el héroe de verdad se hace héroe por equivocación, y que en realidad querría ser un cobarde honrado, como el resto de nosotros. Así que si eres un cobarde honrado, ya has alcanzado el verdadero objetivo de este héroe equivocado. Ya tienes mucho andado.

1. *Save the Males.*
2. Mark Barrowcliffe en un artículo reciente en el *Times*, por ejemplo.
3. Estos son algunos de los rituales del movimiento "Mitopoético", que usa cuentos, historias, y canciones para concienciar a los hombres de su papel masculino y ayudarles así con su bienestar psicológico. Hay ciertas entidades, inspiradas por el Movimiento Mitopoético, que organizan cursos intensivos –quizá en un bosque u otro lugar apartado– para ayudar a los participantes a volver a las raíces primitivas de las relaciones entre hombres, recuperando la intimidad del vínculo que unía a los cazadores de tiempos arcaicos. De ahí la referencia al bosque, la cara pintada de colores, y los tambores.
4. El primer ejemplo es ficticio, y el segundo seguramente también, pero no importa.
5. Existen alrededor de diez versiones cinematográficas sobre el hundimiento del Titanic.
6. Las películas del Titanic suelen tener una división muy polarizada entre los buenos (americanos e irlandeses que viajan en tercera), y los malos (ingleses de clase alta que viajan en primera).
7. En *"Heroes, Saviours, Traitors and Supermen"*.
8. Los excesos capilares han sido siempre populares entre los héroes y personajes famosos: desde las barbas de El Cid o de Rasputín, a las melenas de Garibaldi o de la Emperatriz Sissi.

9. Ya ha quedado dicho que los revisionistas son unos pesados. De cualquier manera, baste decir que la idea que tuvo Scott de llevar caballos y tractores en su expedición, además de perros, no fue particularmente afortunada. Los tractores se rompían, y los caballos se morían, y antes de rotos o muertos, caballos y tractores, así como perros, avanzaban a diferente velocidad, que es una cosa bastante evidente, pero que no se le ocurrió a Scott.

# CONCLUSIÓN

El hombre tradicional parece que ya no nos vale. Negar nuestras características masculinas y convertirnos en un hombre andrógino y moderno, que es moderno porque es andrógino, tampoco nos vale. Ni siquiera deberíamos negociar un punto intermedio entre el macho tradicional y el *castrato* actual, ese hombre tan sensible, que sabe expresar sus emociones y que ayuda a vaciar el lavaplatos. No es una cuestión de elegir entre una y otra alternativa, sino de evitar las trampas que nos tiende nuestro género masculino. En otras palabras, podemos aprovechar los impulsos que están específicamente relacionados con nuestro género, pero que resultan ser positivos y provechosos (afán por liderar, descubrir, y crear), y a la vez evitar los papeles atribuidos al hombre que no nos vienen bien, y que además seguramente ni siquiera nos gustan (ir a la guerra, ser agresivos, tener que ser el que gana el sueldo, sentirse fracasado si uno no ha "llegado lejos", estar obligado a ser sexualmente "potente", etc.).

Hemos visto a lo largo de este libro que ser un Hombre Bien Adaptado no es una empresa fácil. Pero también hemos visto que ser un Hombre Mal Adaptado es, seguramente, incluso más difícil; este Hombre Mal Adaptado tiene que jugarse el pellejo en la trinchera, debe albergar anhelos de adquirir riquezas y conquistar a muchas mujeres, y le hace falta defender su honor a tortas si alguien osa ultrajarlo, lo que tomado todo junto, seguramente tiene como resultado una vida muy estresante. Le vuelve a uno a la mente ese ciervo en celo que comentábamos hace unos pocos capítulos: nervioso, cansado, un poco paranoico, probablemente herido, y con un cuerno roto.

**Lista final de preceptos que uno debe recordar**

- No hace falta ser un hombre de anuncio de *after-*

*shave* todo el rato. Es muy cansado.

- El honor masculino también cansa mucho. El honor le hace a uno muy rígido, y por lo tanto quebradizo. Es mucho mejor ser flexible.
- No te hace falta "llegar" a ningún sitio en la vida. La vida misma es el destino, como nos han asegurado varios poetas.
- No hay que competir todo el rato. El coche que te ha adelantado agresivamente no lo conduce el hombre que te ha robado el acenso o te ha quitado la novia (quizá sí, pero sería mucha casualidad…). En cualquier caso, déjale que se mate, sobre todo si de verdad es el tío que te robó el ascenso.
- Sé sensible si te da la gana, y si no, no.
- Ligar mucho es muy difícil, e innecesario para tu auto-estima, y además no es una buena solución para la soledad. Mucho mejor ligar poco y bien. Incluso mejor ligar muy poco y muy bien.
- El rechazo, tanto el sexual como el romántico, tiene muchas interpretaciones posibles, pero nunca es un rechazo de tu persona entera, porque la persona entera es como la pintura iridiscente, que nunca te permite ver todos los colores desde un sólo punto de vista.
- El sexo no es un deporte olímpico. Tampoco es un arte esotérico. El sexo es una cosa natural, y no tan complicada como se nos ha dado a entender, que uno debe disfrutar de vez en cuando. Sin más.
- No persigas a quien te huye. Tente a ti mismo en mejor estima. Y por la misma razón, tampoco huyas de quien quiere estar contigo. Si ella te quiere debe ser porque tú eres deseable, no porque ella no lo es.
- Si uno se deprime, lo mejor es pedir ayuda, y lo peor es tratar de encontrar consuelo en el sabor perfumado de la ginebra.
- Si te duele ahí cuando haces así, ve al médico. Es lo que hacen ellas, y por eso viven más que nosotros.
- Si puedes, sé padre, merece la pena. Esparcir tu semilla sin quedarte a ver lo que pasa después es mucho menos divertido.
- No te empeñes en ir a la guerra, que es una cosa

muy desagradable y muy peligrosa, y que da mucha menos gloria que disgustos.

Dijo Susan Sontag, la escritora americana, que lo más bello en un hombre viril es siempre algo femenino. Quizá. A mí me parece sin embargo que lo más bello en un hombre viril suele tener poco que ver con su lado femenino, o incluso con su virilidad. Lo más bello es la persona que lleva dentro, bajo la corteza frágil de su género.

Londres, diciembre de 2008. *Ferio cullace perunt, si debisquam*

Crecimiento personal
COLECCIÓN
Directora: Olga Castanyer

serendipity

*Este libro es cosa de hombres* es un tratado –ligero y más bien informal– sobre las vicisitudes que tiene que encarar el hombre actual, en una época como la nuestra en la que los puntos de referencia en cuestiones de identidad sexual son tan ambiguos, huidizos y fluidos. El modelo del hombre tradicional ya no nos vale, pero el "hombre moderno", contradictorio y andrógino, tampoco nos satisface.

*Este libro es cosa de hombres* encara todos los temas espinosos relacionados con la hombría y el "ser un hombre", desde las metas sexuales que muchos hombres sienten que deben alcanzar, a la necesidad de "ser alguien" y "llegar a algún sitio en la vida", pasando por la salud mental, el ser padre, la agresión, y Leonardo DiCaprio sacrificándose por Kate Winslet en la película *Titanic*. Aparecen también otros muchos personajes, como Casanova, El Cid, El Tenorio, Guzmán el Bueno, "El Cornudo Satisfecho", el Che Guevara, varias cantantes de Country & Western, el niño que quería ser verdugo como su papá, e incluso los habitantes de Sodoma. Es un libro que desmitifica, quita hierro, y resta solemnidad, a todo lo que tenga que ver con la hombría y lo masculino.

ISBN: 978-84-330-2444-2
9 788433 024442
www.edesclee.com

DESCLÉE DE BROUWER